

NORA ROBERTS

LAS CALHOUN

La rendición de Suzanna



LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Suzanna Calhoun y sus hermanas pidieron ayuda al ex policía Holt Bradford para encontrar el collar de esmeraldas de su bisabuela. Holt siempre había sentido un especial interés por Suzanna y ahora tenía la oportunidad de proteger su vida y de intentar que ella se interesara por él...

L≡**LIBROS**

Nora Roberts

La rendición de Suzanna

Las Calhoun 4

Prólogo

Bar Harbor.
1965.

En cuanto la vi, mi vida cambió. Han pasado más de cincuenta años desde aquel momento, y ya soy un hombre viejo de pelo blanco y cuerpo frágil. Sin embargo, mis recuerdos rebosan color y fuerza.

Desde que sufrí el ataque al corazón, he de descansar todos los días. Por eso he vuelto aquí, a su isla, donde todo comenzó para mí. Ha cambiado, igual que yo. El gran incendio del cuarenta y siete destruyó mucho. Han llegado edificios nuevos y también personas nuevas. Los coches atestan las calles sin el encanto del cascabeleo de los carruajes. Pero soy afortunado de poder verla como fue y como es.

Mi hijo ahora es un hombre, un buen hombre que eligió ganarse la vida en el mar. Jamás nos hemos entendido, pero si nos hemos llevado bastante bien. Tiene una mujer preciosa y un hijo. El joven Holt me produce un júbilo especial. Quizá es porque en él puedo verme a mí mismo con gran claridad: la impaciencia, el fuego, las pasiones que una vez fueron mías. Quizá él también sienta y desee demasiado. Pero no puedo lamentarlo. Si pudiera decirle una sola cosa, insistiría en que se aferrara a la vida y tomara lo que esta le ofreciera.

Mi vida ha sido plena y doy gracias por los años que he tenido con Margaret. Yo ya no era joven cuando se casó conmigo. Lo que compartimos no fue un resplandor, sino el calor sereno de un fuego controlado. Me brindó cariño y yo espero haberle dado felicidad. Lleva ausente casi diez años, y los recuerdos que tengo de ella son dulces.

Sin embargo, es el recuerdo de otra mujer el que me persigue. Es un recuerdo dolorosamente claro, completo. El tiempo no puede consumirlo. Los años no han mitigado la imagen que tengo de ella ni han alterado un ápice el amor desesperado que sentí. Sí, que todavía siento... que siempre sentiré, aunque esté perdida para mí.

Quizá ahora que he estado tan cerca de la muerte pueda abrirme otra vez a él, permitirme recordar lo que nunca he sido capaz de olvidar. En el pasado fue demasiado doloroso, y ahogué el dolor en una botella. Cuando allí no encontré consuelo, enterré mi desdicha en el trabajo. Volví a pintar y viajé. Pero siempre,

siempre regresaba aquí, donde una vez había comenzado a vivir. Donde sé que algún día moriré.

Un hombre ama de esa manera solo una vez, y únicamente si es afortunado. Para mí, fue Bianca. Siempre ha sido Bianca.

Era junio, el verano de mil novecientos doce, antes de que la Gran Guerra desgarrara el mundo. El verano de la paz y la belleza, del arte y la poesía, cuando el pueblo de Bar Harbor se abrió a los ricos y le brindó refugio a los artistas.

Ella apareció en los riscos donde yo trabajaba, sosteniendo la mano de un niño. Con el pincel aún entre los dedos, aparté la vista del lienzo, imbuido todavía del estado de ánimo del mar y del cuadro. Ahí estaba, esbelta y preciosa, con el pelo bañado por el crepúsculo. El viento se lo agitaba junto con la falda del vestido de color azul pálido que llevaba. Tenía los ojos del color del mar que con tanta furia yo trataba de plasmar en el lienzo. Me observaron, curiosos, cautos. Su piel exhibía la palidez y luminosidad de los irlandeses.

En cuanto la vi, supe que debía pintarla. Y creo que supe, mientras nos erguíamos al viento, que debería amarla.

Se disculpó por interrumpir mi trabajo. Su voz suave y cortés tenía el leve deje musical de Irlanda. El niño que ya había pasado a sus brazos era su hijo. Se llamaba Bianca Calhoun y era la mujer de otro hombre. Su casa de verano se hallaba en el saliente de arriba. Las Torres, el magnífico castillo que Fergus Calhoun había construido. Aunque yo llevaba poco tiempo en Mount Desert Island, había oído hablar de Calhoun y de su hogar. Ciertamente, había admirado sus líneas arrogantes y llamativas, las torretas, las torres y los parapetos.

Un lugar así hacía honor a la mujer que tenía delante. Poseía una belleza atemporal, una firmeza serena, una gracia que jamás se podría adquirir por la enseñanza, y pasiones contenidas que hervían en sus ojos verdes y grandes. Si, ya estaba enamorado, pero entonces solo era de su belleza. Siendo un artista, quería interpretar esa belleza a mi propia manera, al óleo o al carboncillo. Quizá la asusté al mirarla tan fijamente. Pero el niño, cuyo nombre era Ethan, se mostraba intrépido y amigable. Ella parecía tan joven, tan inmaculada, que me costó creer que era suyo, y que además tenía otros dos hijos.

Aquel día no se quedó mucho tiempo, sino que se llevó a su hijo y se fue a su casa junto a su marido. La observé caminar entre las rosas silvestres, con el sol en su cabello.

Aquel día me fue imposible pintar el mar. Su rostro ya había comenzado a perseguirme.

No lo anhelaba, pero sabía que había que hacerlo. Suzanna arrastró hasta la camioneta una bolsa de mantillo de veinticinco kilos y la subió a la parte de atrás. Esa pequeña tarea física no representaba el problema. De hecho, le agradaba hacer que la entrega fuera su segunda parada de camino a casa.

Era la primera parada la que le habría gustado evitar. Pero para Suzanna Calhoun Dumont, el deber jamás se podía esquivar.

Le había prometido a su familia que hablaría con Holt Bradford, y era una mujer que mantenía sus promesas. « O eso intento », pensó mientras se pasaba el antebrazo por la frente sudorosa.

Maldición, estaba cansada. Había trabajado todo el día en Southwest Harbor, ajardinando una casa nueva, y al día siguiente tenía una agenda completa. Sin contar con que su hermana Amanda se casaba en poco más de una semana, ni con que Las Torres era un caos por los preparativos de la boda y la restauración del ala oeste. Ni siquiera tenía que ver con el hecho de que la esperaban dos hijos llenos de vitalidad que esa noche querrían, y merecerían, el tiempo y la atención de su madre. Ni con el papeleo que se amontonaba en su escritorio... ni con que uno de sus empleados se había ido aquella mañana.

« Bueno, quería mi negocio », se recordó. Y lo había conseguido. Giró la cabeza para observar su tienda, cerrada para la noche con el escaparate de flores de verano, con el invernadero justo detrás del local principal. Cada pensamiento, peonía y petunia eran de ella, « y del banco », pensó con una leve sonrisa. Había demostrado que no era la perdedora incompetente que una y otra vez su ex marido la había acusado ser.

Tenía dos hijos preciosos, una familia que la quería y un negocio de arquitectura de jardines que salía adelante. Ni siquiera creía que en ese momento pudiera sostenerse la afirmación de Bax de que era una mujer aburrida. No cuando se hallaba en una aventura que había comenzado ochenta años atrás.

Desde luego, no era algo corriente la búsqueda de un collar de esmeraldas de valor incalculable, o que le siguieran los pasos unos ladrones internacionales de joyas que no se detendrían ante nada por apoderarse del legado de su bisabuela Bianca.

« Aunque hasta el momento no he desempeñado más que un papel secundario », reflexionó mientras subía a la camioneta. Todo lo había iniciado su

hermana C. C., al enamorarse de Trenton St. James III, de los Hoteles St. James. Él había tenido la idea de transformar parte del hogar familiar acosado por los acreedores en un retiro de lujo. Al hacerlo, la antigua leyenda de las esmeraldas Calhoun se había filtrado a una prensa ansiosa, provocando una reacción en cadena, cuyo curso había pasado de lo absurdo a lo peligroso.

Había sido Amanda la que había estado a punto de morir cuando el desesperado y obsesionado ladrón llamado William Livingston había robado unos papeles familiares con la esperanza de que lo conducirían hasta las esmeraldas perdidas. Y había sido la vida de su hermana Lilah la que se había visto amenazada durante el último intento.

En la semana transcurrida desde aquella noche, la policía no había encontrado rastro alguno de Livingston, o del último alias por el que se lo conocía, Ellis Caulfield.

«Es extraño cuánto han afectado a toda la familia Las Torres y las esmeraldas perdidas», pensó al sumarse a la corriente de tráfico. Las Torres habían unido a C. C. y a Trent. Luego había llegado Sloan O’Riley para diseñar el refugio y enamorarse de Amanda. El tímido profesor de historia, Max Quartermain, había perdido el corazón por la independiente hermana de Suzanna, Lilah, y los dos habían estado a punto de morir. Y una vez más por las esmeraldas.

Había ocasiones en las que Suzanna deseaba que todos pudieran olvidar el collar que otrora había pertenecido a su bisabuela. Pero sabía, al igual que los demás, que el destino del collar que Bianca había escondido antes de morir era ser encontrado.

Por eso continuaban detrás de todas las pistas, explorando cada camino polvoriento. Y en ese momento era su turno. Durante la investigación llevada a cabo por Max, este había descubierto el nombre del artista al que Bianca había amado.

Era una historia que jamás dejaba de despertar la nostalgia de Suzanna, pero debido a su mala suerte la conexión con el artista conducía al nieto de este.

Holt Bradford. Suspiró mientras conducía por las calles atestadas del pueblo. No podía afirmar que lo conocía bien... no estaba segura de que nadie pudiera afirmarlo. Pero lo recordaba de adolescente. Hosco, malhumorado y distante. Desde luego, a las chicas les había encantado su actitud de «vete al infierno». Atracción que sin duda potenciaba su pelo oscuro y sus airados ojos grises.

Le pareció extraño ser capaz de recordar el color de sus ojos. Aunque la única vez que los había visto de cerca él prácticamente la había quemado viva con la mirada.

Se dijo que lo más probable era que hubiera olvidado el altercado. Eso esperaba. Los altercados la agitaban y la dejaban sudorosa, y ya se había hartado de ellos en su matrimonio. Holt no guardaría ningún rencor... habían

pasado más de diez años. Después de todo, no se había lastimado mucho cuando voló de la moto. «Además, fue su culpa», pensó adelantando el mentón. Ella había tenido derecho de paso.

En cualquier caso, le había prometido a Lilah que hablaría con él. Había que seguir cualquier conexión con las esmeraldas perdidas de Bianca. Al ser el nieto de Christian Bradford, quizá hubiera oído alguna historia.

Desde su regreso a Bar Harbor unos meses atrás, había residido en la misma cabaña en la que había vivido su abuelo durante el romance mantenido con Bianca. Suzanna era lo bastante irlandesa como para creer en el destino. Había un Bradford en la cabaña y varios Calhoun en Las Torres. Sin duda entre ellos podrían encontrar las respuestas al misterio que había acosado a las dos familias durante generaciones.

La cabaña daba al agua, protegida por dos hermosos sauces. La sencilla estructura de madera le recordó a una casa de muñecas, y le dio pena que a nadie le hubiera importado lo suficiente como para plantar flores. La hierba estaba recién cortada, pero su ojo profesional notó que había trozos que necesitaban ser replantados y que a toda la extensión no le iría mal un fertilizante.

Se dirigía hacia la puerta cuando el ladrido de un perro y la voz de un hombre hicieron que se desviara al costado.

Un malecón desvencijado se extendía por encima del agua tranquila y oscura. Amarrado a él se veía un yate pequeño de un resplandeciente color blanco. Él se sentaba en la popa y con paciencia le sacaba brillo al latón. No llevaba camisa y su piel bronceada se veía tensa sobre los músculos brillantes por el sudor. El pelo negro estaba ondulado por debajo de donde habría tenido que ir el cuello de la camisa. Al parecer no le resultaba necesario cubrirse con algo más que unos vaqueros cortos y gastados. Notó sus manos, delgadas, de dedos largos, y se preguntó si las había heredado de su abuelo artista.

El agua rompía con calma contra la embarcación. Fijó en el rostro lo que consideró una sonrisa educada y caminó hacia el embarcadero.

—Perdona.

Cuando Holt levantó la cabeza, Suzanna frenó en seco. Experimentó la rápida pero vívida impresión de que si él hubiera tenido un arma, le estaría apuntando con ella. En un instante había pasado de estar relajado a una tensión de máxima alerta, con una clase de violencia nerviosa en la postura del cuerpo que le reseco la boca.

Mientras luchaba por frenar el corazón desbocado, notó que había cambiado. El chico hosco en ese momento era un hombre peligroso. No se le ocurrió otra palabra para describirlo. El rostro le había madurado y estaba bien definido. La sombra de una barba de dos días potenciaba su aspecto duro.

Pero fueron sus ojos los que volvieron a resecarlo la garganta. Un hombre con ojos tan intensos y poderosos no necesitaba ningún arma.

La observó con ojos entrecerrados, sin levantarse ni hablar. Tuvo que brindarse un momento para adaptarse. De haber tenido un arma, sabía que ya habría desenfundado. Ese era uno de los motivos por los que se hallaba allí, y por lo que otra vez era un civil.

Podría haberse obligado a relajarse, sabía como hacerlo, pero recordaba la cara de ella. Un hombre no olvidaba esa cara. Dios sabía que él no lo había hecho. En una de sus fantasías juveniles la había imaginado como una princesa, perdida y hermosa con un atuendo de seda. Y él un caballero que habría matado a cien dragones para tenerla.

El recuerdo le hizo fruncir el ceño.

Pensó que prácticamente no había cambiado. La piel aún era de la palidez de las rosas y la leche irlandesas, la cara de una forma ovalada clásica. La boca había permanecido plena y románticamente suave, y los ojos de ese profundo, profundo y soñador azul, con pestañas tupidas y exuberantes. En ese momento lo observaban con una especie de alarma desconcertada mientras él se tomaba su tiempo para estudiarla.

Llevaba el pelo recogido en una coleta, pero Holt recordaba cómo le había caído suelto y rubio sobre los hombros.

Era alta, una característica de todas las mujeres Calhoun, pero demasiado delgada. Había oído que se había casado y divorciado, y que ambas habían sido experiencias difíciles. Tenía dos hijos, un niño y una niña. Costaba creer que esa mujer tan esbelta enfundada en unos vaqueros y una sudadera viejos hubiera dado a luz alguna vez.

Sin dejar de mirarla, siguió sacándole brillo al metal.

—¿Quieres algo?

Ella soltó el aire que no se había dado cuenta de que contenía.

—Lamento presentarme de esta manera. Soy Suzanna Dumont. Suzanna Calhoun.

—Sé quién eres.

—Oh, bueno... —carraspeó—. Comprendo que estás ocupado, pero me gustaría hablar contigo unos minutos. Si este es un buen momento...

—¿Sobre qué?

«Ya que se muestra tan educado», pensó irritada, «iré al grano».

—Sobre tu abuelo. Era Christian Bradford, ¿verdad? ¿El artista?

—Así es. ¿Y qué?

—Es más bien una historia larga. Puedo sentarme —al ver que él solo se encogía de hombros, se dirigió al malecón, que crujió y se balanceó bajo sus pies—. En realidad, comenzó allá por mil novecientos doce o trece, con mi bisabuela Bianca.

—Ya conozco el cuento de hadas —en ese momento podía olerla, flores y sudor, y sintió un nudo en el estómago—. Era una mujer infeliz con un marido

rico y difícil. Lo compensó con un amante. En algún punto, al parecer escondió su collar de esmeraldas. Como un seguro por si tenía agallas de marcharse. Pero en vez de partir hacia el crepúsculo con su amante, se tiró por la ventana de la torre, y las esmeraldas jamás se encontraron.

—No fue precisamente...

—Ahora tu familia ha decidido comenzar una búsqueda del tesoro —continuó como si ella no hubiera hablado—. Sacasteis mucha prensa del asunto y más problemas de los que habríais querido. Tengo entendido que hace unas semanas tuvisteis diversión.

—Si llamas diversión a que retengan a mi hermana a punta de cuchillo, sí —el fuego había llegado hasta sus ojos. No siempre era buena defendiéndose a sí misma, pero cuando se trataba de su familia, no se arrojaba ante nadie—. El hombre que trabajaba con Livingston, o como se llame ahora ese canalla, estuvo a punto de matar a Lilah y a su novio.

—Cuando se tienen unas esmeraldas de un valor incalculable unidas a una leyenda, las ratas hacen acto de presencia —conocía a Livingston. Holt había sido policía diez años, y aunque había pasado casi todo el tiempo en antivicio, había leído informes sobre el ladrón de joyas escurridizo y a menudo violento.

—La leyenda y las esmeraldas son asunto de mi familia.

—Entonces, ¿para qué vienes a verme? Entregué mi placa. Me he retirado.

—No he venido en busca de ayuda profesional. Es algo personal —respiró hondo, queriendo ser clara y concisa—. El novio de Lilah era profesor de historia en Cornell. Hace un par de meses, Livingston, bajo el nombre de Ellis Caufield, lo contrató para analizar los papeles familiares que nos había robado.

—No parece que Lilah haya desarrollado mucho gusto —siguió lustrando el metal.

—Max no sabía que los papeles eran robados —explicó Suzanna con los dientes apretados—. Cuando lo averiguó, Caufield estuvo a punto de matarlo. En cualquier caso, Max se presentó en Las Torres y prosiguió con la búsqueda para nosotras. Hemos documentado la existencia de las esmeraldas y entrevistado a una criada que trabajó en Las Torres el año en que Bianca murió.

—Habéis estado ocupadas —Holt cambió de postura y continuó trabajando.

—Sí. Corroboro la historia de que el collar se ocultó y que Bianca estaba enamorada y planeaba dejar a su marido. El hombre del que estaba enamorada era un artista —aguardó un momento—. Se llamaba Christian Bradford.

Algo titiló en los ojos de él, pero desapareció al instante. Con lentitud deliberada dejó el trapo. Sacó un cigarrillo del cajetín, lo encendió y luego soltó una bocanada de humo.

—¿De verdad esperas que me crea esa pequeña fantasía?

Suzanna había contado con la sorpresa, incluso el asombro. Pero había recibido aburrimiento.

—Es verdad. Solía reunirse con él en los riscos cerca de Las Torres.

—Los viste, ¿no? —le sonrió con una expresión próxima al desdén—. Sí, y también he oído hablar de los fantasmas —dijo otra calada y con gesto perezoso soltó el humo—. El espíritu melancólico de Bianca Calhoun, que vaga por su casa de verano. Los Calhoun estáis llenos de... historias.

Los ojos de ella se oscurecieron, pero la voz permaneció muy controlada.

—Bianca Calhoun y Christian Bradford estaban enamorados. El verano que ella murió, se vieron a menudo en estos riscos justo debajo de Las Torres.

Eso tocó algo en su interior, pero se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Que hay conexión. Mi familia no puede pasar por alto ninguna conexión, en especial una tan vital como esta. Es muy posible que le contara dónde había guardado las esmeraldas.

—No veo que tiene que ver con las esmeraldas un coqueteo, un coqueteo sin importancia, entre dos personas hace unos ochenta años.

—Si pudieras dejar a un lado ese prejuicio que parece tener hacia mi familia, podríamos llegar a deducirlo.

—No me interesa ninguna de las dos cosas —abrió la tapa de una nevera pequeña—. ¿Quieres una cerveza?

—No.

—Bueno, pues me he quedado sin champán —sin dejar de mirarla, abrió la botella, tiró la chapa en un cubo de plástico y dio un buen trago—. ¿Sabes?, si lo piensas, verás que cuesta tragárselo. La señora de la mansión, de educación exquisita y rica, con el artista pobre. No encaja, nena. Será mejor que olvides el asunto y te concentres en plantar tus flores. ¿No es eso lo que haces en la actualidad?

Podía enfurecerla, pero no iba a disuadirla de su objetivo.

—Las vidas de mis hermanas se vieron amenazadas, han entrado a la fuerza en mi hogar. Hay idiotas que entran en mi jardín y arrancan mis rosales —se irguió, alta, esbelta y furiosa—. No tengo ninguna intención de olvidarme del asunto.

—Es asunto tuyo —tiró lejos el cigarrillo antes de saltar sin esfuerzo al malecón. Osciló bajo su peso—. Pero no esperes arrastrarme a él.

—Muy bien, entonces. Dejaré de desperdiciar mi tiempo y el tuyo.

Aguardó hasta que ella salió del embarcadero.

—Suzanna —le gustaba cómo sonaba. Suave, femenino y antiguo—. ¿Llegaste a aprender a conducir?

Con expresión tormentosa, ella retrocedió un paso.

—¿Eso es lo que te mueve? —quiso saber—. ¿Sigues enfadado porque te caíste de aquella estúpida moto y te golpeaste tu hinchado ego masculino?

—Eso no fue lo único que se golpeó... o arañó o laceró —recordaba el

aspecto que había tenido ella. No podía superar los dieciséis años. Había bajado corriendo del coche, con el pelo al viento, la cara pálida, los ojos llenos de preocupación.

Y él había estado tendido en el costado del camino, con el orgullo de veinte años tan despellejado como la piel que el asfalto había abrasado.

—No lo creo —decía ella—. Sigues furioso, después de... ¿cuánto, doce años?, por algo que claramente fue tu culpa.

—¿Mi culpa? —inclinó la botella hacia ella—. Fuiste tú quien me dio.

—Nunca le di a nadie. Te caíste.

—Si no hubiera lanzado la moto al arcén, me habrías dado. No mirabas por dónde ibas.

—Tenía derecho de paso. Y tú ibas a demasiada velocidad.

—Tonterías —empezaba a pasárselo bien—. Ibas mirando esa bonita cara tuya en el espejo retrovisor.

—Bajo ningún concepto. En ningún momento aparté la vista del camino.

—Si hubieras tenido los ojos en donde conducías, no habrías chocado conmigo.

—Yo no... —calló y soltó un juramento—. No pienso quedarme aquí y discutir contigo por algo que sucedió hace doce años.

—Has venido a verme para involucrarme en algo que ocurrió hace ochenta años.

—Fue un error obvio —esas habrían sido sus últimas palabras, pero un perro muy grande y muy mojado atravesó el césped dando saltos. Con dos ladridos felices el animal saltó y plantó las dos patas sucias sobre su sudadera, haciéndola trastabillar.

—¡Sadie, abajo! —mientras emitía la orden seca sostuvo a Suzanna antes de que diera en el suelo. La perra se sentó moviendo el rabo—. ¿Te encuentras bien? —la tenía rodeada con los brazos, pegada a su pecho.

—Sí, estoy bien —él tenía unos músculos rocosos. Era imposible no notarlo. Así como era imposible no notar su aliento a lo largo de la sien. Hacía mucho tiempo que un hombre no la tenía en brazos.

La hizo girar despacio. Por un momento, un momento demasiado largo, la tuvo cara a cara, atrapada en el círculo de sus brazos. Bajó la mirada a los labios de ella. Una gaviota graznó en lo alto y surcó el aire encima del agua. Sintió el corazón de ella palpar contra el suyo. Una, dos, tres veces.

—Lo siento —dijo al soltarla—. Sadie aún se considera una cachorra. Te ha ensuciado la sudadera.

—Trabajo con tierra —necesitando tiempo para recuperarse, se agachó para rascar la cabeza del animal—. Hola, Sadie.

Holt, metió las manos en los bolsillos mientras Suzanna conocía a su perra. La botella seguía donde la había tirado, con el contenido vertiéndose sobre la hierba.

Deseó que ella no estuviera tan hermosa, que la risa que soltaba mientras el perro le lamía la cara no calmara tanto sus nervios.

En ese momento en que la tuvo en brazos, había encajado tan bien como una vez había imaginado que sucedería. Cerró las manos en los bolsillos porque anhelaba tocarla. No, eso ni siquiera servía para explicar lo que sentía. Quería introducirla en la cabaña, tirarla sobre la cama y hacerle cosas increíbles.

—Quizá el hombre que tiene un perro tan agradable no es tan malo —miró por encima del hombro y la sonrisa cauta murió en sus labios. El modo en que la miraba, con ojos intensos y fieros, el rostro huesudo tenso, hizo que contuviera el aliento. Alrededor de él vibraba la violencia. Ya había probado la violencia de un hombre y el recuerdo de aquello le debilitaba las extremidades.

Despacio, Holt relajó los hombros, los brazos, las manos.

—Quizá no lo sea —comentó con jovialidad—. Pero en este punto es ella mi propietaria.

A Suzanna le resultó más cómodo mirar al perro que al amo.

—Tenemos un cachorro. Aunque no para de crecer y pronto será tan grande como Sadie. De hecho, se parece mucho a ella. ¿Ha tenido alguna camada hace unos meses?

—No.

—Mmm. Tiene el mismo pelaje, la misma forma de cara. Mi cuñado lo encontró medio muerto de hambre. Lo habían abandonado.

—Hasta yo trazo la línea en el abandono de cachorros desvalidos.

—No pretendía dar a entender... —calló porque una nueva idea había entrado en su cabeza. No era más descabellada que buscar esmeraldas perdidas —. ¿Tenía perro tu abuelo?

—Siempre lo tuvo, solía llevarse lo con él allí a donde iba. Sadie es una de sus descendientes.

—¿Tuvo un perro llamado Fred? —con cuidado volvió a incorporarse.

Holt ya sabía con claridad que no le gustaba el rumbo que empezaba a tomar la conversación.

—El primer perro que tuvo se llamaba Fred. Fue antes de la Primera Guerra Mundial. Lo pintó en un cuadro. Y cuando Fred se dedicó a inseminar a parte del vecindario canino, mi abuelo se quedó con un par de cachorros.

Suzanna se frotó unas manos súbitamente húmedas en los vaqueros. Necesitó de todo su control para mantener la voz baja y firme.

—El día antes de que muriera Bianca, llevó un cachorro a casa, para sus hijos. Un pequeño animal negro al que bautizó Fred —vio que la expresión de los ojos de él cambiaba y que disponía de su atención—. Lo había encontrado en los riscos... los mismos a los que iba para reunirse con Christian —se humedeció los labios—. Mi bisabuelo no dejó que el perro se quedara. Discutieron por eso, una discusión bastante seria. Pudimos encontrar a una doncella que había trabajado

para ellos y presenciado esa discusión. Nadie estaba seguro de lo que le había pasado a ese perro. Hasta ahora.

—Aunque fuera verdad —comentó Holt despacio—, no cambia la realidad. No hay nada que yo pueda hacer por ti.

—Puedes pensar en ello, tratar de recordar si él dijo algo alguna vez, si te dejó algo que pudiera ayudar.

—Ya tengo suficiente en qué pensar —se alejó unos pasos. No quería verse involucrado en nada que lo pusiera una y otra vez en contacto con ella.

Suzanna no lo cuestionó. Tenía la vista clavada en la cicatriz que iba desde el hombro hasta casi la cintura. Holt se volvió, se topó con la mirada horrorizada y se puso rígido.

—Lo siento, de haber sabido que vendrías, me habría puesto una camisa.

—¿Qué...? —tuvo que tragarse la emoción que le atenazaba la garganta—. ¿Qué te pasó?

—Fui policía una noche de más —no le quitó los ojos de encima—. No puedo ayudarte, Suzanna.

Ella contuvo la compasión que sin duda él odiaría.

—No quieres hacerlo.

—Lo que prefieras. Si quisiera excavar en los problemas de los demás, todavía seguiría en el cuerpo.

—Solo te pido que pienses un poco, que nos comuniques si recuerdas algo que pueda sernos de ayuda.

Empezaba a impacientarse. Holt consideraba que ya le había dado más de lo que le correspondía por un día.

—Era niño cuando él falleció. ¿De verdad crees que me lo habría contado si hubiera tenido una aventura con una mujer casada?

—Haces que suene sórdido.

—Algunas personas no consideran romántico el adulterio —se encogió de hombros. Fuera como fuere, para él no representaba nada.

—No me interesa tu punto de vista sobre la moralidad. Solo tus recuerdos. Y ya te he quitado suficiente tiempo.

Él no supo qué había dicho para provocarle esa expresión triste y dolida. Pero no podía dejar que se fuera y lo atormentara con ese recuerdo.

—Creo que estás dando palos de ciego, pero si me viniera algo a la cabeza, te lo comunicaré. Por los antepasados de Sadie.

—Te lo agradecería.

—Pero no esperes nada.

—Créeme, no lo haré —rió y se volvió para dirigirse hacia la camioneta. La sorprendió al atravesar el césped con ella.

—Tengo entendido que has puesto tu propio negocio.

—Así es —miró en torno—. Podrías usar mis servicios.

—No soy un enamorado de las rosas —manifestó con desdén.

—La cabaña, sí —impasible, sacó las llaves del bolsillo—. No haría falta mucho para darle un aire acogedor.

—No busco capullos en el mercado, encanto. Jugar con los rosales te lo dejo a ti.

Suzanna pensó en los músculos doloridos con los que llegaba todas las noches a casa y subió a la camioneta para cerrarla de un portazo.

—Si, a las mujeres nos encanta jugar en el jardín. A propósito, Holt, tu hierba necesita fertilizante. Estoy convencida de que tienes de sobra para diseminarlo por ahí.

Arrancó, puso marcha atrás y se largó.

Los niños salieron de la casa a la carrera, seguidos de un enorme perro negro. El niño y la niña bajaron por los desgastados escalones de piedra con el equilibrio fácil y la gracilidad de la juventud. El perro tropezó con sus propias patas y dio un salto mortal. «Pobre Fred», pensó Suzanna al bajar de la camioneta. Daba la impresión de que nunca superaría su torpeza de cachorro.

—¡Mamá! —cada niño se aferró a una de las piernas de Suzanna.

Con seis años, Alex ya era alto para su edad, y con el pelo moreno como el de un gitano. Sus piernas bronceadas tenían heridas curadas a la altura de las rodillas y arañazos a la altura de los codos delgados. Suzanna sabía que no se debía a la torpeza, sino a su espíritu travieso. Jenny, un año menor y rubia como una princesa de cuento de hadas, exhibía las mismas marcas de honor. En cuanto se agachó para besarlos, Suzanna olvidó su irritación y fatiga.

—¿Qué habéis estado haciendo?

—Construimos un fuerte —informó Alex—. Va a ser impregnado.

—Inexpugnable —corrigió su madre, pellizcándole la nariz.

—Sí, y Sloan dijo que el domingo podría ayudarnos en su construcción.

—¿Podrás tú? —preguntó Jenny.

—Después de trabajar —se inclinó para palmear a Fred, que intentaba abrirse paso entre los niños para obtener su parte de afecto—. Hola, muchacho. Creo que hoy he conocido a uno de tus parientes.

—¿Fred tiene parientes? —quiso saber Jenny.

—Eso parecía —avanzó con los niños para sentarse en los escalones. Era un lujo poder oler el mar y las flores, tener a un niño bajo cada brazo—. Creo que conocí a su prima Sadie.

—¿Dónde? ¿Puede venir a visitarlo? ¿Es bonita?

—En el pueblo —respondió a las preguntas a quemarropa de Alex—. No lo sé, y sí, es muy bonita. Grande, como va a ser Fred cuando termine de crecer. ¿Qué más habéis hecho hoy?

—Vinieron Loren y Lisa —informó Jenny—. Matamos a miles de invasores.

—Bueno, esta noche podremos dormir tranquilos.

—Y Max nos contó una historia sobre la invasión de Normalia.

—Creo que era Normandía —riendo entre dientes, besó la parte superior de la cabeza de Jenny.

—Lisa y Jenny también jugaron a las muñecas —Alex le lanzó a su hermana una mueca fraternal.

—Ella quería. En su cumpleaños le regalaron una Barbie nueva y un coche.

—Era un Ferrari —explicó Alex con aires de importancia, pero no quiso reconocer que Loren y él habían jugado con el coche cuando las chicas salieron de la habitación. Se acercó más para jugar con la coleta de su madre—. La semana próxima Loren y Lisa se van a Disney World.

Suzanna contuvo un suspiro. Sabía que sus hijos soñaban con ir a ese reino encantado que había en el centro geográfico de Florida.

—Un día iremos.

—¿Pronto? —instó Alex.

Quiso prometérselo, pero no pudo.

—Un día —repitió. El cansancio había retornado cuando se levantó para tomar a cada uno de la mano—. Corred y decidle a la tía Coco que estoy en casa. Necesito darme una ducha y cambiarme de ropa. ¿Vale?

—¿Podemos acompañarte al trabajo mañana?

Apretó la mano de Jenny.

—Carolanne mañana está de guardia en la tienda. Yo tengo que ir a una casa —sintió la decepción de su hija con tanta intensidad como la suya propia—. La semana próxima. Id ahora —instó al abrir la sólida puerta delantera—. Miraré vuestro fuerte después de la cena.

Satisfechos, corrieron vestíbulo abajo con el perro pisándoles los talones.

«No piden mucho», pensó Suzanna al subir por la escalera a la primera planta. Y quería darles mucho más. Sabía que eran felices y que se hallaban a salvo y seguros. Tenían una familia enorme que los adoraba. Con una de sus hermanas casada y las otras dos prometidas, sus hijos tenían hombres en su vida. Quizá los tíos no reemplazaran a un padre, pero era lo mejor que podía hacer ella.

Hacia meses no sabían nada de Baxter Dumont. Alex ni siquiera había recibido una postal en su cumpleaños. La pensión de mantenimiento de los niños volvía a retrasarse... como todos los meses. Bax era demasiado buen abogado como para descuidar por completo los pagos, pero se aseguraba de que llegaran semanas más tarde de su fecha. Sabía que lo hacía para ponerla a prueba a ella. Para ver si llegaría a suplicar. Agradecía a Dios no haber necesitado hacerlo hasta el momento.

Hacia un año y medio que les habían concedido el divorcio, pero él seguía manifestando sus sentimientos por ella ante los niños... lo único realmente valioso que habían hecho juntos.

Quizá esa era la causa por la que aún tenía que superar la persistente desilusión, la sensación de traición y pérdida. Ya no amaba a su ex marido. Ese amor había muerto antes de que naciera Jenny. Pero el dolor... movió la cabeza.

Estaba trabajando en ello.

Entró en su habitación. Como la mayoría de los cuartos de Las Torres, el dormitorio de Suzanna era enorme. Su bisabuelo había construido la casa a comienzos de siglo. Había sido una pieza de exposición, un testamento a su vanidad, a su gusto por lo opulento y a su necesidad de rango. Tenía cinco plantas de sombrío granito con llamativas torres, parapetos y terrazas escalonadas. El interior tenía techos altos, madera noble y laberintos de pasillos. Parte castillo, parte mansión, primero había sido una casa de verano, luego una residencia permanente.

A lo largo de los años y de los reveses financieros, la casa había visto tiempos duros. El dormitorio de ella, como todas las habitaciones, mostraba grietas en la escayola. El suelo estaba marcado, el techo tenía filtraciones y las tuberías una mente propia. Los Calhoun adoraban su casa familiar. En ese momento que restauraban el ala oeste, esperaban que pronto comenzara a ser independiente y cubriera sus gastos.

Fue al armario en busca de una bata y pensó que había sido afortunada. Había podido llevar allí a sus hijos, un hogar verdadero, cuando el suyo propio se había desmoronado. No había tenido que entrevistar a desconocidos para que cuidaran de ellos mientras trabajaba. La hermana de su padre, que había criado a sus hermanas y a ella a la muerte de sus padres, en ese momento también se ocupaba de sus hijos. Aunque era consciente de que Alex y Jenny tenían demasiada energía, sabía que no había nadie mejor preparado para la tarea que la tía Coco.

Y un día encontrarían las esmeraldas de Bianca y todo volvería a lo que era normal en la casa Calhoun.

—Suze —Lilah llamó a la puerta y asomó la cabeza—. ¿Lo has visto?

—Sí.

—Estupendo —Lilah, cuyo pelo rojo caía en ondas hasta su cintura, entró. Se extendió en posición diagonal sobre la cama y apoyó la almohada contra el cabecero. No le costó nada adoptar su postura favorita: la horizontal—. Bueno, cuéntame.

—No ha cambiado gran cosa.

—Oh, oh.

—Se mostró brusco y grosero —se quitó la sudadera—. Creo que hasta pensé en dispararme por entrar sin permiso en su propiedad. Cuando traté de explicarle lo que pasaba, fue desdeñoso —recordó la expresión al tiempo que se bajaba la cremallera de los vaqueros—. Básicamente, fue desagradable, arrogante y grosero.

—Mmm. Parece un príncipe.

—Cree que nos lo inventamos todo para conseguir publicidad para Las Torres cuando abramos el año próximo.

—Vaya imbécil —eso agitó a Lilah lo suficiente como para sentarse—. Max estuvo a punto de morir. ¿Es que nos considera locas?

—Exacto —asintió y se puso la bata—. No sé por qué, pero parece tener algo en contra de todos los Calhoun en general.

—Sigue cabreado porque lo tiraste de su moto —Lilah sonrió con gesto somnoliento.

—Yo no lo... —juró y se rindió—. Olvidalo; la cuestión es que no creo que recibamos ayuda de él —después de quitarse la cinta del pelo, se lo mesó—. Aunque después del tropiezo con el perro, dijo que se lo pensaría.

—¿Qué perro?

—La prima de Fred —repuso por encima del hombro al dirigirse al cuarto de baño para abrir la ducha.

Lilah se plantó en el umbral en el momento en que Suzanna cerraba la cortina.

—¿Fred tiene una prima?

Por encima del repicar del agua, Suzanna le habló de Sadie y de sus antepasados.

—Eso es fabuloso. Un eslabón más en la cadena. He de informárselo a Max.

Con los ojos cerrados, Suzanna sacó la cabeza de debajo del agua.

—Dile que sigue solo. El nieto de Christian no está interesado.

No quería estarlo. Holt se hallaba sentado en el porche trasero, con el perro a los pies, observando cómo el agua adquiría una tonalidad índigo en el crepúsculo.

Había música, la sinfonía de los insectos en la hierba, el viento entre las hojas, la melodía del agua contra la madera. Del otro lado de la bahía, Bar Island comenzaba a difuminarse y a fundirse con la penumbra. Cerca, en la radio sonaba un solitario saxo alto que no desentonaba con su estado de ánimo.

Eso era lo que quería. Tranquilidad, soledad, ausencia de responsabilidades. «Me lo he ganado, ¿no?», pensó mientras bebía un trago de cerveza. Había entregado diez años de su vida a los problemas, las tragedias y las miserias de los demás.

Se sentía quemado, reseco y cansado como mil demonios.

Ni siquiera sabía si había sido un buen policía. Le habían entregado menciones y medallas que confirmaban que lo había sido. Pero también tenía una cicatriz de treinta centímetros en la espalda que le recordaba que había faltado poco para ser un poli muerto.

En ese momento solo quería disfrutar de su retiro, reparar unos pocos motores, recoger algunos percebes y quizá navegar un poco. Siempre se le habían dado bien las cosas manuales y sabía que podía ganarse la vida de forma decente reparando barcos. Dirigir su propio negocio, a su propio ritmo y estilo.

Sin informes que redactar, sin pistas que seguir, sin callejones oscuros que investigar.

Sin colgados con cuchillos en la mano que saltaban de las sombras para rajarte y dejarte sangrando en el cemento.

Cerró los ojos y bebió otro trago de cerveza. Había tomado una decisión durante la larga y dolorosa estancia en el hospital. En su vida no habría más compromisos, ya no intentaría salvar el mundo. A partir de ese momento iba a empezar a cuidar de sí mismo. Solo de él.

Había recogido el dinero heredado y había vuelto a casa, para hacer lo menos posible con el resto de su vida. Sol y mar en verano, fuego y el aullido del viento en invierno. No era mucho pedir.

Había empezado a asentarse, a sentirse bien. Hasta que apareció ella.

Como si no hubiera sido suficientemente malo mirarla y sentir... Dios, lo mismo que había sentido con veinte años. Acelerado y hambriento.

La hermosa e inalcanzable Suzanna Calhoun, de los Calhoun de Bar Harbor. La princesa en la torre. Ella había vivido en su castillo en lo alto de los riscos. Y él en una cabaña a las afueras del pueblo. Su padre había sido pescador de mariscos, y Holt a menudo había llevado la captura entera a la puerta de servicio de los Calhoun... sin pasar nunca más allá de la cocina. Pero a veces había oído voces, risas o música. Y eso había despertado su curiosidad y anhelo.

Y en ese momento ella había ido a buscarlo. Pero Holt ya no era un adolescente embobado. Era un realista. Suzanna estaba fuera de su liga, como siempre lo había estado. Y aunque hubiera sido diferente, no le interesaba una mujer que tenía escrito en la cara que era puro hogar.

Y en lo referente a las esmeraldas, no había nada que pudiera hacer para ayudarla. Nada que quisiera hacer.

Desde luego, había oído hablar de las joyas. Esa historia en particular había llegado hasta la prensa nacional. Pero lo que le resultaba fascinante era la idea de que su abuelo hubiera estado involucrado, que hubiera sido amado por una Calhoun a la que también él hubiera amado.

Incluso con la coincidencia de los perros, no estaba del todo seguro de creerlo. Holt no había conocido a su abuela, pero su abuelo había sido una figura intrépida y misteriosa que había viajado por el extranjero y regresado con historias fabulosas. Había sido el hombre capaz de realizar magia con un lienzo y un pincel.

De niño recordaba subir las escaleras hasta el estudio para ver trabajar al hombre alto con el pelo blanco como la nieve. Sin embargo, había parecido más un combate que un trabajo. Un duelo elegante y apasionado entre su abuelo y el lienzo.

El joven y el anciano habían dado largos paseos por la playa y las rocas. Por los riscos. Con un suspiro, se reclinó. Muy a menudo habían llegado justo hasta

debajo de Las Torres. En una ocasión se habían sentado sobre las rocas y su abuelo le había contado una historia sobre el castillo en lo alto de los riscos y la princesa que había vivido allí.

Se preguntó si habría estado hablando sobre Las Torres y Bianca.

Inquieto, se levantó para entrar. Sadie alzó la vista, y al cerrarse la puerta mosquitera volvió a acomodar la cabeza sobre las patas delanteras.

La cabaña se adaptaba a él mucho más que el hogar en el que había crecido. Este había sido un lugar sin alma, de linóleo gastado y paredes de frisos oscuros. Lo había vendido a la muerte de su madre, tres años atrás. Hacía poco había empleado los beneficios para realizar algunas reparaciones y modernización de la cabaña, aunque prefería mantenerla casi tal como había estado en época de su abuelo.

Era una casa cuadrada, con paredes de escayola y suelos de madera. Había limpiado la chimenea de piedra original, y estaba ansioso porque llegara la primera noche fría en que pudiera probarla.

El dormitorio era diminuto, casi una idea tardía que sobresalía de la estructura principal. Había reforzado la escalera que conducía al estudio de su abuelo, al igual que la barandilla que bordeaba la terraza abierta. Subió en ese momento para contemplar el amplio espacio iluminado solo por la luz del crepúsculo.

De vez en cuando pensaba en poner claraboyas en el techo abuhardillado, pero en ningún momento pensó en volver a pulir el suelo. La vieja y oscura madera estaba salpicada con pintura que había chorreado de la paleta o el pincel. Había vetas de carmesí y turquesa, gotas de verde esmeralda y amarillo canario. Su abuelo había preferido lo vívido, lo apasionado, incluso lo violento en su obra.

Contra la pared se apilaban óleos, el legado de un hombre que en sus últimos años había empezado a encontrar éxito financiero y de crítica. Sabía que le reportarían una buena suma. Pero así como nunca había pensado en eliminar la pintura del suelo, tampoco se le había pasado por la cabeza desprenderse de esa parte de su herencia.

Se puso en cuclillas para inspeccionar los cuadros. Los conocía todos, los había estudiado en innumerables veces, preguntándose como podía descender de un hombre con semejante visión y talento. Giró el retrato, sabiendo bien que ese era el motivo por el que había subido.

La mujer era tan hermosa como un sueño... con el rostro ovalado de facciones finas, la piel de alabastro. El pelo rojo dorado estaba recogido para exhibir un cuello grácil. Los labios plenos y suaves estaban curvados en una sonrisa leve. Pero fueron los ojos los que lo atrajeron, como siempre. Eran verdes como un mar brumoso. Lo hipnotizaba la emoción que la habilidad de su abuelo había capturado allí.

Semejante tristeza serena y dolor interior. Casi resultaba demasiado dolorosos de contemplar, pues demorarse mucho en la visión era sentirlos. Ese mismo día

había visto la misma expresión en los ojos de Suzanna.

Se preguntó si la mujer del cuadro sería Bianca. Tenían parecido en la forma de la cara, en la curva de la boca. El color del pelo no se asemejaba en nada y las similitudes eran leves. Salvo en los ojos. Cuando los miraba, pensaba en Suzanna.

Se levantó, pero no giró el cuadro para que quedara hacia la pared. Permaneció allí de pie, contemplándolo largo rato, preguntándose si su abuelo había amado a la mujer que había pintado.

Suzanna pensó que iba a ser otro día caluroso. Aunque apenas eran las siete, el aire ya estaba pegajoso. Necesitaban lluvia, pero la humedad flotaba en el aire y con obstinación se negaba a caer.

En el interior de su tienda, comprobó los capullos refrigerados y le dejó una nota a Carolanne para que le diera salida a los claveles poniéndolos en oferta.

A las siete y media comprobaba las plantas de invernadero, agradecida de que el inventario fuera reduciéndose. A las ocho tenía cargada la camioneta e iba de camino a Seal Harbor. Allí la esperaba un día completo de trabajo en una casa de reciente construcción. Los compradores eran de Boston, y querían que su casa veraniega tuviera un patio establecido, completo con arbustos, árboles y flores.

Sabía que sería un trabajo caluroso y sudoroso. Pero también estaría tranquila. Los Anderson se encontraban en Boston esa semana, así que dispondría del patio para ella sola. Le encantaba trabajar con tierra y cosas vivas, cuidando de algo que ella misma había plantado.

«Igual que mis hijos», pensó con una sonrisa. Sus pequeños. Cada vez que los arrojaba por la noche o los veía correr bajo el sol, sabía que nada de lo que le hubiera pasado con anterioridad, nada de lo que fuera a pasarle en el futuro, apagaría el resplandor de júbilo de saber que eran suyos.

El fracaso de su matrimonio había sacudido sus cimientos, y había ocasiones en que aun experimentaba dudas terribles sobre sí misma, como mujer. Pero no como madre. Sus hijos tenían lo mejor que ella podía darles. El vínculo sustentaba a ambas partes.

En los últimos dos años había empezado a creer que podría tener éxito en el negocio. Su habilidad con la jardinería había sido su salvación en los últimos meses de su fallido matrimonio. Desesperada, había vendido las joyas y pedido un préstamo para lanzarse a *Jardines de la Isla*.

Le había hecho bien poder utilizar su nombre de soltera. El primer año del negocio había sido duro, en especial porque no había dejado de invertir cada centavo en pagar facturas legales del juicio por la custodia de los niños.

Pensar que podría haberlos perdido todavía le helaba la sangre.

Bax no los había querido, pero había deseado dificultarle las cosas. Una vez

que todo terminó, Suzanna había perdido siete kilos, innumerables horas de sueño y quedado endeudada hasta el cuello. Pero tenía a sus hijos. Había ganado la fea batalla y el precio no significaba nada.

Poco a poco iba saliendo. Había recuperado algunos kilos, algunas horas de sueño y de forma meticulosa y lenta pagaba sus deudas. En los dos años transcurridos desde que abrió el negocio, se había ganado una reputación de mujer fiable, razonable e imaginativa. Dos de los hoteles de temporada habían probado sus servicios y parecía que querían negociar contratos a largo plazo.

Eso significaría comprar otra camioneta y contratar personal a jornada completa. Y quizá, solo quizá, poder realizar aquel viaje a Disney World.

Subió por la entrada de vehículos de la bonita casa de Cape Cod. Se recordó que era hora de ponerse a trabajar.

El terreno abarcaba aproximadamente medio acre con una ligera pendiente. Había mantenido tres reuniones minuciosas con los dueños para determinar el plan a seguir. La señora Anderson quería muchos árboles con flores y arbustos, y el factor de intimidad a largo plazo que proporcionaban las plantas de hoja perennes. Deseaba disfrutar de un patio que requiriera pocos cuidados y estuviera lleno de color estival. No quería pasar los veranos cuidando de las plantas, en especial en la parte lateral, que tenía una inclinación más pronunciada.

Al mediodía, ya había marcada cada zona con estacas y cordeles. Había plantado las robustas azaleas. El sendero de piedra estaba flanqueado por dos rosales que ya habían empezado a endulzar el aire. Como la señora Anderson había manifestado su predilección por las lilas, colocó un trío de plantas compactas cerca de la ventana del dormitorio principal, donde la brisa de la próxima primavera introduciría los olores en el interior.

El patio empezaba a cobrar vida. La ayudó a soslayar los músculos doloridos de los brazos mientras regaba las plantas nuevas. Los pájaros cantaban y en alguna parte en la distancia cercana sonaba un cortacésped.

Algún día pasaría por allí y sabría que había sido parte de tanto color. Era importante, más de lo que podía reconocerle a nadie, que dejara una huella. Necesitaba recordarse que no era la mujer débil e inútil que con indiferencia habían hecho a un lado.

Sudorosa, recogió la botella de agua y la pala y se dirigió a la parte delantera de la casa. Había plantado el primer almendro en flor y cavaba el agujero para el segundo cuando un coche aparcó detrás de su camioneta. Se apoyó en la pala y observó bajar a Holt del vehículo.

Soltó el aire, molesta porque hubieran invadido su soledad, y volvió a ponerse a cavar.

—¿Has salido a dar un paseo? —preguntó cuando la sombra de él la cubrió.

—No, la chica en la tienda me dijo dónde encontrarte. ¿Qué demonios estás

haciendo?

—Jugar a la canasta —extrajo más tierra—. ¿Qué quieres?

—Deja esa pala antes de que te lastimes. No deberías estar excavando.

—Es mi trabajo... más o menos. Repito, ¿qué quieres?

La observó cavar otros diez segundos antes de arrebatarle la pala.

—Dame esa maldita cosa y siéntate.

La paciencia siempre había sido una de las características de Suzanna, aunque en ese momento le costó encontrarla. Se ajustó la visera de la gorra.

—Sigo un plan bien trazado, me faltan seis árboles, dos rosales y unos setenta metros cuadrados de terreno que plantar. Si tienes algo que decir, bien. Habla mientras trabajo.

Holt puso la pala fuera de su alcance.

—¿Qué profundidad quieres? —ella enarcó una ceja—. Me refiero al agujero.

Lo miró de arriba a abajo.

—Diría que poco más de un metro ochenta bastaría para enterrarte en él —la sorprendió con una sonrisa.

—Y pensar que solías ser tan dulce —comenzó a excavar—. Simplemente dime cuándo parar.

Por lo general ella devolvía amabilidad con amabilidad. Pero iba a hacer una excepción.

—Puedes parar ahora mismo, no necesito ayuda. Y no quiero la compañía.

—No sabía que fueras terca —alzó la vista mientras sacaba tierra—. Supongo que me costó ir más allá de esa bonita cara —notó que esa cara bonita estaba acalorada y tenía sombras de fatiga bajo los ojos. Lo irritó demasiado—. Creía que vendías flores.

—Las vendo. Y también las planto.

—Hasta yo sé que esa cosa es un árbol.

—También los planto —rindiéndose, sacó un pañuelo y comenzó a secarse el cuello—. El agujero ha de ser más ancho, no más profundo.

Se movió un poco para complacerla. Consideró que quizá debía reevaluarla.

—¿Cómo es que no hay nadie que haga el trabajo duro por ti?

—Porque yo puedo hacerlo.

«Sí, hay terquedad en el tono, y un leve deje desagradable». Le gustó más.

—A mí me da la impresión de que es un trabajo para dos personas.

—Lo es... pero la otra persona se fue ayer para ser una estrella de rock. Su grupo tenía una actuación en Brighton Beach. Mmm. Eso está bien —indicó, y se volvió para levantar por las raíces un árbol de un metro. Mientras Holt la observaba ceñudo, lo alzó y con cuidado lo introdujo en el agujero.

—Supongo que ahora hay que rellenarlo.

—Tú tienes la pala —señaló. Mientras él trabajaba, Suzanna acercó una bolsa

de turba que comenzó a mezclar con la tierra.

Mientras ella metía los dedos en la tierra, Holt notó que sus uñas eran cortas y redondeadas. No llevaba ningún anillo de matrimonio. De hecho, no llevaba ninguna joya, aunque eran manos hechas para lucir cosas hermosas.

Suzanna trabajó con paciencia y la cabeza gacha, oculta bajo la gorra. Él pudo verle la nuca y se preguntó qué sentiría al apoyar los labios allí. En ese momento tendría la piel ardiente, además de húmeda. Entonces ella se incorporó y activó la manguera del jardín para limpiarse la tierra.

—¿Haces esto a diario?

—Intento estar uno o dos días en la tienda. Allí puedo tener a los chicos conmigo —apisonó la tierra. Cuando el árbol quedó seguro, con movimientos diestros extendió una capa gruesa de abono—. La primavera próxima esto se hallará cubierto de flores —se pasó el dorso de la mano por la frente. El pequeño body que llevaba exhibía una línea de sudor en las partes delantera y trasera que solo recalca su frágil compleción—. De verdad que sigo un plan, Holt. Me quedan por plantar unos álamos y unos pinos blancos en la parte de atrás, de modo que si tienes que hablar conmigo, deberás acompañarme.

—¿Has hecho esto hoy? —miró alrededor del patio.

—Sí. ¿Qué te parece?

—Creo que vas a sufrir una insolación.

Suzanna supuso que un cumplido sería demasiado pedir.

—Agradezco la evaluación médica —apoyó una mano en la pala, pero él no la soltó—. La necesito.

—Yo la llevaré.

—Bien —cargó las bolsas de turba y abono en una carretilla.

Él soltó un juramento, arrojó la pala encima de las bolsas y la hizo a un lado para levantar la carretilla y emprender la marcha.

—¿En que parte de atrás?

—Junto a las estacas que hay cerca de las vallas —lo siguió ceñuda.

Holt se puso a excavar sin consultarla, de modo que ella se dedicó a vaciar la carretilla y luego fue a la camioneta. Cuando él alzó la vista, la vio sacar otros dos árboles. Plantaron el primero juntos y en silencio.

Holt no había imaginado que colocar un árbol en la tierra pudiera ser un trabajo que relajara. Pero cuando se irguió bajo el sol deslumbrante, se sentía apaciguado.

—Pensaba en lo que dijiste ayer —comenzó cuando ponían el segundo árbol en su hueco.

—¿Y?

Quiso soltar una maldición. Había tanta paciencia en esa única palabra, como si en todo momento ella hubiera sabido que iba a sacar el tema.

—Y todavía creo que no hay nada que yo pueda, o quiera, hacer, pero quizá

tengas razón acerca de la conexión.

—Sé que tengo razón —se limpió la turba de las manos en los vaqueros—. Si has venido hasta aquí para decirme eso, has desperdiciado un viaje —llevó la carretilla vacía hasta la camioneta. Estaba a punto de bajar los siguientes dos árboles cuando él subió al vehículo para situarse a su lado.

—Yo bajaré los malditos árboles —farfullando, llenó la carretilla y la llevó otra vez hasta la parte de atrás del patio—. El abuelo jamás lo mencionó. Quizá la conociera, quizá tuvieran una aventura, aunque no veo en qué puede ayudarte eso.

—La amaba —comentó Suzanna mientras recogía la pala para excavar—. Eso significa que él sabía cómo sentía y pensaba ella. Tal vez tuviera una idea de dónde habría escondido las esmeraldas.

—Está muerto.

—Lo sé —permaneció un momento en silencio mientras trabajaba—. Bianca llevaba un diario... al menos estamos casi seguros de que así era, y de que lo escondió con el collar. Quizá Christian también llevara uno.

—Jamás lo vi —irritado, aferró otra vez la pala.

Ella contuvo el impulso de replicarle. Sin importar lo mucho que pudiera irritarla, quizá Holt fuera un eslabón.

—Imagino que casi toda la gente guarda un diario privado en un lugar privado. O quizá haya guardado algunas cartas de ella. Encontramos una que Bianca le escribió y que jamás pudo enviarle.

—Persigues molinos de viento, Suzanna.

—Esto es importante para mi familia —introdujo con cuidado un pino blanco en el agujero—. No es por el valor monetario de las esmeraldas. Es por lo que significaban para ella.

Él la observó trabajar, las manos competentes y delicadas, los hombros asombrosamente fuertes. La suave curva del cuello.

—¿Cómo puedes saber lo que significaron para ella?

—No lograría explicártelo de ningún modo que pudieras entender o aceptar —respondió sin alzar la vista.

—Inténtalo.

—Al parecer todas tenemos una especie de vínculo con ella... en especial Lilah —no levantó los ojos cuando lo oyó cavar el siguiente agujero—. Nunca hemos visto las esmeraldas, ni siquiera en fotografía. Después de que Bianca muriera, Fergus, mi bisabuelo, destruyó todas las fotos de ella. Pero Lilah... una noche hizo un dibujo de las piedras. Fue después de que celebráramos una sesión espiritista —levantó la cabeza y captó su expresión de divertida incredulidad—. Sé cómo suena —manifestó con voz rígida y a la defensiva—. Pero mi tía cree en ese tipo de cosas. Y después de aquella noche, creo que con razón. Mi hermana menor, C. C., tuvo una... experiencia durante la sesión. Vio las

esmeraldas. Fue en ese momento cuando Lilah trazó el boceto. Semanas más tarde, el novio de Lilah encontró una foto de las esmeraldas en un libro en la biblioteca. Eran exactamente como Lilah las había dibujado, iguales que como las había visto C. C.

Mientras colocaba en su sitio el siguiente árbol, él no dijo nada.

—No me interesa mucho el misticismo. Quizá una de tus hermanas haya visto la foto con anterioridad y lo olvidó.

—Si alguna de nosotras hubiera visto una foto, no lo habríamos olvidado. No obstante, la cuestión es que todas nosotras consideramos que es importante encontrar las esmeraldas.

—Puede que las vendieran hace ochenta años.

—No. No encontramos ningún registro de ello. Fergus era un maniático en el orden de sus finanzas —inconscientemente arqueó la espalda y giró los hombros para aliviar el dolor—. Créeme, hemos repasado cada fragmento de papel que hemos encontrado.

Holt lo dejó pasar y rumió la cuestión mientras plantaban el último de los árboles.

—¿Conoces eso de encontrar una aguja en un pajar? —preguntó mientras la ayudaba a extender abono—. Por lo general, la gente no encuentra la aguja.

—La encontrarían si siguieran buscando —curiosa, se apoyó en los talones y lo estudió—. ¿No crees en la esperanza?

Estaba lo bastante cerca como para tocarla, para quitarle la tierra de la mejilla o acariciarle la coleta. No hizo nada de eso.

—No, solo creo en lo que es.

—Entonces lo siento por ti —se incorporaron juntos y sus cuerpos casi se rozaron. Suzanna sintió algo por la piel, algo que corrió por su sangre, y automáticamente retrocedió—. Si no crees en lo que podría ser, no tiene ningún sentido plantar árboles, tener hijos o incluso ver cómo se pone el sol.

Él también lo había sentido. Y lo lamentó y temió tanto como ella.

—Si no mantienes un ojo sobre lo que es real, lo que está ahora, terminas pasando toda la vida en un sueño. Yo no creo en el collar, Suzanna, ni en fantasmas, tampoco en el amor eterno. Pero si alguna vez tengo la certeza de que mi abuelo estuvo relacionado con Bianca Calhoun, haré lo que pueda para ayudarte.

—No crees en la esperanza o el amor, y al parecer nada más —emitió una risa seca—. ¿Por qué aceptarías ayudarnos?

—Porque si él la amó, habría querido que lo hiciera —se inclinó para recoger la pala y entregársela—. Tengo cosas que hacer.

Suzanna se sintió complacida de ver atestado el aparcamiento de la tienda. Algunas personas miraban las plantas anuales mientras una pareja joven deliberaba sobre las rosas. Una mujer con un embarazo enorme daba vueltas con algunas macetas mixtas. El pequeño que iba a su lado sostenía un geranio como si fuera una bandera.

Carolanne cerraba una venta y coqueteaba con el joven que sostenía una urna de cerámica con unas begonias rosas.

—A tu madre le van a encantar —comentó mientras agitaba sus pestañas largas—. No hay nada como las flores para un cumpleaños. O cualquier ocasión. Tenemos los claveles en oferta —sonrió y se apartó el pelo castaño de la cara—. Por si tienes novia.

—Bueno, no... —carraspeó—. En realidad, ahora no.

—Oh —la sonrisa subió varios grados de calidez—. Es una pena —le entregó el cambio—. Ven cuando quieras. Por lo general me encontrarás aquí.

—Claro. Gracias —miró por encima del hombro y a punto estuvo de chocar con Suzanna—. Oh, lo siento.

—No pasa nada. Espero que le gusten a tu madre —riendo entre dientes, se reunió con su coqueta empleada en la caja—. Eres asombrosa.

—¿No era un tesoro? Me encanta cuando se ruborizan. Bueno —le sonrió a Suzanna—. Has vuelto temprano.

—No tardé tanto como había pensado —no consideró necesario añadir que había recibido una ayuda inesperada y no deseada. Carolanne era una trabajadora estupenda, una hábil vendedora y una consumada cotilla—. ¿Cómo va todo por aquí?

—En marcha. Todo este sol debe estar inspirando a la gente a renovar el jardín. Oh, volvió la señora Russ. Le gustaron tanto los narcisos, que hizo que su marido le abriera otra ventana para poder comprar más. Como estaba predispuesta, le vendí dos hibiscos... y dos de esas macetas de terracota para plantarlos.

—Te quiero. La señora Russ te quiere y el señor Russ va a aprender a odiarte. —Carolanne rio y ella miró a través de los cristales—. Iré a ver si puedo ayudar a esas personas a decidir qué rosas quieren.

—Son el señor y la señora Halley. Acaban de casarse, los dos son camareros

en Capitan Jack y acaban de comprarse una casita. Él estudia para ser ingeniero y en septiembre ella va a empezar a enseñar en la escuela primaria.

—Como he dicho, eres asombrosa —rió Suzanna, moviendo la cabeza.

—No, solo curiosa —Carolanne sonrió—. Además, la gente compra más si le hablas. Y sabes que a mí me encanta hablar.

—De lo contrario, tendría que cerrar la tienda.

—Trabajarías el doble, si eso fuera posible —agitó una mano sin dejar que Suzanna pudiera protestar—. Antes de que te vayas, he estado preguntando por ahí para ver si alguien necesitaba un trabajo a tiempo parcial. Aún no ha habido suerte.

Suzanna pensó que no tenía sentido quejarse.

—Tan adelantada la temporada, todo el mundo trabaja ya.

—Si Tommy el chiflado Parotti no hubiera abandonado la nave...

—Cariño, tuvo la oportunidad de hacer algo que siempre había querido. No podemos culparlo por eso.

—Tú no —musitó Carolanne—. Suzanna, no puedes seguir haciendo todo el trabajo de campo. Es demasiado duro.

—Nos vamos arreglando —repuso distraída, pensando en la ayuda que había tenido aquel día—. Escucha, Carolanne, después de ocuparnos de estos clientes, he de realizar otra entrega. ¿Podrás encargarte de todo hasta el cierre?

—Claro —suspiró—. Yo tengo un taburete y un ventilador, eres tú la que maneja el pico y la pala.

Una hora más tarde, se detenía ante la cabaña de Holt. «No es solo un impulso», se dijo. Y tampoco porque quisiera presionarlo. Y bajo ningún concepto porque deseara su compañía. Pero era una Calhoun, y los Calhoun siempre pagaban sus deudas.

Se dirigió hacia los escalones que daban al porche, y de nuevo pensó que era un lugar precioso. Le faltaban unos pequeños toques... una enredadera por la barandilla, unos lechos de aguileñas y consueidas, con un poco de dragoncillos y lavandas.

Podría ser como una cabaña de cuentos de hadas... pero el hombre que vivía en ella no creía en los cuentos de hadas.

Llamó a la puerta al tiempo que notaba que el coche estaba allí. Igual que antes, rodeó la casa, pero en esta ocasión Holt no estaba en el barco. Se encogió de hombros y decidió que haría aquello para lo que había ido.

Ya había elegido el lugar, entre el agua y la casa, donde el arbusto se vería y se disfrutaría desde lo que había decidido que era la ventana de la cocina. No era mucho, pero añadiría algo de color al vacío patio de atrás. Bajó lo que necesitaba y se puso a cavar en la tierra.

Dentro de su cobertizo de trabajo, Holt desmontó el motor del barco. Reconstruirlo requeriría concentración y tiempo. Justo lo que él necesitaba. No deseaba pensar en las Calhoun, en relaciones amorosas trágicas o en responsabilidades.

Ni siquiera alzó la vista cuando Sadie se levantó de su siesta sobre el fresco cemento para trotar al exterior. La perra y él tenían un pacto. Ella hacía lo que le apetecía y él la alimentaba.

Al oír la ladrar, siguió trabajando. Como perra guardiana, Sadie era un fiasco. Le ladraba a las ardillas, al viento en la hierba, y también en sueños. Un año antes había tenido lugar un intento de robo en su casa de Portland. Holt había impedido que el ladrón se llevara su equipo de música mientras Sadie dormía tranquila en la alfombra del salón.

Pero si levantó la cabeza y dejó de trabajar cuando oyó la risa femenina y ronca. Le recorrió la piel, ligera y cálida. Al apartarse del banco de trabajo, ya sentía un nudo en el estómago. Al plantarse en la puerta y mirarla, el nudo se tensó.

«¿Por qué no quiere dejarme en paz?», se preguntó, metiendo las manos en los bolsillos. «¿Acaso no le he dicho que lo pensaría?». No tenía nada que hacer allí.

Ni siquiera se caían bien. Fuera lo que fuera lo que Suzanna le provocaba físicamente, era su propio problema, y hasta el momento había conseguido mantener las manos lejos de ella.

Pero allí estaba, de pie en su patio, hablándole a su perro. Y excavando un agujero.

—¿Qué diablos haces?—preguntó ceñudo al cruzar el umbral.

Ella levantó la cabeza. Holt vio sus ojos, grandes, azules y alarmados. La cara, acalorada por la temperatura y el esfuerzo, se puso muy pálida. Él ya había visto esa expresión... el miedo veloz e instintivo de una víctima acorralada. Desapareció con tanta celeridad que casi se convenció de que la había imaginado. El color regresó a las mejillas de ella cuando logró sonreír.

—Pensé que no estabas.

—Así que has decidido abrir un agujero en mi patio—preguntó sin dejar de fruncir el ceño.

—Supongo que se podría decir eso—irritada consigo misma por el sobresalto instintivo, volvió a profundizar el agujero con la pala—. Te he traído unas plantas.

En esa ocasión no pensaba quitarle la pala de las manos para excavar él mismo el agujero. Pero sí cruzó hasta situarse a su lado.

—¿Por qué?

—Para darte las gracias por haberme ayudado hoy. Me ahorraste más de una

hora.

—Que empleas para excavar otro agujero.

—Mmm. La brisa sopla desde el agua —alzó la cara hacia ella—. Es agradable.

Como mirarla le provocaba sudor en las palmas de las manos, bajó la vista al arbusto lleno de flores amarillas.

—No sé cómo cuidar de una planta. Si la pones ahí, la vas a condenar a muerte.

—No tienes que hacer gran cosa —rio—. Esta es bastante robusta, incluso cuando está seca, y florecerá para ti en primavera. ¿Puedo usar tu manguera?

—¿Qué?

—¿Tu manguera?

—Sí —se mesó el pelo. No tenía ni idea de cómo se suponía que debía reaccionar. Desde luego, era la primera vez que alguien le regalaba flores... a menos que contara el ramo que le llevaron los compañeros de la comisaría cuando estuvo ingresado en el hospital—. Claro.

Relajada con su tarea, ella siguió hablando mientras iba a la pared exterior para abrir el grifo.

—Es un arbusto que no superará el metro de altura —palmeó la cabeza de Sadie, que daba vueltas en torno a la planta y la olisqueaba—. Si prefieres alguna otra cosa...

—A mí no me importa —no iba a dejarse conmovir por una planta idiota o la gratitud fuera de lugar de ella—. No sabría reconocer un arbusto de otro.

—Bueno, este es un *hypericum kalmianum*.

—Eso me explica mucho —movió los labios en lo que podría haber sido una sonrisa.

—En términos coloquiales, una planta de sol —rio entre dientes mientras la colocaba en su sitio. Sin dejar de sonreír, ladeó la cabeza para mirarlo. De no considerarlo improbable, habría pensado que Holt estaba abochornado—. Pensé que te vendría bien un poco de color. ¿Por qué no me ayudas a plantarla? De esa manera significará más para ti.

—¿Estás segura de que no se trata de tu idea de un soborno? —había dicho que no se dejaría conmovir y pensaba cumplirlo—. ¿Para que te ayude?

—Me pregunto qué hace que una persona sea tan cínica y poco amigable —suspiró y se apoyó sobre los talones—. Estoy segura de que tienes tus motivos, pero aquí están fuera de lugar. Hoy me hiciste un favor y yo te lo devuelvo. Así de sencillo. Si no quieres el arbusto, dímelo. Se lo daré a otra persona.

—¿Así es como mantienes a raya a tus hijos? —enarcó una ceja ante el tono empleado por ella.

—Cuando es necesario. Bueno, ¿qué va a ser?

Quizá era demasiado duro con ella. Había hecho un gesto y se lo rechazaba.

Si ella podía mostrarse amigable, también él podía.

—El agujero ya está hecho —se arrodilló junto a Suzanna. El perro se tumbó al sol para observar—. Bien podemos poner algo dentro.

—Perfecto —supuso que esa era la idea que tenía Holt de dar las gracias.

—¿Cuántos años tienen tus hijos? —se dijo que le importaba bien poco. Solo lo preguntaba para entablar una conversación intrascendente.

—Cinco y seis. Alex es el mayor, luego viene Jenny —sus ojos se suavizaron al pensar en ellos—. Crecen tan deprisa que apenas logro seguirles el ritmo.

—¿Qué te hizo volver aquí después del divorcio?

Las manos de ella se tensaron en la tierra, luego volvieron a trabajar. Fue un gesto leve y rápidamente oculto, pero Holt tenía ojos muy penetrantes.

—Porque aquí está mi hogar.

Él comprendió que se trataba de un punto delicado y lo soslayó.

—He oído que vais a convertir Las Torres en un hotel.

—Solo el ala oeste. Es el negocio del marido de C. C.

—Cuesta imaginar a C. C. casada. La última vez que la vi debía tener doce años.

—Ya ha crecido, y es una mujer hermosa.

—Parece un rasgo de familia.

Ella alzó la vista sorprendida, para volver a bajarla.

—Creo que acabas de decir algo agradable.

—Constato un hecho. Las hermanas Calhoun siempre merecieron un segundo vistazo —para complacerse, alargó la mano y jugó con el extremo de la coleta de Suzanna—. Siempre que los chicos se reunían, las cuatro terminabais siendo tema de conversación.

—Estoy segura de que nos habríamos sentido halagadas —rio un poco y pensó en lo fácil que había sido la vida entonces.

—Solía mirarte —expuso Holt despacio—. Mucho.

—¿De verdad? —cauta, levantó la cabeza—. Nunca lo noté.

—Es normal —dejó caer la mano—. Las princesas no se fijan en los plebeyos.

—Eso es ridículo —frunció el ceño, no solo por las palabras, sino por el tono seco de él.

—Resultaba sencillo pensar en ti de esa manera... la princesa en el castillo.

—Un castillo que llevaba años viniéndose abajo —afirmó—. Y si no recuerdo mal, estabas demasiado ocupado coqueteando con las chicas para haberte fijado en mí.

—Oh, entre coqueteos —tuvo que sonreír—, me fijé en ti.

Algo en los ojos de Holt activó una pequeña alarma. Hacía tiempo que no oía ese sonido en particular, pero lo reconocía y le prestaba atención. Volvió a bajar la vista para aplanar la tierra alrededor del arbusto.

—Fue hace mucho. Imagino que los dos hemos cambiado bastante.

—No puedo discutirte eso —empujó tierra.

—No, no empujes, aprieta... con firmeza y suavidad —se acercó y colocó las manos sobre las de él para enseñarle—. Solo hace falta empezar bien, luego... —calló cuando Holt giró las manos para aferrar las suyas.

Se hallaban cerca; las rodillas se rozaban y los torsos se buscaban. Él notó que las manos de Suzanna eran duras, con callos, un contraste directo y fascinante con los ojos suaves y la piel de porcelana. Había una fuerza en sus dedos que lo habría sorprendido si no hubiera visto por sí mismo lo duro que trabajaba. Por motivos que no consiguió entender, le resultó increíblemente erótico.

—Tienes unas manos fuertes, Suzanna.

—Manos de jardinera —comentó, tratando de mantener ligero el tono de voz—. Y las necesito para terminar de plantar el arbusto.

Apretó más cuando ella intentó soltarse.

—Ya nos ocuparemos de eso. ¿Sabes? Llevo quince años pensando en besarte —vio cómo la sonrisa de ella se desvanecía y una expresión de alarma se apoderaba de sus ojos. No le importó. Podría ser mejor para ambos si ella le tenía miedo—. Es mucho tiempo para pensar en algo —le soltó una mano, pero antes de que ella pudiera suspirar aliviada, le había tomado la nuca con dedos firmes y decididos—. Voy a quitármelo de la cabeza.

Ella no dispuso de tiempo para rechazarlo. Holt fue rápido. Antes de que pudiera negarse o protestar, sintió su boca en los labios, cubriéndoselos y conquistando. No tenía nada suave. La boca, las manos, el cuerpo cuando la pegó a él, todo era duro y exigente. Intentó interponer una mano entre los dos, pero fue como querer mover una roca.

Pero entonces el miedo se transformó en anhelo. Cerró la mano y se obligó a luchar contra sí misma, no contra Holt.

Estaba tensa como un cable. Él pudo sentir los nervios de ella crepitar y romperse al pegarla a su cuerpo. Sabía que estaba mal, que era injusto, incluso despreciable, pero necesitaba quitarse esa fiebre que no paraba de arder en él. Necesitaba convencerse de que no era más que otra mujer, que las fantasías que tenía sobre ella no eran otra cosa que los restos de los sueños tontos de un joven.

Entonces ella experimentó un escalofrío, seguido de un sonido suave de entrega. Y entreabrió los labios bajo los de Holt, en invitación irresistible y ávida. Maldiciendo, él le echó la cabeza atrás y se zambulló en sus profundidades, para poder tomar más de lo que Suzanna ofrecía sin esfuerzo.

La boca de ella era un banquete, y él estaba demasiado hambriento para contener la codicia. Olía su cabello, fresco como el agua de lluvia, su piel, encendida por el trabajo, y la rica y primitiva fragancia de la tierra levantada.

Suzanna no podía respirar, ni pensar. Todas las preocupaciones serias se desvanecieron. En su lugar surgieron unas sensaciones desbocadas. Los músculos

tenso de Holt bajo sus dedos, el sabor caliente y desesperado de la boca de él, el trueno de sus propios latidos que corrían a una velocidad de vértigo. En ese momento lo rodeaba con sus extremidades, le clavaba los dedos y su boca era tan urgente e impaciente como la de él.

Hacía tanto tiempo que no la tocaban. Tanto tiempo que no probaba el deseo de un hombre en sus labios. Tanto desde que había deseado a un hombre... Pero en ese instante quería sentir las manos de él, ásperas y exigentes, que le cubrieran el cuerpo sobre la hierba suave y soleada. Ser salvaje y lujuriosa hasta mitigar ese anhelo que la carcomía.

Sintió que el poder de ese deseo la recorría y salía de sus labios en un gemido húmedo.

Los dedos de él se hallaban cerrados sobre la camiseta de Suzanna, casi la había roto antes de contenerse y maldecirse. Y soltarla. La respiración entrecortada de ella era al mismo tiempo una condena y una seducción. Los ojos de Suzanna habían adquirido una tonalidad cobalto y estaban muy abiertos por la conmoción.

«No me extraña», pensó lleno de desprecio hacia sí mismo. La había aplastado contra la tierra y a punto había estado de poseerla a plena luz.

—Espero que ahora te sientas mejor —ella bajó las pestañas antes de que él pudiera ver la vergüenza.

—No —tenía las manos tan inseguras que las cerró—. No es así.

Ella no lo miró, no fue capaz. Tampoco pudo permitirse el lujo de pensar en lo que había hecho. Para consolarse, comenzó a extender turba alrededor del arbusto recién plantado.

—Si se queda seco, tendrás que regarlo con regularidad hasta que se asiente.

Por segunda vez, le tomó las manos. En esa ocasión ella se sobresaltó.

—¿No vas a pegarme?

Ella se obligó a relajarse y levantó la vista. En sus ojos había algo oscuro y apasionado, pero su voz sonó muy serena.

—No tendría mucho sentido. Estoy segura de que eres de la opinión de que una mujer como yo estaría... necesitada.

—No pensaba en tus necesidades cuando te besé. Fue un acto puramente egoísta, Suzanna. Se me da bien ser egoísta.

—Seguro que lo eres —como la sujetaba con suavidad, logró soltarse. Se pasó las palmas por los vaqueros antes de levantarse. Lo único que tenía en la cabeza era largarse, pero se obligó a cargar la carretilla con calma. Hasta que él le aferró el brazo y la obligó a darse la vuelta.

—¿Qué diablos es esto? —en su voz bullía la tormenta y era tan áspera como sus manos. Quería que ella le gritara... lo necesitaba para aplacar la conciencia —. Prácticamente te poseí en la tierra, sin importarme un bledo que te gustara o no, ¿y ahora piensas cargar tu carretilla e irte?

Suzanna temía mucho que le hubiera gustado. Por eso era imperativo que mantuviera la calma y el control.

—Si quieres tener una pelea o una amante casual, Holt, has recurrido a la persona equivocada. Mis hijos me esperan en casa, y ya estoy cansada de ser agarrada.

«Sí, su voz está serena», pensó él, «incluso firme, pero el brazo le tiembla un poco». Comprendió que allí había algo, algunos secretos que guardaba tras esos ojos tristes y hermosos. La misma terquedad que lo había impulsado a atravesar su escudo dorado hacía que fuera esencial que los descubriera.

—¿Agarrada en general o solo por mí?

—Eres tú quien me está agarrando —empezaba a agotársele la paciencia—. No me gusta.

—Es una pena, porque tengo la impresión de que lo volveré a hacer antes de que hayamos acabado.

—Quizá no me he explicado. Hemos acabado —se soltó y sujetó las asas de la carretilla.

—Ahora empiezas a ponerte furiosa —sonrió despacio y paralizó la carretilla poniendo todo su peso sobre ella. No estaba seguro de si Suzanna comprendía que acababa de lanzar un desafío irresistible.

—Sí. ¿Te sientes mejor?

—Sí. Prefiero que trates de arrancarme los ojos antes que verte huir como un pájaro herido.

—No huyo —soltó con los dientes apretados—. Me voy a mi casa.

—Olvidas la pala —comentó, todavía sonriendo. Ella se la quitó y la arrojó a la carretilla. Holt esperó hasta que avanzó unos diez pasos—. Suzanna.

—¿Qué? —soltó por encima del hombro, sin detenerse.

—Lo lamento.

—Déjalo —se encogió de hombros y el malhumor se mitigó un poco.

—No —metió las manos en los bolsillos—. Lamento no haberte besado de esa manera hace quince años.

Con un juramento contenido, ella aceleró el paso. Cuando la perdió de vista, Holt observó la planta. Volvió a pensar que lo lamentaba, pero estaba decidido a recuperar el tiempo perdido.

Necesitaba un poco de tiempo para sí misma. No era algo de lo que pudiera disfrutar muy a menudo en una casa tan llena de gente como Las Torres. Pero en ese momento, con la luna alta y los niños en la cama, disponía de unos cuantos momentos.

Era una noche despejada, y el calor del día había sido reemplazado por una suave brisa impregnada con los olores del mar y de las rosas. Desde su terraza

podía ver la sombra oscura de los riscos que siempre la atraían. El murmullo distante del agua era como una nana, tan dulce como la llamada de un ave nocturna desde el jardín.

Sin embargo, esa noche no la ayudaban a dormir. Sin importar lo cansado que tenía el cuerpo, su mente se hallaba demasiado agitada. Suspiró y se obligó a relajar las manos. Si tan solo Holt no la hubiera enfadado tanto. Despreciaba perder los nervios, y aquel día había estado peligrosamente cerca de hacerlo. Y sabía que la culpa solo era de ella.

Necesidades. No quería necesitar a nadie más que no fuera de su familia... esa familia que podía amar, con la que podía contar y de la que se preocupaba. Ya había aprendido una lección dolorosa sobre necesitar a un hombre, un solo hombre. No tenía intención de repetirla.

Se recordó que la había besado por un impulso. Para él no había sido más que una especie de desafío. En el acto no había existido afecto, ni suavidad ni romance. El hecho de que la hubiera agitado solo era una cuestión química. Llevaba más de dos años aislada de los hombres. Y el último año de su matrimonio... bueno, tampoco había existido afecto, suavidad o romance. Había aprendido a prescindir de esas cosas en lo referente a los hombres. Podría seguir haciéndolo.

Si al menos no hubiera respondido a su contacto de manera tan... descarada. A pesar de la brusquedad mostrada por Holt, ella se había aferrado al momento y respondido a los labios duros con un fervor que jamás había sido capaz de mostrarle a su propio marido.

Y con ello únicamente había conseguido humillarse a sí misma y divertir a Holt. Y a pesar de ello todavía podía sentirlo. Aunque quizá no tendría que ser tan dura consigo misma. A pesar de lo mucho que la avergonzaba el momento, había probado algo. Seguía viva. No era el caparazón frío que Bax había hecho a un lado con tanta indiferencia. Podía sentir y desear.

Cerró los ojos y se llevó una mano al estómago. Al parecer deseaba demasiado. Era como el hambre, y el beso, como un mendrugo de pan después de un largo ayuno, había revuelto todos los jugos. Podía sentirse satisfecha de ser capaz de sentir algo otra vez, aparte del remordimiento y la desilusión. Y al sentirlo podía controlarlo. El orgullo le impediría esquivar a Holt. Así como la salvaría de cualquier nueva humillación.

Se recordó que era una Calhoun. Las mujeres Calhoun caían peleando. Si tenía que volver a tratar con él con el fin de ampliar el rastro de las esmeraldas, podría hacerlo. Nunca, jamás, permitiría que un hombre la volviera a descartar y destruir.

—Suzanna, ahí estás.

—Tía Coco —se volvió para ver a su tía atravesar las puertas de la terraza.

—Lo siento, querida, pero me cansé de llamar. Como tenías la luz encendida,

me asomé.

—Está bien —pasó un brazo por la cintura robusta de Coco. Era una mujer a la que había querido casi toda su vida. Una mujer que había sido madre y padre durante más de quince años—. Supongo que estaba perdida en la noche. Es tan hermosa.

Coco lo corroboró con un murmullo y no dijo nada de momento. De todas las chicas, la que más la preocupaba era Suzanna. La había visto irse de casa, una novia joven, radiante de esperanza. Había estado presente cuando cuatro años más tarde regresó, una mujer pálida y devastada con dos niños pequeños. En los años transcurridos desde entonces, se había sentido orgullosa de ver cómo volvía a levantarse, dedicándose a la tarea difícil de ser una madre sola y trabajar con ahínco para establecer su negocio.

Y había esperado, con dolor, que la expresión triste y perdida que nublaba los ojos de su sobrina se desvaneciera para siempre.

—¿No podías dormir? —le preguntó Suzanna.

—Todavía ni se me había pasado por la cabeza —Coco suspiró—. Esa mujer me está volviendo loca.

Suzanna logró no sonreír. Sabía que esa mujer era su tía abuela Colleen, la mayor de los hijos de Bianca y hermana del padre de Coco. La mujer ruda, exigente y caprichosa les había caído encima hacía una semana. Coco estaba convencida que el único objetivo que tenía era hacerla desgraciada.

—¿La oíste en la cena? —alta y majestuosa con su túnica, Coco se puso a ir de un lado a otro. Sus quejas sonaron en un susurro indignado. Colleen podía superar los ochenta años y su dormitorio estar situado a bastantes metros, pero tenía oídos de gato—. «La salsa está demasiado fuerte y los espárragos demasiado blandos». Que se atreva a decirme a mi cómo preparar un pollo al vino... me dieron ganas de romperle ese bastón en la cabeza...

—La cena estuvo magnífica, como siempre —apaciguó Suzanna—. Tenía que quejarse de algo, tía Coco, de lo contrario su día no habría sido completo. Y si no recuerdo mal, no dejó ni una gota en el plato.

—Es verdad —respiró hondo y soltó el aire despacio—. Sé que no debería dejar que esa mujer me crise los nervios. La verdad es que siempre me asustó mucho. Y ella lo sabe. Si no fuera por el yoga y la meditación, estoy segura de que ya habría perdido la cordura. Mientras vivía en uno de esos cruceros, lo único que tenía que hacer era enviarle de vez en cuando una carta de cumplido. Pero vivir bajo el mismo techo... —no pudo evitarlo y experimentó un escalofrío.

—No tardará en cansarse de nosotros y partir de nuevo por el Nilo, el Amazonas o lo que sea.

—Anhelo que llegue ese día. Me temo que ha decidido quedarse hasta que encontremos las esmeraldas. Lo que me recuerda el motivo de mi presencia —

se calmó lo suficiente como para volver a apoyarse contra la pared—. Usaba mi bola de cristal para meditar y había empezado a dejarme ir cuando unos pensamientos e imágenes de Bianca llenaron mi cabeza.

—No me sorprende —intervino Suzanna—. Está en la mente de todos.

—Pero esto fue muy fuerte, querida. Muy nítido. Había tanta melancolía. Me hizo llorar —sacó un pañuelo del bolsillo de la túnica—. Y de pronto me puse a pensar en ti, con igual precisión y nitidez. La conexión entre Bianca y tú era inconfundible. Comprendí que debía haber un motivo y al reflexionarlo creo que tiene que ver con Holt Bradford —los ojos le brillaban de entusiasmo—. Verás, al hablar con él has cerrado la distancia que separaba a Bianca y a Christian.

—No creo que puedas considerar mi conversación con Holt un puente.

—No, él es la clave, Suzanna. Dudo que pueda comprender la información que quizá tenga, pero sin él no podemos dar el siguiente paso. Estoy convencida.

Con gesto inquieto, Suzanna se apoyó en la pared.

—Sea lo que fuere lo que él entienda, no está interesado.

—Entonces deberás convencerlo de lo contrario —tomó la mano de su sobrina y la apretó—. Lo necesitamos. Hasta que encontremos las esmeraldas, ninguno de nosotros se sentirá completamente a salvo. La policía no ha sido capaz de encontrar a ese miserable ladrón, y desconocemos qué podrá intentar la próxima vez. Holt es nuestro único vínculo con el hombre al que Bianca amó.

—Lo sé.

—Entonces volverás a verlo. Hablarás con él.

Suzanna miró en dirección a los riscos, hacia las sombras.

—Sí, lo volveré a ver.

Sabía que volvería. Sin importar lo imprudente o equivocado que pudiera haber sido eso, la busqué cada tarde. Los días que ella no venía a los riscos, me encontraba alzando la vista a Las Torres, anhelándola de un modo que no tenía derecho a anhelar a la esposa de otro hombre. Los días que caminaba hacia mí, con su cabello como fuego fundido, con una sonrisa leve y tímida en los labios, me hacía conocer un júbilo inimaginable.

Al principio nuestras conversaciones eran corteses y distantes. El clima, rumores sin importancia del pueblo, arte y literatura. Con el paso del tiempo, comenzó a sentirse más a gusto conmigo. Me hablaba de sus hijos, a los que llegué a conocer a través de ella. La pequeña Colleen, enamorada de los vestidos bonitos y que deseaba tener un pony. El joven Ethan, que solo deseaba correr y encontrar aventuras. Y el pequeño Sean, quien estaba aprendiendo a gatear.

No hacía falta ser muy perceptivo para darse cuenta de que sus hijos eran su vida. Rara vez hablaba de las fiestas, los musicales a los que asistía, las reuniones sociales a las que yo sabía que asistía casi cada noche. Jamás hablaba del hombre

con el que se había casado.

Reconozco que él despertaba mi curiosidad. Desde luego, era del conocimiento general que Fergus Calhoun era un hombre ambicioso y rico, que en el transcurso de su vida había convertido unos pocos dólares en un imperio. En el mundo de los negocios despertaba respeto y miedo. Pero eso no me importaba nada.

Quien me obsesionaba era el hombre privado. El hombre que tenía derecho a llamarla esposa. El hombre que se acostaba junto a ella por la noche, el que la tocaba. El hombre que conocía la textura de su piel, el sabor de su boca. El hombre que sabía la sensación que provocaba que ella se moviera bajo él en la oscuridad.

Ya estaba enamorado de ella. Quizá lo había estado desde el instante en que la vi caminar con el niño entre las rosas silvestres.

Habría sido mejor para mi cordura si hubiera elegido otro lugar en el que pintar. No pude. Sabiendo ya que no tendría más de ella, que no podría tener más que unas horas de conversación, regresé. Una y otra vez.

Ella aceptó dejar que la pintara. Comencé a ver, tal como un artista ha de ver, a la mujer que llevaba en el interior. Más allá de su belleza, de su serenidad y educación, había una mujer desesperadamente infeliz. Quise tomarla en brazos, exigir que me contara qué le había provocado esa expresión triste en los ojos. Pero solo la pinté. No tenía derecho a más.

Nunca he sido un hombre paciente o noble. Pero con ella descubrí que podía ser ambas cosas. Sin tocarme nunca, ella me cambió. Nada sería igual para mí después de aquel verano demasiado breve... aquel verano en que aparecía para sentarse en las rocas y contemplar el mar.

Incluso ahora, una vida más tarde, puedo ir a esos riscos y verla. Puedo oler el mar que nunca cambia y percibir su perfume. Solo he de recoger una rosa silvestre para recordar las luces encendidas de su cabello. Al cerrar los ojos, oigo el murmullo del agua sobre las rocas abajo y su voz vuelve tan clara y dulce como ayer.

Me recuerda la última tarde de aquel primer verano, cuando se irguió a mí lado, lo bastante cerca como para tocarla, tan distante como la luna.

—Nos marchamos por la mañana —dijo sin mirarme—. Los niños lamentan irse.

—¿Y usted?

Una leve sonrisa se asomó a sus labios, pero no en sus ojos.

—A veces me pregunto si he tenido una vida anterior. Si mi hogar fue una isla como esta. La primera vez que vine aquí, fue como si hubiera estado esperando para volver a verla. Echaré de menos el mar.

Cuando ella me miró, quizá fueron mis propias necesidades las que me hicieron pensar que también me echaría de menos. Luego apartó la vista y suspiró.

—Nueva York es tan diferente, tan lleno de ruido y prisas. De pie aquí me cuesta creer que existe un lugar así. ¿Se quedará a pasar el invierno en la isla?

Pensé en el frío y en los meses duros que me esperaban y maldije al destino por provocarme con lo que jamás podría tener.

—Mis planes cambian con mi estado de ánimo —respondí con ligereza, esforzándome por mantener la amargura fuera de mi voz.

—Le envidio su libertad —entonces regresó hasta el retrato casi acabado en el caballete—. Y su talento. Me ha plasmado de forma superior a lo que soy.

—Inferior —tuve que apretar con fuerza las manos para evitar tocarla—. Algunas cosas jamás se pueden capturar en un lienzo.

—¿Cómo lo llamará?

—Bianca. Su nombre es suficiente.

Debió percibir mis sentimientos, aunque traté desesperadamente de contenerlos dentro de mí. Algo se reflejó en sus ojos al mirarme, y mantuvo el contacto visual más de lo recomendable. Luego retrocedió con cautela, como una mujer que se hubiera acercado demasiado al borde de un risco.

—Un día será famoso, y la gente suplicará por tener su obra.

—No pinto por la fama —me era imposible quitarle los ojos de encima, sabiendo que podía ser la última vez que la veía.

—No, y por eso la conseguirá. Cuando llegue ese momento, recordaré este verano. Adiós, Christian.

Se alejó de mí, en lo que consideré que era la última vez que la veía, se alejó de las rocas y atravesó la hierba y las flores silvestres que se agitaban en busca del sol.

Coco Calhoun McPike no creía en dejar las cosas al azar... en particular cuando su horóscopo del día aconsejaba que tomara una parte más activa en un asunto familiar y que visitara a un antiguo conocido. Consideraba que podía cumplir ambas cosas si le hacía una visita informal a Holt Bradford.

Lo recordaba como un joven de pelo oscuro y ojos encendidos que había repartido langostas y dado vueltas por el pueblo, a la espera de que hubiera problemas. También recordaba que una vez se había detenido a cambiarle la rueda del coche mientras ella trataba de descifrar qué extremo del gato había que poner debajo del guardabarros. Ofendido, había rechazado que le pagara antes de subirse a la moto y largarse sin que ella lo hubiera podido agradecer bien.

«Orgullosa, arrogante, rebelde», pensó mientras metía el coche en la entrada de la casa de Holt. Sin embargo, de un modo más bien arisco, caballeroso. Quizá si se mostraba inteligente, y Coco creía serlo, podría manipular todos esos rasgos para conseguir lo que quería.

«Así que esta era la cabaña de Christian Bradford», reflexionó. Ya la había visto con anterioridad, pero no desde que conocía la conexión existente entre las dos familias. Se detuvo un instante. Con los ojos cerrados intentó sentir algo. Sin duda debía haber algún resto de energía, algo que el tiempo y el viento no se hubiera llevado.

A Coco le gustaba considerarse una mística. Ya fuera una evaluación real o una constatación de que tenía una imaginación viva, estaba segura de que sentía un vestigio de pasión en el aire. Complacida consigo misma, se dirigió hacia la casa.

Se había vestido con sumo cuidado. Quería estar atractiva, por supuesto. Su vanidad no permitiría otra cosa. Pero también había querido parecer distinguida y con un leve aire maternal. Consideraba que el viejo y clásico traje de Chanel de color azul era perfecto.

Llamó y exhibió en la cara lo que creyó que era una sonrisa sabia y tranquilizadora. Los ladridos fuertes y el torrente de juramentos procedentes del interior hicieron que se llevara una mano al pecho.

Recién salido de la ducha, con el pelo chorreando y de mal humor, Holt abrió la puerta de golpe. Sadie saltó. Coco chilló. Unos buenos reflejos impulsaron a

Holt a retener al cariñoso animal por el collar antes de que pudiera enviar a Coco más allá de la barandilla del porche.

—Santo cielo —Coco miró del perro al hombre, mientras hacía malabarismos con la bandeja de bollos de chocolate que sostenía—. Santo cielo. Que perro tan grande. Sin duda se parece a nuestro Fred, del que había esperado que dejara de crecer. Si hasta podría montar encima de él, ¿verdad? —le sonrió a Holt—. Lo siento tanto. ¿Lo he interrumpido?

Él siguió luchando con el perro, que había percibido el olor de los bollos y quería su parte. Ya.

—¿Perdone?

—Lo he interrumpido —repitió Coco—. Sé que es temprano, pero en días como este no puedo quedarme en la cama. Tanto sol y el canto de los pájaros. ¿Cree que le gustará uno? —sin esperar una respuesta, Coco sacó uno de los bollos—. Y ahora siéntate y compórtate —con lo que sin duda era una sonrisa, Sadie dejó de tirar, se sentó y miró a Coco con ojos de adoración—. Buen perro —Sadie aceptó el manjar con educación, luego trotó al interior de la casa para disfrutarlo—. Bien —complacida con la situación, le sonrió a Holt—. Probablemente no me recuerda. Cielos, han pasado años.

—Señora McPike —la recordaba, desde luego, aunque la última vez que la había visto, el pelo de ella había sido de un rubio oscuro. Habían pasado diez años, pero se la veía más joven. O bien había recibido un magnífico retoque estético o bien había descubierto la fuente de la eterna juventud.

—Sí. Me halaga que un hombre atractivo me recuerde. Aunque la última vez que nos vimos no era más que un muchacho. Bienvenido a casa —le ofreció la bandeja de bollos.

Y no le dejó más alternativa que aceptarla e invitarla a pasar.

—Gracias —entre plantas y bollos, las Calhoun empezaban a tener la costumbre de llevarle regalos—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Para ser sincera, me moría por ver la casa. Pensar que aquí es donde vivía Christian Bradford, y trabajaba —suspiró—. Y soñaba con Bianca.

—Bueno, en todo caso vivió y trabajó aquí.

—Suzanna me ha contado que no está del todo convencido de que se amaran. Puedo comprender su renuencia a aceptarlo de inmediato, pero verá, forma parte de la historia de mi familia. Y de la suya. ¡Oh, qué cuadro glorioso! —cruzó la habitación hacia un brumoso paisaje marino que colgaba encima de la chimenea. Incluso a través de la niebla los colores eran intensos y vívidos, como si la vitalidad y la pasión estuvieran luchando por liberarse del menguante telón gris. Crestas blancas y turbulentas, el reborde negro e irregular de la roca, las sombras de las islas varadas en un mar frío y oscuro—. Es poderoso —murmuró—. Y solitario. Lo pintó él, ¿verdad?

—Sí.

—Si quisiera contemplar esta vista —suspiró con tono trémulo—, solo tendría que pasear por los riscos debajo de Las Torres. Suzanna lo hace, a veces con los niños, a veces sola. Demasiado a menudo sola —giró, desterrando el estado de ánimo sombrío—. Mi sobrina parece percibir que usted no se encuentra especialmente interesado en confirmar la relación de Bianca y Christian, y en ayudar a encontrar las esmeraldas. Me cuesta creerlo.

—No debería ser así, señora McPike —dejó la bandeja a un lado—. Pero lo que le dije a su sobrina fue que si alguna vez quedaba convencido de que hubiera alguna conexión relevante, haría lo que pudiera para ayudar. Lo cual, según mi parecer, es poco.

—Usted fue oficial de policía, ¿no?

—Sí —enganchó los dedos pulgares en los bolsillos, sin confiar mucho en el cambio de tema.

—He de reconocer que me sorprendió enterarme de que había elegido esa profesión, pero estoy segura de que se encontraba bien preparado para el trabajo.

—Solía estarlo —la cicatriz en la espalda pareció palparle.

—Y supongo que habrá solucionado casos.

—Algunos —curvó un poco los labios.

—De modo que ha buscado pistas y las ha seguido hasta dar con la respuesta adecuada —le sonrió—. Siempre admiro al policía en la televisión que soluciona el misterio y ata todos los cabos sueltos antes que termine el episodio.

—La vida no es así de ordenada.

—No, bajo ningún concepto, pero es indudable que nos vendría bien alguien de su experiencia —regresó a su lado; ya no sonreía—. Seré sincera. De haber sabido los problemas que le iba a causar a mi familia, habría dejado que la leyenda de las esmeraldas desapareciera conmigo. Cuando mi hermano y su mujer murieron, y dejaron a sus hijas a mi cuidado, también asumí la responsabilidad de transmitirles la historia de las esmeraldas Calhoun... cuando fuera el momento propicio. Al cumplir con lo que consideraba mi deber, he puesto a mi familia en peligro. Haré todo lo que esté a mi alcance, y emplearé la ayuda de quien sea preciso, para evitar que les hagan daño. Hasta que se encuentren esas esmeraldas, no puedo estar segura de que mi familia se encuentre a salvo.

—Necesita a la policía —comenzó.

—Hace lo que puede. No es suficiente —alargó el brazo y apoyó la mano en la de Holt—. Los agentes no están involucrados personalmente, y es imposible que lo entiendan. Usted sí puede.

—Sobreestima mi capacidad —la fe y la lógica obstinada de ella lo ponían incómodo.

—No lo creo —sostuvo la mano de él otro momento, luego la apretó con

delicadeza antes de soltarla—. Pero no es mi intención presionarlo. Solo he venido para poder sumar mi energía a la de Suzanna. Le cuesta tanto insistir para lograr lo que quiere...

—No lo hace tan mal.

—Bueno, me alegra oír eso. Pero con su trabajo y la boda de Mandy, sumado a todo lo que ha estado pasando, sé que no ha tenido tiempo para hablar con usted estos días. Le diré que nuestras vidas se han vuelto del revés los últimos meses. Primero la boda de C. C., y las obras de la casa, ahora Amanda y Sloan... con Lilah a punto de fijar una fecha para casarse con Max —calló y esperó parecer melancólica—. Si pudiera encontrar un hombre agradable para Suzanna, tendría a todas las chicas asentadas.

A Holt no se le pasó por alto la mirada especulativa.

—Estoy seguro de que ella misma se ocupará de eso cuando se encuentre preparada.

—Si ni se permite un momento para hacerlo. Y después de lo que le hizo aquel hombre —se calló. Sabía que si empezaba a hablar de Baxter Dumont, le costaría parar. Y no era un tema adecuado de conversación—. Bueno, en cualquier caso, se mantiene demasiado ocupada con su negocio y sus hijos, así que a mí me gusta tener un ojo atento por ella. Usted no está casado, ¿verdad?

Divertido, Holt pensó que al menos nadie podría acusarla de ser sutil.

—Sí. Tengo mujer y seis hijos en Portland.

Coco parpadeó, luego rio.

—Ha sido una pregunta grosera —reconoció—. Y antes de que le haga otra, lo dejaré tranquilo —se dirigió hacia la puerta, complacida de que él tuviera suficientes modales para acompañarla y abrirla—. A propósito, la boda de Amanda es el sábado, a las seis. Celebraremos la recepción en el salón de baile de Las Torres. Me gustaría que asistiera.

—No creo que sea apropiado —el giro inesperado lo desconcertó.

—Desde luego que sí —corrigió ella—. Nuestras familias se conocen desde hace mucho tiempo, Holt. Nos encantaría tenerlo allí —fue hacia el coche, pero se detuvo y se volvió—. Y Suzanna no tiene acompañante. Es una pena.

El ladrón se llamaba a sí mismo por muchos nombres. La primera vez que se presentó en Bar Harbor en busca de las esmeraldas, había empleado el nombre de Livingston, haciéndose pasar por un hombre de negocios británico. No había conseguido un éxito completo y había regresado bajo la guisa de Ellis Caufield, un rico excéntrico. Debido a la mala suerte y a la torpeza de su socio, había tenido que abandonar ese disfraz.

Su socio estaba muerto, lo que representaba un pequeño inconveniente. El ladrón en ese momento respondía al nombre de Robert Marshall y empezaba a

desarrollar cierto cariño por su alter ego.

Marshall era delgado, estaba bronceado y tenía un ligero acento de Boston. Llevaba el pelo oscuro casi hasta los hombros y exhibía bigote. Gracias a lentes de contacto, sus ojos eran castaños. Tenía los dientes un poco torcidos. El aparato bucal le había costado bastante, pero también le había cambiado la forma de la mandíbula.

Se encontraba muy a gusto como Marshall, y le encantaba que lo hubieran contratado como obrero en la restauración de Las Torres. Había falsificado las referencias, lo que había incrementado sus gastos. Pero las esmeraldas valían la pena. Pretendía conseguirlas, sin importar el precio.

En los últimos meses había pasado de ser un trabajo a convertirse en una obsesión. No solo las quería. Las necesitaba. El riesgo de trabajar tan cerca de las Calhoun le añadía vida al juego. De hecho, había pasado a un metro de Amanda cuando se presentó en el ala oeste para hablar con Sloan O'Riley. Ninguno de los dos, que lo habían conocido como Livingston, le había prestado más atención.

Hacía bien su trabajo de manejar maquinaria y recoger escombros.

Y nunca se quejaba. Se mostraba amigable con sus compañeros e incluso de vez en cuando se iba a tomar una cerveza con ellos al final de la jornada.

Luego regresaba a su casa alquilada frente a la bahía y trazaba planes.

La seguridad de Las Torres no planteaba problema... no cuando sería tan fácil para él desconectarla desde el interior. Al trabajar para las Calhoun podía estar cerca y sin duda enterarse de cualquier progreso en la búsqueda del collar. Y con cuidado y destreza podría realizar alguna búsqueda personal.

Los papeles que les había robado aún no le habían aportado ninguna pista. A menos que la proporcionara la carta que había descubierto. Iba escrita para Bianca y firmada únicamente por «Christian». «Una carta de amor», pensó mientras apilaba maderas. Era algo que debía inspeccionar.

—Eh, Bob. ¿Tienes un minuto?

Marshall alzó la vista y le ofreció una sonrisa afable a su capataz.

—Claro.

—Necesitan trasladar algunas mesas al salón de baile para la boda de mañana. Ricky y tú echadle una mano a las señoras.

—Hecho.

Se marchó, conteniendo una excitación trémula por disponer de libertad para ir por la casa. Recibió instrucciones de una acalorada Coco, luego alzó su extremo de una pesada mesa de caza que debían trasladar a la siguiente planta.

—¿Crees que vendrá? —le preguntaba C. C. a Suzanna al terminar de limpiar el cristal de las paredes con espejos.

—Lo dudo.

—No veo por qué no —C. C. se apartó el pelo negro al echarse hacia atrás en busca de alguna marca—. Y quizá si le insistimos todos, termine por ceder y

unirse a nosotros.

—No es de esos —Suzanna miró alrededor y vio a los dos hombres con la mesa—. Oh, va contra esa pared. Gracias.

—De nada —logró responder Rick con los dientes apretados.

Marshall simplemente sonrió y no dijo nada.

—Quizá si ve la foto de Bianca y escucha la cinta de la entrevista que Max y Lilah tuvieron con la doncella que solía trabajar aquí entonces, lo acepte. Es el único familiar vivo de Christian.

—¡Eh! —Rick contuvo un juramento cuando a Marshall se le ladeó la mesa.

—No me parece que le importe mucho la familia —indicó Suzanna—. Una cosa que no ha cambiado en Holt Bradford es que se trata de un solitario.

Holt Bradford. Marshall fijó el nombre en su memoria antes de decir:

—¿Hay algo más que podamos hacer por ustedes, señoras?

—No, ahora no —respondió Suzanna por encima del hombro con gesto distraído—. Muchas gracias.

—No tiene que darlas —Marshall sonrió.

—Qué guapas son, ¿verdad? —musitó Rick al marcharse.

—Oh, sí —pero Marshall pensaba en las esmeraldas.

—Te diré una cosa, amigo, me gustaría... —Rick se interrumpió cuando otras dos mujeres con un niño pequeño llegaron hasta lo alto de las escaleras. Les dedicó a ambas una sonrisa de grandes dientes. Lilah le devolvió una perezosa y siguió andando—. Tío, tío —Rick se llevó una mano al corazón—. Este lugar está lleno de nenas.

—Disculpa las miradas —indicó Lilah con voz suave—. Casi todos son inofensivos.

La rubia esbelta esbozó una sonrisa débil. Dos obreros lascivos en ese momento eran la última de sus preocupaciones.

—De verdad que no quiero ser un incordio —comenzó con su delicado acento del sudoeste—. Sé lo que dijo Sloan, pero de verdad creo que sería mejor si Kevin y yo pasáramos la noche en un hotel.

—Con la temporada tan avanzada, no conseguiríais pasar la noche ni en una tienda de campaña. Y os queremos aquí. Todos nosotros. La familia de Sloan ahora es nuestra familia —Lilah le sonrió al pequeño de pelo oscuro que miraba boquiabierto todo lo que aparecía a la vista—. Es un lugar peculiar, ¿verdad? Tu tío se está encargando de que no se caiga sobre nuestras cabezas —entró en el salón de baile.

Suzanna se hallaba en una escalera, sacándole brillo a un cristal, mientras C. C., sentada en el suelo, se ocupaba de la superficie inferior.

Suzanna giró la cabeza. Los esperaba desde hacía semanas. Pero verlos allí, sabiendo quiénes eran, le tensó los nervios.

La mujer no solo era la hermana de Sloan, ni el pequeño solo su sobrino.

Hacia poco Suzanna se había enterado de que Megan O'Riley había sido amante de su marido, y el pequeño, hijo de aquel. La mujer que la miraba en ese momento, con la mano del niño en la suya, apenas tenía diecisiete años cuando Baxter la sedujo con juramentos de amor eterno y promesas de matrimonio para llevársela a la cama. Pero en todo momento había planeado casarse con Suzanna.

«¿Cuál de nosotras ha sido la otra?», se preguntó Suzanna. Mientras bajaba se dijo que ya no importaba. No cuando podía ver con toda claridad los nervios en los ojos de Megan O'Riley, la tensión en su cuerpo y su valor en el ángulo del mentón.

Lilah realizó las presentaciones con tanta suavidad que alguien de fuera habría creído que reinaba una atmósfera placentera en el salón. Cuando Suzanna le ofreció la mano, Megan solo pudo pensar en que se había excedido en la forma de vestirse. Se sintió rígida y tonta con su traje sobrio de color bronce, mientras Suzanna parecía tan relajada y hermosa con sus vaqueros viejos.

Esa era la mujer a la que durante años había odiado por arrebatarse el hombre al que había amado y robarle el padre de su hijo. Incluso después de que Sloan le hubiera explicado la inocencia de Suzanna, incluso al saber que el odio había sido en balde, Megan no era capaz de relajarse.

—Me alegro tanto de conocerte —Suzanna tomó la mano rígida de Megan entre las suyas.

—Gracias —incómoda, Megan retiró la mano—. Tenemos ganas de asistir a la boda.

—Y todas nosotras —tras un momento de incertidumbre, Suzanna se permitió bajar la vista a Kevin, el hermanastro de sus hijos. El corazón se le derritió un poco. Era más alto que su hijo y un año mayor. Pero los dos habían heredado el atractivo moreno de su padre. Inconscientemente, alargó la mano para apartarle un mechón de pelo de la frente, igual que el de Alex. Megan rodeó los hombros del pequeño en un gesto instintivo de defensa. Suzanna bajó la mano—. Es un placer conocerte, Kevin. Alex y Jenny casi no pudieron dormir anoche al saber que vendrías hoy.

Kevin le ofreció una sonrisa fugaz, luego miró a su madre. Le había dicho que iba a conocer a sus hermanastros y no sabía muy bien si eso lo alegraba. Creía que a su madre le pasaba lo mismo.

—¿Por qué no bajamos a buscarlos? —C. C. apoyó una mano en el hombro de Suzanna.

Megan notó que Lilah ya la había flanqueado por el otro lado. No las culpó por apoyarse contra una extraña.

—Quizá sería mejor si...

Nunca llegó a terminar la frase. Alex y Jenny entraron corriendo en el salón, jadeantes y acalorados.

—¿Está aquí? —quiso saber Alex—. La tía Coco ha dicho que sí, y queremos ver... —se interrumpió al dejar de patinar sobre el suelo recién lustrado.

Los dos niños se observaron, interesados y cautos, como dos sabuesos. Alex no supo si le gustaba que su nuevo hermano fuera más grande que él, pero ya había decidido que estaría bien tener algo más que una hermana.

—Soy Alex, y esta es Jenny —dijo, ocupándose de las presentaciones—. Solo tiene cinco años.

—Cinco y medio —corrigió Jenny y se acercó a Kevin—. Y puedo vencerte si tengo que hacerlo.

—Jenny, no creo que eso sea necesario —Suzanna habló con suavidad, pero sus cejas enarcadas lo decían todo.

—Bueno, pero podría —musitó Jenny, sin dejar de evaluarlo—. Pero mamá dice que hemos de ser agradables porque somos familia.

—¿Conoces a algún indio? —inquirió Alex.

—Sí —Kevin ya no se aferraba a la mano de su madre—. A muchos.

—¿Quieres ver nuestro fuerte? —preguntó Alex.

—Sí —miró a su madre con expresión de súplica—. ¿Puedo?

—Bueno, y o...

—Lilah y yo nos los llevaremos —C. C. apretó por última vez el hombro de Suzanna.

—Estarán bien —le aseguró Suzanna a Megan cuando sus hermanas se llevaron a los niños—. Sloan diseñó el fuerte, así que es robusto —volvió a recoger el trapo para limpiarse las manos—. ¿Lo sabe Kevin?

—Sí —Megan no dejó de darle vueltas al bolso—. No quería que conociera a tus hijos sin entenderlo —respiró hondo y se preparó para lanzarse al discurso que había preparado—. Señora Dumont...

—Suzanna. Esto es difícil para ti.

—No imagino que sea fácil o cómodo para ninguna de nosotras. No habría venido de no ser tan importante para Sloan —continuó—. Quiero a mi hermano y no haría nada para estropear su boda, pero tienes que comprender que se trata de una situación imposible.

—Veo que es doloroso para ti. Lo siento —alzó las manos, luego las dejó caer—. Ojalá hubiera sabido antes... sobre ti, sobre Kevin. Es improbable que hubiera podido cambiar algo en lo referente a Bax, pero ojalá lo hubiera sabido —bajó la vista al trapo que sostenía con manos tensas, después lo dejó—. Megan, comprendo que mientras tú dabas a luz a Kevin, sola, yo me encontraba en Europa, de luna de miel con el padre de Kevin. Tienes derecho a odiarme por eso.

Megan solo pudo mover la cabeza y mirarla fijamente.

—No eres nada de lo que había esperado. Se suponía que tenías que ser indiferente, distante y estar ofendida.

—Me sería imposible guardarle rencor a una joven de diecisiete años a la que se traicionó y abandonó para criar sola a su hijo. Yo no era mucho mayor cuando me casé con Bax. Sé lo encantador y convincente que puede ser. Y también cruel.

—Pensé que después viviríamos felices para siempre —Megan suspiró—. Bueno, no tardé en madurar y aprender —miró a Suzanna—. Te odié por tener todo lo que yo quería. Incluso cuando dejé de amarlo a él, odiarte me ayudó a seguir adelante. Y me aterraba conocerte.

—Otra cosa que tenemos en común.

—No me creo que esté aquí, hablándote de esta manera —para aliviar sus nervios, dio vueltas por el salón—. Lo he imaginado tantas veces en el pasado. Me enfrentaría a ti, exigiría mis derechos —rio en voz baja—. Incluso hoy tenía pensado un discurso. Era muy sofisticado, maduro... quizá un poco cruel. No quería creer que no habías sabido nada de Kevin, que tú también habías sido una víctima. Porque resultaba mucho más fácil considerarme la única a la que habían traicionado. Pero entonces aparecieron tus hijos —cerró los ojos—. ¿Cómo superas el dolor, Suzanna?

—Te lo haré saber cuando lo descubra.

Con una leve sonrisa, Megan miró por la ventana.

—A ellos no los ha afectado. Mira.

Suzanna se acercó. En el patio pudo ver a sus hijos y al hijo de Megan subir al fuerte de madera.

Holt se lo pensó mucho. Hasta el momento en que sacó el traje del armario había tenido la certeza de que no iba a asistir. ¿Qué diablos se suponía que iba a hacer en una boda? No le gustaban los actos sociales, ni las conversaciones intrascendentes ni comer esos canapés diminutos. Nunca se sabía de qué estaban hechos.

No le gustaba estrangularse con una corbata o tener que planchar una camisa. Se preguntó por qué lo hacía.

Se aflojó el odiado nudo de la corbata y, ceñudo, se observó en el espejo que había encima de la mesa. Porque era un idiota y quería ver otra vez a Suzanna.

Había pasado más de una semana desde que plantaron el arbusto amarillo. Una semana desde que la había besado. Y una semana desde que había reconocido que ese beso, sin importar lo turbulento que había sido, no iba a ser suficiente.

Quería comprenderla y pensaba que el mejor modo para conseguirlo era observarla en medio de la familia que parecía querer tanto. No estaba muy seguro de si era la princesa indiferente y remota de su juventud, la mujer ardiente que había tenido en brazos o la mujer vulnerable cuyos ojos acosaban

sus sueños.

Holt era un hombre al que le gustaba saber exactamente a qué se enfrentaba, ya fuera un sospechoso, un motor estropeado o una mujer. En cuanto analizara a Suzanna, se movería a su propio ritmo.

No quería admitir que lo había conmovido con su ardiente creencia de que existía una conexión entre sus antepasados. Más aún, odiaba reconocer que la visita de Coco McPike lo había hecho sentir culpable y responsable.

Se recordó que no iba a la boda para ayudar a nadie. No iba a establecer compromiso alguno. Iba para satisfacerse a sí mismo. En esa ocasión no iba a tener que detenerse en la puerta de la cocina.

No era un trayecto muy largo, pero se tomó su tiempo. El primer vistazo de Las Torres lo devolvió doce años al pasado. Era, como siempre había sido, un lugar llamativo, un laberinto de contrastes. Estaba construido con piedra sombría, pero flanqueado por torres románticas. Desde un ángulo parecía formidable, desde otro grácil. En ese momento había un andamio en el lado oeste, pero en vez de afealar la construcción, parecía algo productivo.

El jardín en pendiente era de un verde esmeralda, protegido por árboles nudosos y dignos y moteado con flores fragantes y frágiles. Ya había muchos coches, y Holt se sintió tonto entregando las llaves de su viejo Chevy al aparcacoches uniformado.

La boda iba a celebrarse en la terraza. Como estaba a punto de comenzar, se mantuvo en la parte de atrás de la multitud. Sonó una música de órgano. Se oyeron unos pocos comentarios murmurados y suspiros cuando las damas de honor avanzaron por la larga alfombra blanca que cubría la hierba.

Casi no fue capaz de reconocer a C. C. como la deslumbrante diosa enfundada en el vestido rosa con su larga cola. «No cabe duda de que las chicas Calhoun siempre han sido atractivas», pensó, clavando la vista en la mujer que iba detrás de ella. El vestido que llevaba era del color de la espuma de mar, pero apenas lo notó. Era la cara... la cara del retrato que había en el ático de su abuelo. Holt soltó el aire contenido. Lilah Calhoun era una copia de su bisabuela. Y Holt ya no iba a ser capaz de negar la conexión.

Metió las manos en los bolsillos y deseó no haber asistido.

Entonces vio a Suzanna.

Esa era la princesa de su imaginación juvenil. El cabello de un oro pálido caía en suaves rizos hasta sus hombros bajo un velo de un azul tenue. El vestido del mismo color fluía a su alrededor animado por la brisa. En las manos llevaba flores; había más diseminadas por su pelo. Cuando pasó a su lado, con ojos tan suaves y soñadores como el vestido, él sintió un anhelo tan profundo, tan intenso, que apenas consiguió contenerse de pronunciar su nombre.

No recordó nada de la ceremonia breve y bonita excepto la expresión de la cara de Suzanna cuando la primera lágrima cayó por su mejilla.

Tal como había sucedido tantos años atrás, el salón de baile estaba lleno de luz, música y flores. En cuanto a la comida, Coco se había superado. Los invitados fueron agasajados con croquetas de langosta, almejas al vapor y mousse de salmón, todo acompañado con champán. Docenas de sillas se habían acomodado en las esquinas y a lo largo de las paredes con espejos; las puertas de la terraza se habían abierto para permitir que los invitados salieran al exterior.

Holt se mantuvo apartado, bebiendo champán frío y dedicándose a observar. Como su primera visita a Las Torres, decidió que era un espectáculo. Los espejos devolvían el reflejo de mujeres de pie, sentadas o bailando. La música y la fragancia a gardenias llenaban el aire.

La novia estaba arrebatadora, alta e imponente en encaje blanco, el rostro luminoso mientras bailaba con el hombre alto y de pelo bronceado que en ese momento era su marido. «Hacen una buena pareja», pensó Holt. «Como se supone que sucede cuando estás enamorado». Vio a Coco bailar con un hombre alto y rubio que parecía haber nacido con el esmoquin.

Entonces volvió a contemplar a Suzanna. En ese momento se inclinaba para decirle algo a un niño de pelo oscuro. Se preguntó si sería su hijo. Era evidente que el pequeño se hallaba al borde de una especie de rebelión. Movía los pies y tiraba de la pajarita. Se ganó la simpatía de Holt. No podía haber nada peor para un niño que estar vestido con un mini esmoquin una noche de verano y alternar con adultos. Suzanna le susurró algo al oído, luego le tiró de la oreja. La expresión amotinada del pequeño quedó dominada por una sonrisa.

—Ve que sigues rumiando en las esquinas.

Se volvió y una vez más quedó asombrado por el parecido que tenía Lilah Calhoun con la mujer que había pintado su abuelo.

—Solo observo el espectáculo.

—Vale el precio de la entrada. Max... —Lilah apoyó una mano en el brazo del hombre alto y delgado que la acompañaba—. Te presento a Holt Bradford, de quién estuve locamente enamorada durante veinticuatro horas hace unos quince años.

—Nunca me lo contaste —Holt enarcó una ceja.

—Claro que no. Al terminar el día decidí que no quería estar enamorada de alguien hosco y peligroso. Te presento a Max Quartermain, el hombre al que voy a amar el resto de mi vida.

—Felicidades —Holt aceptó la mano extendida de Max. Apretón y ojos firmes y una sonrisa ligeramente abochornada—. Eres el profesor, ¿verdad?

—Lo era. Y tú eres el nieto de Christian Bradford.

—Así es —convino con voz más distante.

—No te preocupes, no vamos a hostigarte mientras seas un invitado —Lilah lo estudió—. Lo dejaremos para más tarde. Le diré a Max que te enseñe la cicatriz

que ganó mientras realizábamos nuestro montaje publicitario.

—Lilah —la voz de Max sonó suave con una orden subyacente.

Esta se encogió de hombros y bebió champán.

—¿Te acuerdas de C. C.? —indicó cuando su hermana se reunió con ellos.

—Recuerdo a una chica desgarrada con grasa en la cara —se relajó lo suficiente como para sonreír—. Se te ve bien.

—Gracias. Mi marido, Trent. Holt Bradford.

Mientras los dos hombres realizaban un comentario cortés durante la presentación, Holt vio que se trataba del compañero de baile de Coco.

—Y los novios —anunció Lilah, brindando por la pareja antes de volver a beber.

—Hola Holt —aunque aún resplandecía, los ojos de Amanda irradiaban firmeza y cautela—. Me alegro de que hayas podido venir.

Mientras ella le presentaba a Sloan, Holt comprendió que lo habían rodeado. No lo presionaron. En ningún momento se mencionaron las esmeraldas. «Pero han unido filas», pensó; habían formado una sólida pared de determinación que tuvo que admirar, aun cuando le desagradaba.

—¿Qué es esto, una reunión familiar? —inquirió Suzanna al llegar a su lado—. Se supone que debéis mezclarlos con los invitados, no juntaros en una esquina. Oh, Holt —la sonrisa vaciló un poco—. No sabía que estuvieras aquí.

—Tu tía me invitó.

—Si, lo sé pero... —calló y recompuso su sonrisa de anfitriona—. Me complace que pudieras venir.

«Y un cuerno», pensó él al levantar la copa.

—Ha sido... interesante hasta ahora.

Ante una señal muda, la familia se dispersó, dejándolos solos en el rincón junto a unas gardenias.

—Espero que no te hayan incomodado.

—Puedo manejarlo.

—Es posible, pero no quiero que te importunen en la boda de mi hermana.

—Pero no te molesta si es en otra parte.

Antes de que pudiera replicar, unas manos pequeñas e impacientes tiraban de su vestido.

—Mamá, ¿cuándo podemos comer la tarta?

—Cuando Amanda y Sloan estén preparados para cortarla —bajó un dedo por la nariz de Alex.

—Pero tenemos hambre.

—Entonces ve a la mesa del bufé y come lo que quieras.

El pequeño emitió una risita, pero no cejó en su empeño.

—La tarta...

—Es para más tarde. Alex, te presento al señor Bradford.

No demasiado interesado en conocer a otro adulto que le daría una palmadita en la cabeza y le diría lo grande que era, lo miró con un mohín. Cuando le ofreció un apretón de manos de hombre, se irguió un poco.

—¿Es usted el policía?

—Lo fui.

—¿Recibió alguna vez un disparo en la cabeza?

—No, lo siento —vio que perdía imagen—. Pero una vez me dieron en la pierna.

—¿Sí? —Alex se animó—. ¿No paró de sangrar?

—Mucho —tuvo que sonreír.

—Vaya. ¿Le disparó a muchos hombres malos?

—A docenas.

—¡Vale! Espere un momento —salió corriendo.

—Lo siento —comenzó Suzanna—. Está pasando por una fase de asesinato y mutilación.

—Oh, no pasa nada —rió.

—Lo compensaste al decirle que le habías disparado a un montón de tipos malos —se preguntó si habría contado la verdad, aunque no lo manifestó en voz alta.

—Suzanna, ¿querías...?

—Eh —Alex frenó seguido de otros dos niños—. Les dije que te habían pegado un tiro en la pierna.

—¿Dolió? —quiso saber Jenny.

—Un poco.

—No paró de sangrar —comentó Alex con entusiasmo—. Esta es Jenny, es mi hermana. Y este es mi hermano Kevin.

Suzanna quiso besarlo. Quiso levantarlo en brazos y llenarlo de besos por aceptar con tanta facilidad lo que los adultos habían complicado tanto. Le pasó la mano por el pelo.

Los tres bombardearon a Holt a preguntas hasta que Suzanna puso fin a la situación.

—Creo que por el momento ha habido demasiada sangre.

—Pero, mamá...

—Pero, Alex —imitó ella—. ¿Por qué no vais a beber un poco de ponche?

Como les pareció una buena idea, se marcharon.

—Vaya pandilla —murmuro Holt, y miró a Suzanna—. Creía que tenías dos hijos.

—Y así es.

—Me dio la impresión de ver a tres.

—Kevin es el hijo de mi ex marido —respondió con frialdad—. Y ahora, si me disculpas.

La frenó con una mano en el brazo. « Otro secreto » , pensó, y decidió que ya buscaría esa respuesta. No en ese instante. En ese momento iba a hacer algo en lo que había pensado desde que la vio caminar por la alfombra de satén enfundada en su etéreo vestido azul.

—¿Querías bailar?

No conseguía relajarse en sus brazos. Se dijo que era una tontería, que el baile no era más que un gesto social casual. Pero su cuerpo estaba cerca, firme, la mano que tenía a la espalda era posesiva. Le recordaba con demasiada claridad el momento en que la había tenido en sus brazos para hacerla volar con un beso.

—Es una casa magnífica —dijo él, y se dio el placer de sentir el pelo de ella contra su mejilla—. Siempre me pregunté cómo sería por dentro.

—Algún día te daré un recorrido.

—Me sorprende que no hayas vuelto para insistir.

Los ojos de Suzanna mostraron irritación al echar la cabeza atrás para contestar.

—No tengo intención de insistir.

—Bien —pasó el pulgar por encima de los nudillos de ella y la sintió temblar—. Pero volverás.

—Solo porque se lo prometí a la tía Coco.

—No —incrementó la presión sobre la espalda de ella y la acercó unos centímetros más—. No solo por eso. Te preguntas cómo sería, igual que yo me lo he preguntado la mitad de mi vida.

—Este no es el lugar —los dedos de él por la espalda iban dejando una pequeña línea de pánico.

—Yo elijo mi propio terreno —bajó los labios hasta dejarlos a unos centímetros de los de ella. Observó como sus ojos se oscurecían y nublaban—. Te deseo, Suzanna.

—¿Se supone que he de sentirme halagada? —preguntó con voz ronca por el nudo que tenía en la garganta.

—No. Lo inteligente sería que te asustara. No haré que las cosas sean fáciles para ti.

—No siento ningún interés —comentó con más control.

—Podría besarte ahora y demostrar que te equivocas —sonrió.

—No toleraré una escena en la boda de mi hermana.

—Bien, entonces ven a mi casa mañana.

—No.

—De acuerdo —bajó la cabeza. Ella giró la suya, de modo que le rozó la sien con los labios, para luego mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Para. Mis hijos...

—No deberían sorprenderse de que un hombre bese a su madre —pero paró, porque se le habían aflojado las rodillas—. Mañana, Suzanna. Hay algo que necesito mostrarte. Algo de mi abuelo.

—Si se trata de algún tipo de juego, no quiero participar.

—No es ningún juego. Te deseo, y en esta ocasión voy a tenerte. Pero hay algo de mi abuelo que tienes derecho a ver. A menos que te dé miedo estar a solas conmigo.

—Allí estaré —repuso con el torso rígido.

A la mañana siguiente, Suzanna se hallaba en la terraza con Megan. Contemplaban a sus hijos correr por el jardín con Fred.

—Ojalá pudierais quedaros más tiempo.

Megan movió la cabeza con una expresión jovial en la cara.

—Me sorprende decir que a mí también me gustaría. Mañana he de volver al trabajo.

—Kevin y tú sois bienvenidos aquí en todo momento. Quiero que lo sepas.

—Lo sé —la miró. En la cara de Suzanna vio una tristeza que entendía, aunque rara vez se permitía sentirla—. Si tú y los chicos decidís visitar Oklahoma, tenéis un hogar con nosotros. No quiero que perdamos el contacto. Kevin necesita conocer a esta rama de su familia.

—No lo perderemos —se agachó para recoger un pétalo de rosa que había terminado allí en la terraza—. Ha sido una boda preciosa. Sloan y Mandy van a ser felices... y todos tendremos sobrinos en común.

—Dios, el mundo es un lugar extraño —tomó la mano de Suzanna—. Me gustaría pensar que podemos ser amigas, no solo por el bien de nuestros hijos o por Sloan y Amanda.

—Creo que ya lo somos —sonrió.

—¡Suzanna! —llamó Coco desde la puerta de la cocina—. Una llamada para ti —se mordía el labio cuando Suzanna llegó a su lado—. Es Baxter.

—Oh —sintió que el sencillo placer de la mañana se evaporaba—. Contestaré desde la otra habitación.

Se preparó para todo mientras marchaba por el vestíbulo. Se recordó que ya no podía herirla. Ni física ni emocionalmente. Entró en la biblioteca, respiró hondo y alzó el auricular.

—Hola, Bax.

—Supongo que te habrá parecido divertido tenerme esperando al teléfono.

Allí estaba el tono cortante y crítico que en el pasado le había provocado escalofríos. En ese momento simplemente suspiró.

—Lo siento. Estaba fuera.

—Supongo que excavando en el jardín. ¿Todavía finges que puedes ganarte la vida recortando rosales?

—Estoy convencida de que no has llamado para saber cómo marcha mi negocio.

—Tu negocio, según lo llamas tú, no es más que un leve bochorno. Que mi ex mujer venda flores en la esquina de la calle...

—Mancilla tu imagen, lo sé —se pasó la mano por el pelo—. No vamos a pasar otra vez por lo mismo, ¿verdad?

—Veo que te has vuelto una fierecilla —lo oyó murmurar algo a otra persona y luego reír—. No, no te llamo para recordarte que estás quedando como una tonta. Quiero a los niños.

—¿Qué? —se le heló la sangre.

El susurro trémulo de Suzanna lo satisfizo enormemente.

—Creo que en el acuerdo de custodia queda estipulado con suma claridad que tengo derecho a tenerlos dos semanas durante el verano. Los recogeré el viernes.

—Pero... si nunca has...

—No tartamudees, Suzanna. Es uno de tus rasgos más molestos. Si no lo has comprendido, te lo repetiré. Ejercicio mis derechos de padre. Recogeré a los niños el viernes, al mediodía.

—No los has visto en casi un año. No puedes venir a recogerlos y...

—Desde luego que sí. Si decides no respetar el acuerdo, simplemente volveré a llevarte ante los tribunales. No es legal ni inteligente que trates de mantener a los chicos lejos de mí.

—Nunca he tratado de hacer eso. Tú no te has molestado en verlos.

—No tengo intención de cambiar mi agenda para complacerte a ti. Yvette y yo nos vamos a pasar dos semanas a Martha's Vineyard y he decidido llevarme a los niños. Es hora de que vean algo del mundo aparte del pequeño rincón en el que te escondes.

Le temblaban las manos. Agarró el auricular con más fuerza.

—Ni siquiera le enviaste una postal a Alex por su cumpleaños.

—Creo que en el acuerdo no se estipula nada sobre postales de cumpleaños —espetó—. Pero es muy específico sobre los derechos de visita. Si quieres consúltalo con tu abogado, Suzanna.

—¿Y si ellos no quieren ir?

—La elección no es suya... ni tuya. Yo no intentaría predisponerlos en mi contra.

—No me hace falta —murmuró.

—Que tengan todo listo. Ah, Suzanna, últimamente he estado leyendo mucho sobre tu familia. ¿No te parece raro que no se mencionara ningún collar de esmeraldas en nuestro acuerdo de divorcio?

—No sabía que existiera.

—Me pregunto si los tribunales se lo creerán.

Sintió que los ojos se le llenaban con lágrimas de frustración e ira.

—Por el amor de Dios, ¿es que no te llevaste suficiente?

—Nunca es suficiente, Suzanna, cuando tenemos en cuenta lo mucho que me decepcionaste. El viernes —repetió—. Al mediodía —colgó.

Temblaba. Aunque se sentó con cuidado en una silla, no podía parar. Era como si la hubieran devuelto cinco años al pasado, a aquella terrible impotencia. No podía detenerlo. Había leído el acuerdo de custodia palabra por palabra antes de firmarlo, y él tenía derecho. Técnicamente podía haber exigido más tiempo de aviso, pero eso únicamente postergaría lo inevitable. Si Bax había tomado una decisión, no conseguiría que la cambiara. Cuanto más se opusiera, cuanto más discutiera, más se complacería él en retorcer el cuchillo.

Y más lo pagaría con los niños.

Sus pequeños. Se tapó la cara con las manos. Solo sería por un tiempo corto... podría sobrevivir. Pero ¿cómo iban a sentirse ellos cuando los enviara con él, sin darles elección?

Debería hacer que pareciera una aventura. Con un tono de voz adecuado y las palabras precisas los convencería de que era algo que querían hacer. Se puso de pie con los labios apretados. Pero no todavía. Si hablaba con ellos en ese momento no sería capaz de convencerlos de nada salvo de su propia agitación.

—Este maldito sitio es como la Estación Central —el sonido familiar de un bastón a punto estuvo de hacer que Suzanna volviera a sentarse—. Gente yendo y viniendo, el teléfono sonando. Es como si nunca se hubiera casado alguien —Colleen, la tía abuela de Suzanna, con el magnífico pelo blanco recogido hacia atrás y diamantes brillando en sus orejas, se detuvo en el umbral—. Quiero comunicarte que esos pequeños monstruos tuyos han llenado la escalera de tierra.

—Lo siento.

Colleen solo bufó. Le gustaba quejarse de los niños porque se había encariñado mucho de ellos.

—Vándalos. El único día de la semana en que no se oyen martillos ni sierras y a cambio hay manadas de niños gritando por la casa. ¿Por qué demonios no están en el colegio?

—Porque estamos en julio, tía Colleen.

—No veo qué diferencia hay —acentuó el ceño al estudiar a Suzanna—. ¿Y a ti que te pasa, jovencita?

—Nada. Me encuentro un poco cansada.

—Cansada y un cuerno —reconocía la expresión de desesperación e impotencia. Ya la había visto antes en los ojos de su propia madre—. ¿Con quién hablabas por teléfono?

—Eso, tía Colleen —respondió con el mentón alzado—, no es asunto tuyo.

—Vaya, veo que te has vuelto a subir a tu caballo arrogante —lo cual le gustaba. Prefería que su sobrina nieta mordiera antes que aceptara un golpe. Además, incordiaría a Coco hasta enterarse de lo que estaba pasando.

—Tengo una cita —indicó Suzanna con la serenidad que pudo acopiar—. ¿Te importaría decirle a la tía Coco que he salido?

—Así que ahora soy la chica de los recados. Se lo diré, se lo diré —musitó, agitando el bastón—. Ya es hora de que me prepare un té.

—Gracias. No tardaré.

—Sal y despéjate la cabeza —dijo Colleen cuando Suzanna pasó a su lado—. No hay nada que un Calhoun no pueda manejar.

—Espero que tengas razón —suspiró y le dio un beso en la mejilla enjuta.

No se permitió pensar. Salió de la casa y subió a la camioneta, diciéndose que haría lo que fuera necesario... pero que primero necesitaba calmarse.

Necesitaba ser muy hábil en el manejo de sus emociones. Una mujer no podía sentarse en un tribunal con el futuro de sus hijos en juego y no aprender a controlarse.

Era posible sentir pánico, ira o tristeza y funcionar de forma normal. Cuando estuviera segura de que podía hacerlo, hablaría con sus hijos.

Debía mantener una cita. Sea lo que fuere lo que Holt tuviera que enseñarle, podría distraerla lo suficiente como para ayudarla a mantener controladas sus emociones hasta que se normalizaran.

Pensó que estaba tranquila cuando se detuvo ante la casa de él. Al salir de la camioneta, se pasó una mano por el pelo revuelto por el viento. Se guardó las llaves en los bolsillos y llamó a la puerta.

El perro ladró como poseído. Holt retuvo a Sadie por el collar al abrir.

—Has llegado. Pensé que tendría que ir a buscarte.

—Te dije que vendría —entró—. ¿Qué tienes que mostrarme?

Cuando tuvo la seguridad de que Sadie no haría más que olisquear y gemir en busca de atención, la soltó.

—Tu tía mostró mucho más interés en la cabaña.

—Voy con el tiempo justo —después de palmear al perro con gesto distraído, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones amplios—. Es muy bonita —miró alrededor—. Debes estar cómodo aquí.

—Me las arreglo —convino despacio, sin apartar los ojos penetrantes de su cara. No había ni rastro de color en sus mejillas. Tenía los ojos demasiado oscuros. Había querido que fuera consciente de él, quizá con cierta incomodidad, pero no que la dominara el miedo ante la idea de verlo otra vez—. Puedes relajarte, Suzanna —indicó con voz seca—. No voy a tirarme encima de ti.

—¿Podemos acabar con lo que nos ocupa? —repuso a punto de perder el control.

—Sí, podemos, en cuanto dejes de estar ahí de pie como si te encontraras

encadenada. Todavía no te he hecho nada para que me mires de esa manera.

—No te miro de ninguna manera.

—Y un cuerno. Maldita sea, te tiemblan las manos —furioso, se las sujetó—. Para —exigió—. No voy a hacerte daño.

—No tiene nada que ver contigo —se soltó, odiando no ser capaz de evitar que le siguieran temblando—. ¿Por qué crees que cualquier cosa que sienta o la expresión que tenga dependen de ti? Tengo mi propia vida, mis sentimientos. No soy una mujer débil y aterrada que se viene abajo en cuanto un hombre alza la voz. ¿De verdad crees que te tengo miedo? ¿De verdad crees que podrías hacerme daño después...? —calló, consternada. Había estado gritando y las lágrimas furiosas todavía le quemaban los ojos. Tenía un nudo tan tenso en el estómago que apenas podía respirar. Holt la observaba con ojos analíticos—. He de irme —logró decir al tiempo que corría a la puerta. La mano de él la cerró—. Déjame ir —cuando se le quebró la voz, se mordió el labio. Giró y lo miró con ojos centelleantes—. He dicho que me dejes ir.

—Adelante —dijo con asombrosa calma—, pégame. Pero no vas a ir a ninguna parte mientras estés así de agitada.

—Si estoy agitada, es asunto mío. Te he dicho que esto no tiene nada que ver contigo.

—De acuerdo, así que no vas a pegarme. Probemos con otra válvula de escape —apoyó las manos a cada lado de la cara de ella y le cubrió la boca.

No era un beso para apaciguar o consolar. Transmitió la misma emoción descarnada y turbulenta que los sentimientos de Suzanna.

Los brazos de ella se hallaban atrapados entre los dos, con las manos todavía cerradas; la piel se le encendió. Al primer destello de respuesta, Holt se zambulló en el beso duro y desesperado hasta que estuvo seguro de que lo único que quedaba en la mente de Suzanna era él.

Luego se demoró un poco más para satisfacerse a sí mismo. Ella era un volcán a la espera de estallar, una tormenta lista para caer. Su pasión contenida la tenía más pegada que sus manos, y Holt pretendía estar presente cuando explotara.

En el momento de soltarla, Suzanna se apoyó en la puerta con los ojos cerrados y la respiración entrecortada. Al observarla, se dio cuenta de que nunca había visto a nadie luchar tanto para mantener el control.

—Siéntate —dijo. Ella movió la cabeza—. De acuerdo, quédate de pie —se encogió de hombros y se alejó para encender un cigarrillo—. De cualquier modo vas a contarme qué te ha puesto así.

—No quiero hablar contigo.

Holt se sentó en el reposabrazos de un sillón y exhaló una bocanada de humo.

—Mucha gente no ha querido hablar conmigo. Pero por lo general averiguo lo que quiero saber.

Ella abrió los ojos, que en ese momento estaban secos, algo que alivió considerablemente a Holt.

—¿Es un interrogatorio?

—Puede ser —volvió a encogerse de hombros y dio otra calada al cigarrillo. No la ayudaría nada que le ofreciera palabras suaves. Ni siquiera sabía si las tenía.

Suzanna pensó en abrir la puerta y marcharse. Pero él simplemente la detendría. Había aprendido a la fuerza que algunas batallas una mujer no las podía ganar.

—No vale la pena —repuso con voz cansada—. No debía haber venido mientras me encontraba agitada, pero consideré que estaba bajo control.

—¿Agitada por qué?

—No es importante.

—Entonces no ha de representar ningún problema que me lo digas.

—Bax llamó. Mi ex marido —para consolarse, se puso a caminar por la habitación.

Holt estudió la punta del cigarrillo y se recordó que los celos estaban fuera de lugar.

—Al parecer, todavía puede agitarte.

—Una llamada de teléfono. Una, y sigo bajo su dominio —Holt no había esperado captar esa amargura en su voz. Guardó silencio—. No hay nada que pueda hacer. Nada. Se va a llevar a los niños dos semanas. No puedo detenerlo.

—Por el amor de Dios, ¿a eso se debe toda esta histeria? —suspiró con gesto impaciente—. Así que los niños se van con papá un par de semanas —disgustado, apagó el cigarrillo. Y pensar que se había preocupado por ella—. Ahórrame ese rollo de esposa vengativa, encanto. Él tiene derechos.

—Oh, sí, tiene derechos —la voz le tembló con una emoción tan profunda que Holt volvió a prestar atención—. Porque lo dice en un trozo de papel. Y estubo presente cuando fueron concebidos, de modo que eso lo convierte en su padre. Por supuesto, no significa que tenga que quererlos, o preocuparse por ellos o luchar para educarlos con bondad. No significa que tenga que recordar la Navidad o los cumpleaños. Es como Bax me dijo por teléfono. No hay nada en el acuerdo de custodia que lo obligue a enviar postales de felicitación. Pero sí me obliga a mí a entregarle a los niños cuando le entra el capricho —las lágrimas volvían a amenazar con hacer acto de presencia, pero las negó. Llorar delante de un hombre nunca aportaba otra cosa que no fuera humillación—. ¿Crees que esto es acerca de mí? Él ya no puede hacerme daño. Pero mis hijos no merecen ser utilizados para que pueda vengarse por ser mucho menos que lo que él quería.

Holt sintió algo ardiente y letal extenderse por sus entrañas.

—Hizo un buen trabajo contigo, ¿verdad?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es Alex y Jenny. De algún modo debo

convencerlos de que el padre que no se ha molestado en ponerse en contacto con ellos durante meses, que apenas era capaz de tolerarlos cuando vivían bajo el mismo techo, va a llevárselos a unas vacaciones maravillosas de dos semanas — cansada de pronto, se mesó el pelo—. No he venido aquí a hablar de esto.

—Sí has venido para hablar de esto —más calmado, encendió otro cigarrillo. Si no hacía algo con las manos, iba a volver a tocarla, y no estaba seguro de que ninguno de los dos pudiera controlarse—. No soy familia, así supones que puedes descargarte conmigo sin que pierda el sueño.

—Puede que tengas razón —sonrió un poco—. Lo siento.

—No pedí una disculpa. ¿Qué sienten por él los chicos?

—Es un desconocido.

—Entonces lo más probable es que no tengan ninguna expectativa. Me da la impresión de que pueden considerar todo como una aventura... y que dejas que sea él quien apriete tus botones. Si lo está usando para provocarte, ha dado en el blanco.

—Yo ya había llegado a esas conclusiones. Necesitaba soltar un exceso de frustración —intentó sonreír otra vez—. Por lo general me dedico a arrancar malas hierbas.

—Creo que besarme funcionó mejor.

—Al menos fue diferente.

Él apagó el cigarrillo y se puso de pie. Al demonio con lo que pudieran controlar.

—¿Esa es la mejor descripción que se te ocurre?

—Holt —comenzó cuando la rodeó con los brazos.

—¿Sí? —le mordisqueó la barbilla, luego la boca.

—No quiero ser abrazada —pero lo deseaba, y mucho.

—Es una pena —apretó los brazos y la acercó aún más.

—Me pediste que viniera para... —emitió un leve sonido de angustia cuando le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Para poder enseñarme algo de tu abuelo.

—Así es —la piel de ella olía al aire de los riscos... a mar, flores silvestres y al ardiente sol del verano—. También para poder volver a tocarte. Iremos una cosa por vez.

—No quiero un compromiso —pero incluso al decirlo acercaba la boca para encontrarse con la suya.

—Yo tampoco —cambió el ángulo y succionó el labio inferior de ella.

—Esto no es más que... oh... química —cerró los dedos en su pelo.

—Puedes apostararlo —introdujo las palmas ásperas bajo la blusa de ella para explorar.

—No puede llegar a ninguna parte.

—Ya ha llegado.

También en eso tenía razón. Durante un breve instante ella se permitió caer

en el beso, en el calor. Necesitaba algo, a alguien. Si no podía conseguir cariño o compasión, se conformaría con el deseo. Pero cuanto más tomaba, más anhelaba su cuerpo algo que se hallaba fuera de su alcance. Algo que no podía permitirse el lujo de querer o necesitar otra vez.

—Esto va demasiado deprisa —musitó sin aire, apartándose—. Lo siento, comprendo que debes parecer que te envió señales confusas.

Él observó sus ojos, solo sus ojos, mientras el cuerpo le palpitaba.

—Creo que puedo separarlas.

—No quiero iniciar algo que no sea capaz de terminar —se humedeció los labios aún cálidos del contacto con los de Holt—. Y ahora mismo tengo demasiadas responsabilidades, demasiado de qué preocuparme como para pensar siquiera en...

—¿Una aventura? —concluyó él—. Vas a tener que pensar en ello —sin dejar de mirarla a los ojos, agarró un puñado de su pelo—. Adelante, tómate unos días. Puedo ser paciente mientras consiga lo que quiero. Y te quiero a ti.

—Por encontrarte atractivo físicamente, no quiere decir que me meteré en la cama contigo —respondió llena de nervios.

—No me importa si te metes, si saltas o si hay que arrastrarte. Más adelante podremos decidir el método a emplear —antes de que ella pudiera insultarlo, sonrió, la besó y retrocedió—. Una vez arreglado eso, te enseñaré el retrato.

—Si crees que está arreglado porque... ¿qué retrato?

—Échale un vistazo y luego me lo dices.

La condujo hasta el ático. Desgarrada entre la curiosidad y la furia, Suzanna lo siguió. Lo único de lo que estaba segura en ese momento era de que, desde que había vuelto a ver a Holt Bradford, sus emociones habían viajado en una montaña rusa. Lo único que deseaba de la vida era un viaje suave y tranquilo.

—Él trabajaba aquí arriba.

—¿Lo conociste bien? —preguntó con interés.

—No creo que nadie lo conociera bien —fue a abrir una claraboya—. Iba y venía según le apetecía. Volvía aquí por unos días, o unos meses. A veces yo me sentaba a verlo trabajar. Si se cansaba de mi compañía, me decía que me fuera a pasear al perro o al pueblo a comprarme un helado.

—Todavía hay pintura en el suelo —incapaz de resistirse, se agachó para tocarla. Alzó la vista, se encontró con los ojos de Holt y lo entendió.

Había querido a su abuelo. Esas manchas de pintura, más que la propia cabaña, eran recuerdos. Alargó la mano para tomar la suya, y se levantó cuando los dedos se unieron. Entonces vio el retrato.

El lienzo se hallaba apoyado contra la pared, en un marco antiguo y trabajado. La mujer le devolvió el escrutinio, con ojos llenos de secretos, tristeza y amor.

—Bianca —susurró, y dejó que las lágrimas cayeran con libertad—. Sabía

que debía haberla pintado. Tenía que haberlo hecho.

—No estuve seguro hasta que ayer vi a Lilah.

—Nunca lo vendió —murmuró Suzanna—. Se lo guardó, porque era lo único que le quedaba de ella.

—Tal vez —no se sentía del todo cómodo con que también a él se le hubiera ocurrido lo mismo—. He de concluir que había algo entre ellos. No sé cómo puede acercarte eso a las esmeraldas.

—Pero tú nos ayudarás.

—Dije que lo haría.

—Gracias —se volvió para mirarlo. « Sí, nos ayudará » , pensó. No rompería su palabra, sin importar lo mucho que lo irritara respetarla—. Lo primero que he de pedirte es si quieres llevar el retrato a Las Torres para que lo vea mi familia. Significará mucho para ellos.

Por insistencia de Suzanna, también se llevaron a Sadie. Ella fue en la parte de atrás de la camioneta, sonriendo al viento. Cuando llegaron a Las Torres, descubrieron a Lilah y a Max sentados en el jardín. Fred, al ver el vehículo, emprendió la carrera y se detuvo aturdido cuando con agilidad Sadie saltó desde atrás.

Con el cuerpo agitado, se acercó a ella. Los perros se dedicaron a olerse con minuciosidad. Con el rabo oscilando, Sadie marchó por el patio. Por encima del hombro le lanzó una mirada de invitación a Fred, quién de inmediato se puso a seguirla.

—Parece que el viejo Fred ha tenido un amor a primera vista —comentó Lilah mientras iba en compañía de Max hasta la camioneta—. Nos preguntábamos adónde habías ido —pasó una mano por el brazo de Suzanna, dejando que supiera sin palabras que estaba al corriente de la llamada de Bax.

—¿Los chicos andan por aquí?

—No, se fueron al pueblo con Megan y los padres de ella para ayudar a Kevin a elegir unos recuerdos antes de marcharse.

Suzanna asintió y tomó la mano de su hermana.

—Hay algo que tienes que ver —retrocedió y señaló. A través de la puerta abierta de la camioneta, Lilah vio el cuadro. Sus dedos se tensaron en los de su hermana.

—Oh, Suze.

—Lo sé.

—Max, ¿lo ves?

—Sí —con delicadeza le besó la coronilla y contempló el retrato de una mujer que era exacta a la que él amaba—. Era hermosa. Es un Bradford —miró a Holt y se encogió de hombros—. He estado estudiando la obra de tu abuelo las

últimas dos semanas.

—Lo has tenido en todo momento —comenzó Lilah.

Holt dejó que la acusación le resbalara.

—No supe que era Bianca hasta que te vi ayer.

Ella estudió su rostro y cedió.

—No eres tan desagradable como te gusta que piense la gente. Tu aura es muy clara.

—Deja el aura de Holt en paz, Lilah —rio Suzanna—. Quiero que lo vea la tía Coco. Oh, cómo me gustaría que Sloan y Mandy no se hubieran ido de luna de miel.

—Solo estarán ausentes dos semanas —le recordó su hermana.

Dos semanas. Suzanna se esforzó en mantener la sonrisa en su sitio mientras Holt llevaba el retrato dentro.

En cuanto lo vio, Coco lloró. Pero eso no extrañó a nadie. Holt lo había apoyado en un sofá en el salón, y Coco estaba sentada en el sillón, mojando el pañuelo.

—Después de todo este tiempo. Que una parte de ella haya vuelto a esta casa.

—Una parte de ella siempre ha estado aquí —Lilah tocó el hombro de su tía.

—Oh, lo sé, pero poder mirarla —se secó los ojos—. Y mirarte a ti.

—Debió amarla mucho —con los ojos húmedos, C. C. apoyó la cabeza en el hombro de Trent—. Es tal como la imaginé, tal como sabía que sería aquella noche en que la sentí.

Holt mantuvo las manos en los bolsillos.

—Mirad, sentimientos y sesiones espiritistas aparte, lo que necesitáis son las esmeraldas. Si queréis mi ayuda, entonces necesito estar al corriente de todo.

—Una sesión —Coco se secó los ojos—. Deberíamos celebrar otra. Colgaremos el retrato en el comedor. Con eso como centro, tendremos éxito. He de comprobar las cartas astrológicas —se puso de pie y salió de la estancia.

—Sin restarle mérito a Coco —dijo Trent—, quizá sea mejor que ponga a Holt al corriente de un modo más convencional.

—Prepararé café —Suzanna le echó un último vistazo al retrato antes de ir a la cocina.

Mientras molía granos de café pensó que no había mucho que Trent pudiera decirle. Holt ya conocía la leyenda, la investigación que habían realizado, el peligro al que se habían visto expuestas sus hermanas. Era posible que gracias a su entrenamiento pudiera expresar más que ellos dicha información. Pero no sabía si le importaría tanto como a su familia.

Sabía que la motivación emocional podía cambiar las vidas. Y que sin ella no se podía conseguir nada importante.

Él tenía pasión. Pero ¿esas pasiones irían más allá de la necesidad física? « No connigo », se aseguró, midiendo el café. Había hablado en serio cuando le dijo

que no quería relacionarse. No podía permitirse volver a estar enamorada.

Temía que él tuviera razón en lo referente a una aventura. Si no era lo bastante fuerte como para resistirlo, esperaba disponer de la fuerza necesaria para mantener separados su corazón y su cuerpo. No podía estar mal necesitar ser tocada y deseada. Quizá al entregarse a él de un modo físico, podría demostrarse que no era un fracaso como mujer.

Dios, quería volver a sentir como mujer, a experimentar ese torrente de placer y liberación. Tenía casi treinta años, y el único hombre con el que había mantenido intimidad había censurado su deseo. ¿Durante cuánto tiempo podría continuar preguntándose si había tenido razón?

Se sobresaltó al sentir unas manos en los hombros.

Despacio, consciente de la facilidad con la que había palidecido, Holt la hizo darse la vuelta para que lo mirara.

—¿Dónde estabas?

—Oh, hasta el cuello arrancando malas hierbas.

—Es una buena mentira si pusieras más vida en ella —pero no la presionó—. Me voy a hablar con el teniente Koogar. Dejaremos el café para otra vez.

—De acuerdo, te llevaré.

—Me voy con Max y con Trent.

—Ya veo, solo hombres —enarcó las cejas.

—A veces funciona mejor de esa manera —le pasó el pulgar por el ceño en un gesto tierno que los sorprendió a los dos. Conteniéndose, dejó caer la mano—. Te preocupas demasiado. Te llamaré.

—Gracias. No olvidaré lo que haces por nosotros.

—Olvidalo —la acercó y la besó hasta dejarle flojas todas las extremidades—. Preferiría que recordaras esto.

Se marchó y Suzanna se sentó débil en una silla. No le quedaría más elección que recordarlo.

Holt se dijo que no jugaba a ser un buen samaritano. Después de tener unos datos más claros de la situación, hacía lo que consideraba mejor. Alguien tenía que vigilarla hasta que atraparan a Livingston. El mejor modo de no perderla de vista era mantenerse cerca de ella.

Entró en el aparcamiento y se situó al lado de la camioneta. Vio que Suzanna se hallaba en el exterior con unos clientes, así que se puso a dar una vuelta.

Ya había pasado por delante de *Jardines de la Isla*, pero nunca se había detenido. No había tenido motivo para ello. Había muchas plantas sobre mesas de madera o en macetas llamativas. Aunque no sabría distinguirlas, sí podía reconocer su atractivo. O quizá se debía al hecho de que el aire olía a Suzanna.

Llegó a la conclusión de que era evidente que ella sabía lo que hacía allí. Reinaba un gran orden, potenciado por una informalidad que invitaba a los curiosos a echar un vistazo, al tiempo que los tentaba a comprar.

Miraba una bandeja de dragoncillos cuando oyó el crujido de hojas en el arbutos de atrás. Se puso tenso por acto reflejo, y los dedos buscaron el arma que ya no llevaba. Suspiró y se maldijo. Tenía que superar esa reacción. Ya no era policía y no era probable que alguien le saltara por la espalda para clavarle un cuchillo de dieciséis centímetros.

Giró un poco la cabeza y vio al joven en cuclillas detrás de un expositor de peonías. Alex sonrió y se puso de pie.

—¡Te tengo! —bailó alegre alrededor de las flores—. Era un pigmeo y te alcancé con un dardo envenenado.

—Soy afortunado de ser inmune al veneno de los pigmeos. Si hubiera sido veneno de los ubangi, estaría muerto. ¿Y tu hermana?

—En el invernadero. Mamá nos dio semillas y esas cosas, pero me aburría. Puedo venir aquí —se apresuró a explicar, sabiendo la rapidez con la que los adultos podían complicar una situación—. Siempre y cuando no me acerque a la calle o tire algo.

—¿Has matado a muchos clientes hoy? —no quería estropearle la diversión.

—Todo va muy lento. Según mamá, porque es lunes. Por eso podemos venir a trabajar con ella y Carolanne tener el día libre.

—¿Te gusta venir aquí?

Holt no supo cómo había pasado, pero el chico y él caminaban por entre las

flores y tenía la mano de Alex en la suya.

—Claro, está bien. Plantamos cosas y las regamos. A veces llevamos las compras de los clientes hasta los coches y recibimos monedas de cuarto.

—Parece un buen trato.

—Y mamá cierra al mediodía. Paseamos hasta la pizzería y jugamos en las videoconsolas. Venimos todos los lunes. Excepto... —calló y pateó la grava.

—¿Excepto qué?

—Que la semana próxima estaremos de vacaciones y mamá no vendrá.

Holt observó la cabeza inclinada del niño y se preguntó qué diablos hacer.

—Ah... supongo que está muy ocupada aquí.

—Podría trabajar Carolanne u otra persona y ella venir. Pero no lo hará.

—¿No crees que os acompañaría si pudiera?

—Supongo —volvió a dar una patada a la grava y cuando Holt no lo reprendió, lo hizo una tercera vez—. Tenemos que ir a un sitio llamado Martha's Vineyard, con mi padre y su nueva esposa. Mamá dice que será divertido, que iremos a la playa y tomaremos helados.

—Suenas estupendo.

—Yo no quiero ir. No sé por qué tengo que ir. Yo quiero ir a Disney World con mamá.

Cuando al pequeño se le quebró la voz, Holt suspiró y se puso en cuclillas.

—Cuesta hacer cosas que no se desea hacer. Supongo que tendrás que cuidar de Jenny mientras estéis fuera.

—Supongo —Alex se encogió de hombros y aspiró el aire—. Ella tiene miedo de ir. Pero solo tiene cinco años.

—Contigo estará bien. Te diré lo que haremos; durante vuestra ausencia, yo cuidaré de vuestra madre.

—Vale —sintiéndose mejor, Alex se limpió la nariz con el dorso de la mano—. ¿Puedo ver dónde te dispararon en la pierna?

—Claro —Holt señaló una cicatriz de unos diez centímetros en la pierna izquierda, justo encima de la rodilla.

—Vaya —como a Holt no parecía importarle, pasó un dedo por encima—. Supongo que al haber sido policía, cuidarás bien de mamá.

—Desde luego que lo haré.

Suzanna no estuvo segura de lo que sintió al ver a Holt. Pero supo que algo cálido se agitó en su interior cuando Holt le acarició el pelo a Alex.

—Vaya, ¿y qué es esto?

Los dos varones intercambiaron una mirada rápida y privada antes de que Holt se incorporara.

—Una charla de hombres —dijo, y apretó la mano de Alex.

—Sí —el pequeño sacó pecho—. Una charla de hombres.

—Comprendo. Bueno, odio interrumpirla, pero si quieres pizza, será mejor

que vayas a lavarte las manos.

—¿Puede venir él? —preguntó Alex.

—Su nombre es señor Bradford —indicó Suzanna.

—Su nombre es Holt —Holt le guiñó un ojo al pequeño y recibió una sonrisa a cambio.

—¿Puede?

—Ya veremos.

—Eso lo dice mucho —confió Alex, y luego salió corriendo en busca de su hermana.

—Supongo que es verdad —Suzanna suspiró y se volvió hacia Holt—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Llevaba el pelo suelto, con una gorra azul que le daba aspecto de tener dieciséis años. De pronto Holt se sintió tonto e incómodo como un adolescente al solicitar su primera cita.

—¿Sigues necesitando ayuda a tiempo parcial?

—Sí —comenzó a cortar begonias—. Todos los chicos del instituto tienen trabajo para el verano.

—Yo puedo darte unas cuatro horas al día.

—¿Qué?

—Quizá cinco —continuó mientras ella lo miraba—. He de realizar un par de trabajos de reparación, pero puedo estipular mi propio horario.

—¿Quieres trabajar para mí?

—Siempre y cuando solo tenga que cargar y plantar cosas. No pienso vender flores.

—No puedes hablar en serio.

—Claro que sí. No las venderé.

—No, me refiero a eso de trabajar para mí. Ya has puesto tu propio negocio, y yo no puedo permitirme el lujo de pagar más que el salario mínimo.

—No quiero tu dinero.

—Ahora sí que no sé que pensar —se apartó el pelo de los ojos.

—Mira, pensé que podríamos hacer un intercambio. Yo te ayudaré con el trabajo más pesado, y tú puedes arreglar un poco mi jardín.

—¿Quieres que arregle tu jardín? —sonrió.

—No quiero que te vuelvas loca ni nada parecido —las mujeres siempre complicaban las cosas—. Un par de arbustos más, eso es todo. Y bien, ¿quieres que cerremos un trato o no?

La sonrisa de ella se transformó en una carcajada.

—Uno de los vecinos de los Anderson admiró nuestro trabajo en equipo. Empiezo mañana con ellos —extendió la mano—. Ven a las seis.

—¿De la mañana? —preguntó con una mueca.

—Exacto. Y ahora, ¿qué te parece si comes con nosotros?

—Perfecto —le estrechó la mano—. Invitas tú.

« Santo Dios, la mujer trabaja como un elefante. No, como dos elefantes », corrigió Holt mientras el sudor le caía por la espalda. Se veía con un pico o una pala en la mano tan a menudo, que daba la impresión de hallarse en una cuadrilla de trabajos forzados.

En los tres días que llevaba con ella, había abandonado la idea de tratar de que no hiciera ninguno de los trabajos pesados. Suzanna no le prestaba atención y hacía lo que se le antojaba. Cuando regresaba a casa a media tarde, con cada músculo vibrándole, se preguntaba cómo diablos era capaz ella de mantener ese ritmo.

Él no podía darle más de cuatro o cinco horas entre sus propias tareas. Pero sabía que Suzanna hacía de ocho a diez todos los días. No costaba ver que se enfrascaba en el trabajo para no pensar en el hecho de que los chicos se marcharían al día siguiente.

Bajó el pico y encontró roca. La vibración le recorrió los brazos. Al oír un torrente de maldiciones, Suzanna alzó la vista desde donde estaba.

—¿Por qué no descansas un poco? Yo puedo acabar eso.

—¿Has traído la dinamita?

Ella sonrió un instante.

—No, de verdad. Ve a sacar un refresco de la nevera. Ya casi estamos listos para plantar.

—Perfecto —odiaba reconocer que todo eso empezaba a poder con él. Tenía ampollas encima de ampollas y sentía los músculos como si hubiera pasado diez asaltos con el campeón... y perdido. Se secó la cara y el cuello y se dirigió a la nevera pequeña que habían dejado a la sombra de un haya. Al sacar una tónica, oyó el pico golpear contra el suelo rocoso—. Eres una lunática, Suzanna. Este es el tipo de trabajo que le dan a los presidiarios. ¿Qué diablos crees que va a crecer en esa roca?

—Te sorprendería —se secó el sudor que le chorreaba a los ojos—. ¿Ves los lirios que hay en ese caballón? —gruñó al remover una piedra—. Los planté hace dos años.

Él observó la profusión de flores altas y coloridas con renuente admiración. Tenía que reconocer que mejoraban el terreno rocoso y agreste, aunque no sabía si valía la pena.

—Los Snyder me dieron mi primer trabajo de verdad —alzó una roca y la arrojó a la carretilla. Estiró la espalda—. Fue un trabajo nacido de la simpatía, y a que eran amigos de la familia y vieron que la pobre Suzanna necesitaba una oportunidad. Los sorprendí al demostrarles que sabía lo que hacía, y desde entonces vuelvo a trabajar aquí de vez en cuando.

—Estupendo. ¿Quieres dejar esa maldita cosa durante un minuto?

—Casi he terminado.

—No terminarás hasta que te derrumbes. ¿Quién va a ver unas pocas flores aquí arriba?

—Los Snyder las verán, sus invitados las verán —movió la cabeza para despejarse del calor—. El fotógrafo de *Jardines de Nueva Inglaterra* las verá —se llevó una mano a la cabeza y la pasó por encima de los ojos—. En septiembre plantaremos algunos bulbos. Lirios enanos, flores silvestres. Algunos nardos y... —trastabilló bajo una oleada ardiente de mareo.

Holt se lanzó desde la sombra al sol cuando vio que el pico se le escurría de las manos. Al sostenerla, dio la impresión de que se derretía en sus brazos.

Maldecirla lo ayudó a desterrar el miedo mientras la llevaba a la sombra del árbol. Al depositarla sobre la hierba fresca el cuerpo de ella era como cera caliente.

—Se acabó —metió la mano en la nevera y luego le pasó agua helada por la cara—. Has terminado, ¿me oyes? Si te vuelvo a ver con un pico en la mano, te mato.

—Estoy bien —dijo con voz débil, pero claramente irritada—. He recibido un poco más de sol —el agua en la cara le pareció celestial, aunque las manos de Holt fueran un poco ásperas. Le quitó el bote de tónica y bebió con cuidado.

—Demasiado sol, demasiado trabajo —se quejaba él—. Y por lo que veo, poca comida o descanso. Eres un desastre, Suzanna, y ya me he cansado.

—Muchas gracias —le apartó las manos y se apoyó contra el árbol. Reconocía que necesitaba un minuto, pero no un discurso—. Lo sé, pero tengo cosas en la cabeza.

—No me importa lo que tengas en la cabeza —«Dios, está blanca como un papel». Quiso abrazarla hasta que sus mejillas recuperaban el color, acariciarle el pelo hasta que estuviera otra vez fuerte y descansada. Pero manifestó la preocupación en forma de furia—. Te voy a llevar a casa y te vas a meter en la cama.

—Creo que olvidas quién trabaja para quién —más firme, dejó el refresco en el suelo.

—Cuando te desmayes, tomaré el mando.

—No me he desmayado —cortó crispada—. Me mareé. Y nadie tomará el mando sobre mí, ni ahora ni nunca. Deja de pasarme agua por la cara, vas a ahogarme.

—Eres terca y claramente estúpida.

—Perfecto. Si has terminado de gritarme, voy a tomarme el descanso para almorzar —sabía que tenía que comer. No le importaba ser terca, pero sí estúpida. «Lo que he sido», reconoció al sacar un sándwich de la nevera, «al saltarme el desayuno».

—Puede que aún no haya terminado de gritarte.

Suzanna se encogió de hombros mientras le quitaba el plástico al sándwich.

—Entonces puedes gritar mientras como. O puedes dejar de perder tiempo y almorzar.

Pensó en arrastarla hasta la camioneta. La idea le gustó, pero los beneficios solo serían a corto plazo. Como no la atara y la encerrara en un cuarto, no podría impedir que se matara a trabajar.

«Pero al menos está comiendo», reflexionó. Y sus mejillas habían recuperado el color. Quizá hubiera otro enfoque para salirse con la suya. Con gesto casual sacó un sándwich.

—He estado pensando en las esmeraldas.

—¿Oh? —el cambio de tema y de actitud la sorprendió.

—Leí la transcripción que hizo Max de la entrevista con la señora Tobías, la doncella. Y escuché la cinta.

—¿Qué piensas?

—Que tiene una buena memoria y que Bianca la impresionó. Desde su punto de vista, la conclusión es que Bianca era infeliz en su matrimonio, estaba entregada a sus hijos y enamorada de mi abuelo. Fergus y ella ya se hallaban en terreno pantanoso cuando se pelearon por el perro. Supondremos que esa fue la gota que colmó el vaso. Ella decidió dejarlo, pero no se marchó aquella noche. ¿Por qué?

—Aunque al fin hubiera tomado la decisión —respondió Suzanna despacio—, tendría que haber arreglado muchas cosas. Ella tendría que haber pensado en sus hijos —eso lo entendía muy bien—. Adónde podría llevarlos, cómo tener la certeza de poder mantenerlos. Aunque el matrimonio fuera un desastre, tendría que planificar con cuidado cómo decirles que los iba a alejar de su padre.

—De modo que cuando Fergus se marchó a Boston después de la pelea, ella se puso a planificarlo. Hemos de suponer que fue a ver a mi abuelo, porque él terminó quedándose con el perro.

—Lo amaba —murmuró Suzanna—. Sería la primera persona a la que habría recurrido. Y él la amaba, de manera que habría querido irse con ella y los niños.

—Si aceptamos eso, hemos de dar el siguiente paso en esa dirección. Ella regresó a Las Torres a hacer las maletas, a reunir a los niños. Pero en vez de reunirse con mi abuelo y cabalgar juntos hacia el crepúsculo, se tira por la ventana de la torre. ¿Por qué?

—Se hallaba conmocionada —con los ojos entornados, Suzanna clavó la vista en los rayos de sol—. Estaba a punto de dar un paso que pondría fin a su matrimonio y separaría a los niños de su padre. Rompería sus votos. Es tan difícil, tan aterrador. Es como morir. Quizá pensó que era un fracaso como mujer, y cuando su marido volvió a casa y tuvo que enfrentarse a él y a sí misma, no fue capaz.

—¿Fue así para ti? —le acarició el pelo.

—Hablamos de Bianca —puso rígidos los hombros—. Y no veo qué tiene que ver con las esmeraldas el motivo por el que se suicidó.

—Primero descubrimos por qué las escondió —apartó la mano del pelo de ella—, luego nos ocupamos del dónde.

Despacio, ella volvió a relajarse.

—Fergus se las regaló cuando nació su primer hijo varón. No su primera hija. Una chica no alcanzaba el rango que él quería —bebió otro sorbo de tónica para eliminar parte de su propia amargura—. Supongo que a ella eso le habrá dolido. Recibir una recompensa, como si fuera una yegua purasangre, por darle un heredero. Pero, eran suyas porque el niño era suyo —cerró los párpados—. Bax me regaló diamantes cuando nació Alex. No me sentí culpable de venderlos para montar mi negocio. Porque eran míos. Quizá ella sintiera lo mismo. Las esmeraldas le habrían proporcionado una nueva vida, tanto para ella como para los niños.

—¿Por qué las escondió?

—Para cerciorarse de que él no las encontrara si le impedía irse. Así Bianca sabría que tenía algo suyo.

—¿Escondiste tú los diamantes, Suzanna?

—Los puse en la bolsa de los pañales de Jenny. El último sitio en el que Baxter miraría —rio y arrancó unas briznas de hierba—. Suena tan melodramático.

Pero notó que él no sonreía.

—A mí me parece muy inteligente. Bianca pasaba mucho tiempo en la torre, ¿cierto?

—Ya hemos mirado allí.

—Volveremos a hacerlo, y desmontaremos su dormitorio.

—A Lilah le encantará —volvió a cerrar los ojos. El sándwich y la sombra le empezaban a dar sueño—. Ahora es su dormitorio. Y también hemos mirado allí.

—Yo no.

—No —decidió que no le haría ningún daño estirarse mientras terminaban de analizar la situación. La hierba estaba fresca y blanda—. Si encontráramos su diario, sabríamos las respuestas. Mandy repasó todos los libros de la biblioteca, por si se hubiera mezclado igual que la carta robada.

—Echaremos otro vistazo —comenzó a acariciarle otra vez el pelo.

—A Mandy no se le habrá pasado nada por alto. Es muy organizada.

—Prefiero comprobar terreno viejo antes que depender de una sesión espiritista.

Ella emitió un sonido a medias entre una risa y un suspiro.

—La tía Coco te convencerá —comentó con fatiga—. Primero debemos plantar las rosas.

—De acuerdo —con delicadeza le masajeó los hombros.

Ella murmuró algo sobre las rocas y se quedó dormida.

Holt la dejó allí a la sombra y regresó al sol.

La hierba le hacía cosquillas en la mejilla cuando despertó. Se había puesto boca abajo y dormido como un tronco. Aturdida, abrió los ojos. Vio a Holt sentado con la espalda contra el tronco, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. La observaba mientras se llevaba un cigarrillo a los labios.

—Debí quedarme dormida.

—Se podría decir que sí.

—Lo siento —se apoyó en un codo—. Hablábamos de las esmeraldas.

—Ya hemos hablado demasiado por el momento —tiró el cigarrillo. Con un movimiento veloz enganchó las manos bajo los brazos de ella y la acercó.

Antes de que Suzanna estuviera plenamente despierta, se encontró en el regazo de Holt con la boca de él sobre los labios.

Desarmada y desorientada, apartó la cara. La sangre había pasado de estar lenta y fría a rápida y encendida. El cuerpo, relajado por el sueño, se le tensó como un arco. Respiró hondo. Lo único que podía ver era la cara de él, los ojos oscuros y peligrosos, la boca dura y hambrienta. Luego todo se tornó borroso cuando Holt volvió a besarla.

Le dejó tomar lo que parecía necesitar tomar con desesperación. Bajo la sombra del haya se pegó a él, respondiendo a cada exigencia. Cuando volvió a experimentar el mareo, se regocijó en él. No era una debilidad contra la que tuviera que luchar. Había querido experimentarla desde que tenía uso de memoria.

Con un juramento, él enterró la cara en el cuello de Suzanna, donde el pulso le latía con fuerza. Nada ni nadie lo habían hecho sentir jamás de esa manera. Frenético y tembloroso. Cada vez que su boca regresaba a besarla, era con un nuevo matiz de desesperación, cada uno más agudo que el anterior. Lo atravesaron docenas de sensaciones, todas punzantes y mortíferas. Quiso apartarla, alejarse antes de que lo fragmentaran. Quiso rodar con ella sobre la hierba suave y fresca y desterrar todos los anhelos y necesidades.

Pero ella lo rodeaba con los brazos y le revolvió el pelo mientras su cuerpo temblaba. Luego le acarició la cara con la mejilla, en un gesto que fue casi insoportablemente dulce.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Suzanna. Apoyó los labios en la piel de él y suspiró.

—Creo que los dos conocemos la respuesta.

Ella cerró los ojos. Era tan sencillo para él. Durante un momento escuchó el zumbido de las abejas en las flores.

—Necesito tiempo.

Holt apoyó las manos en los hombros de ella y la retiró hasta que quedaron cara a cara.

—Puede que no sea capaz de dártelo. Ya no somos niños y me he cansado de preguntarme cómo sería.

Ella soltó aire con gesto trémulo. Comprendió que la agitación no bullía únicamente en su interior. También la sentía en él.

—Si pides más de lo que puedo dar, los dos quedaremos decepcionados. Te deseo —contuvo un jadeo cuando los dedos de él apretaron con más fuerza—. Pero no puedo cometer otro error.

—¿Quieres promesas? —preguntó con los ojos entornados.

—No —respondió ella con celeridad—. No. Pero he de mantener las que me hice a mí misma. Si me entrego a ti, he de cerciorarme de que no es solo algo que deseo, sino algo con lo que podré vivir —alzó una mano para apoyarla en su mejilla—. Una cosa sí puedo prometerte, y es que si llegamos a ser amantes, no lo lamentaré.

—Cuando lo seamos —corrigió sin poder discutir con ella, no cuando lo miraba de esa forma.

—Cuando lo seamos —convino, poniéndose de pie. Se sentía más fuerte. « Cuando lo seamos », se repitió para sí misma. Ya había aceptado que era una simple cuestión de tiempo—. Pero, por ahora, hemos de tomar las cosas según vienen. Debemos terminar un trabajo.

—Está terminado —se levantó cuando ella se dio la vuelta.

Las plantas estaban en su sitio, el suelo allanado y cubierto de turba. Donde antes solo había rocas y suelo fino y sediento, en ese momento se veían unas flores jóvenes y hojas tiernas y verdes.

—¿Cómo? —preguntó, corriendo para inspeccionar el trabajo.

—Has dormido tres horas.

—Tres... —lo miró consternada—. Tendrías que haberme despertado.

—No lo hice. Y ahora he de irme, se me hace tarde.

—Pero no tendrías que...

—Está hecho —sintió impaciencia—. ¿Quieres arrancar las malditas cosas y plantarlas tú?

—No —lo estudió y comprendió que no solo se sentía enfadado, sino avergonzado. Había hecho algo dulce y considerado al dedicar tres horas a plantar algo de lo que hasta entonces se había burlado. Con las manos en los bolsillos, parecía decir que, como se lo agradeciera, gruñiría.

Fue en ese momento, mirándolo sobre la pendiente pedregosa, cuando se dio cuenta de lo que había negado para admitirlo en sus brazos, al insistir en que solo era pasión y necesidad. Lo amaba. No solo por los besos ardientes y las manos exigentes, sino por el hombre que había debajo. El hombre que pasaría una mano por el pelo de su hijo o respondería a las preguntas incesantes de su pequeña. El

hombre que dejaría manchas de pintura en el suelo en memoria de su abuelo.

El mismo que plantaría flores por ella mientras dormía.

Holt se movió incómodo bajo su mirada.

—Escucha, si te vuelves a desmayar, te dejaré donde caigas. No tengo tiempo para hacer de niñera.

El rostro de ella esbozó una sonrisa lenta y hermosa, confundiéndolo. También lo amaba por eso... por la impaciencia que ocultaba la compasión. Por supuesto, iba a necesitar tiempo para pensar. Para adaptarse. Pero por el momento, ese momento, podía experimentar ese torrente de sentimientos y estar satisfecha.

—Has hecho un buen trabajo.

Él miró las flores, convencido de que preferiría que le arrancaran la lengua antes que reconocer que había disfrutado con el trabajo.

—Solo hay que meterlas en los agujeros y cubrir las raíces con tierra —lo descartó con un movimiento de hombros—. He guardado las herramientas en la camioneta. He de irme.

—He retrasado el trabajo para los Bryce hasta el lunes. Mañana... mañana he de estar en casa.

—De acuerdo. Nos veremos luego.

Mientras él se dirigía a su coche, Suzanna se arrodilló para acariciar los capullos frágiles y nuevos.

En la cabaña cerca del agua, el hombre que se llamaba a sí mismo Marshall completó una búsqueda minuciosa. Encontró algunas cosas de interés menor. Al ex policía le gustaba leer y no cocinaba. Guardaba sus medallas en una caja metida en el fondo de un cajón, y una 32 cargada y lista en la mesita de noche.

Después de inspeccionar un escritorio, Marshall descubrió que el nieto de Christian había hecho algunas inversiones astutas. Le resultó divertido ver que un ex poli de antivicio hubiera tenido el suficiente sentido común para crear una red de protección. También le resultó interesante que el entrenamiento hubiera impulsado a Holt a escribir un informe detallado de todo lo que sabía sobre las esmeraldas Calhoun.

Estuvo a punto de perder la compostura al leer acerca de la entrevista con la antigua criada, esa que había localizado Maxwell Quartermain. Este tendría que haber estado trabajando para él. O muerto. Marshall experimentó la tentación de destrozar el lugar, de derribar muebles, romper lámparas. De ceder a una orgía de destrucción.

Pero se obligó a mantener la calma. No quería revelar su presencia. Todavía no. Quizá no hubiera encontrado nada importante, pero sabía tanto como los Calhoun.

Con mucho cuidado, colocó los papeles de vuelta en su sitio y cerró los cajones. El perro empezaba a ladrar en el patio. Detestaba a los perros. Con una mueca, se frotó la cicatriz de la pierna donde el pequeño chuchó de los Calhoun lo había mordido. Tendrían que pagar por eso. Todos iban a pagar.

«Y lo harán», pensó. Cuando tuviera las esmeraldas.

Abandonó la cabaña tal como la había encontrado.

No escribiré del invierno. No es un recuerdo que desee revivir. Pero no me fui de la isla. No pude hacerlo. En esos meses ella jamás estuvo fuera de mis pensamientos. En la primavera, se quedó conmigo. En mis sueños.

Y entonces llegó el verano.

Me es imposible escribir cómo me sentí cuando la vi correr hacia mí. Podría pintarlo, pero nunca conseguiría encontrar las palabras. Vagué por esos riscos, esperándola. Se había hecho tan fácil convencerme de que simplemente bastaría con verla, con volver a hablar con ella si bajara por la pendiente, a través de las flores silvestres y se sentara en las rocas a mi lado.

Y de pronto me llamaba por mi nombre y corría, con los ojos llenos de júbilo. Estaba en mis brazos, su boca en la mía. Y supe que había sufrido tanto como yo. Que amaba como yo amaba.

Los dos sabíamos que era una locura. Tal vez yo podría haber sido más fuerte, podría haberla convencido de que se fuera y me dejara. Pero algo había cambiado en ella durante el invierno. Ya no se sentía satisfecha solo con el vacío que me había enterado que representaba su matrimonio. Sus hijos, tan queridos, no podían forjar un vínculo entre ella y el marido que únicamente quería obediencia y deber cumplido. Sin embargo, no podía permitirle que se entregara a mí, que diera el paso que le produciría culpa, vergüenza o arrepentimiento.

De modo que nos vimos un día tras otro en los riscos, con toda inocencia. Para hablar y reír, para fingir que el verano era interminable. A veces traía a los niños y casi éramos una familia. Era una temeridad, pero de algún modo no creíamos que nada pudiera tocarnos mientras estuviéramos allí, entre el cielo y el mar, con las cumbres de la casa lejos a nuestra espalda.

Eramos felices con lo que teníamos. Ni antes ni después ha habido días más felices en mi vida. Un amor así carece de principio o fin. No está mal ni bien. En aquellos brillantes días del verano, ella no era la mujer de otro hombre. Era mía.

Una vida después, estoy aquí sentado en este cuerpo viejo y contemplo el agua. Su cara, su voz, surgen con tanta claridad...

Bianca sonrió.

—Solía soñar que estaba enamorada.

Le había quitado los alfileres del pelo para que mis manos pudieran soltárselo. Un placer ínfimo y precioso.

—¿Sigues soñándolo?

—Ya no me hace falta —se inclinó hacia mí para rozarme los labios con los suyos—. Nunca más tendré que soñar. Solo desear.

Le tomé la mano para besarla y observamos el vuelo majestuoso de un águila.

—Esta noche hay un baile. Desearía que estuvieras allí conmigo, para bailar —continuó.

Me puse de pie, la ayudé a incorporarse y comencé a bailar con ella entre las flores silvestres.

—Dime qué te pondrás, para que pueda verte.

Riendo, alzó su cara para mirarme.

—Me pondré seda de tono marfil con un corpiño bajo que mostrará mis hombros y una parte inferior con lantejuelas para capturar la luz. Y mis esmeraldas.

—Una mujer no debería parecer triste al hablar de esmeraldas.

—No —sonrió otra vez—. Estas son muy especiales. Las tengo desde que nació Ethan, y me las pongo para no olvidar.

—¿Qué?

—Que sin importar lo que pase, dejo algo detrás de mí. Los niños son mis verdaderas joyas —cuando una nube tapó el sol, apoyó la cabeza sobre mi hombro—. Abrázame más, Christian.

Ninguno de los dos habló del verano que con tanta celeridad llegaba a su fin, pero sé que ambos pensamos en aquel momento en que mis brazos la sostenían cerca y nuestros corazones latían juntos en el baile. Me invadió la furia de lo que pronto volvería a perder.

—Te daría esmeraldas, diamantes, zafiros —le aplasté los labios con mi boca—. Todo eso y más, Bianca, si pudiera.

—No —alzó las manos a mi cara y vi que las lágrimas centelleaban en sus ojos—. Solo ámame —pidió—. Solo ámame.

Holt llevaba en casa menos de tres minutos cuando supo que alguien había entrado. Podía haber entregado la placa, pero seguía teniendo ojos de policía. No había nada evidentemente fuera de lugar... pero un cenicero se hallaba más cerca del borde de la mesa, una silla ocupaba un ángulo levemente diferente respecto de la chimenea, la esquina de una alfombra se veía levantada.

Alerta, pasó del salón al dormitorio. Allí también encontró señales. Notó el ínfimo cambio en las almohadas, los libros movidos de los anaqueles, mientras cruzaba la habitación para sacar el arma del cajón. Después de comprobar el cargador, la empuñó para continuar la inspección.

Treinta minutos más tarde, guardó la pistola. Tenía el rostro inexpresivo, los ojos duros. Habían movido los lienzos de su abuelo, no mucho, pero lo suficiente para revelarle que alguien los había tocado, los había estudiado. Y esa era una violación que no podía tolerar.

Quienquiera que lo hubiera hecho, era un profesional. Y estaba seguro de quién había sido. Eso significaba que Livingston se hallaba cerca, sin duda bajo otra guisa. Lo bastante cerca como para haber descubierto la relación de Bradford con los Calhoun. Y las esmeraldas.

Mientras acariciaba la cabeza de Sadie, que gemía a sus pies, decidió que ya era algo personal.

Salió por la puerta de la cocina para sentarse en el porche a contemplar el agua con su perro y una cerveza en la mano. Dejaría que su temperamento se serenara y que su mente vagara, analizando todas las piezas del rompecabezas, colocándolas una y otra vez hasta que comenzara a formarse un cuadro.

La clave era Bianca. Debía recurrir a la mente, las emociones y las motivaciones de ella. Encendió un cigarrillo y apoyó los tobillos cruzados en la barandilla del porche mientras la luz empezaba a suavizarse y a convertirse en crepúsculo.

Una mujer hermosa, con un matrimonio infeliz. Si le servían como referencia las mujeres Calhoun que él conocía, Bianca también habría tenido una voluntad fuerte y habría sido apasionada y leal. «Y vulnerable», añadió. Eso se notaba con fuerza en los ojos del retrato, igual que sucedía en los ojos de Suzanna.

También había pertenecido a los peldaños más altos de la escala social, había

sido una de las privilegiadas. Una joven irlandesa de buena familia que había celebrado un matrimonio extremadamente bueno.

Una vez más se parecía a Suzanna.

Dio una calada al cigarrillo y con aire distraído acarició las orejas de Sadie cuando ella acomodó la cabeza sobre su regazo. Su mirada se vio atraída hacia el pequeño arbusto amarillo, la porción de sol que Suzanna le había regalado. Según la entrevista con la antigua doncella, a Bianca también le habían gustado las flores.

Había tenido hijos y en todos los conceptos había sido una madre buena y entregada, mientras que Fergus había sido un padre estricto y desinteresado. Entonces había aparecido Christian Bradford.

Si Bianca realmente lo había tomado como amante, también había asumido un enorme riesgo social. Como la esposa de César, de una mujer en su posición se esperaba que fuera intachable. Bastaría la leve insinuación de una aventura, en particular con un hombre por debajo de ella en rango social, y su reputación habría quedado hecha añicos.

Sin embargo, se había involucrado.

Se preguntó si todo había terminado siendo demasiado para ella. Si había sido devorada por la culpa y el pánico, si habría escondido las esmeraldas como una especie de última exhibición de desafío, para quedar sumida en la desesperación al pensar en la vergüenza y el escándalo del divorcio. Incapaz de enfrentarse a su vida, había elegido la muerte.

No le gustaba. Movi6 la cabeza y soltó una bocanada de humo. No le gustaba el ritmo de las cosas. Quizá estuviera perdiendo objetividad, pero no podía ver a Suzanna rindiéndose y tirándose por los riscos. Y había demasiadas similitudes entre Bianca y su bisnieta.

Quizá debiera tratar de meterse en la cabeza de Suzanna. Si la comprendiera, tal vez pudiera llegar a comprender a su desafortunada antepasada. « Quizá », reconoció al beber otro trago de cerveza, « pueda entenderme a mí mismo ». Los sentimientos que ella le inspiraba parecían sufrir cambios radicales a diario, hasta que ya no sabía con exactitud qué sentía.

Desde luego, estaba el deseo. Pero no era tan simple. Y siempre había contado con que fuera simple.

¿Qué le importaba a Suzanna Calhoun? « Sus hijos », pensó de inmediato. Nadie se acercaba a eso, aunque el resto de su familia los seguía de cerca. Su negocio. Se dejaría la piel para hacer que funcionara. Pero Holt sospechaba que su afán de éxito giraba en torno a sus hijos y su familia.

Inquieto, se levantó y se puso a caminar por el porche. Sabía que también eso era algo que quería. La sencilla quietud de la soledad. Pero allí de pie con la vista clavada en la noche, pensó en Suzanna. No solo en lo que había sentido al tenerla en sus brazos, en cómo le hacía hervir la sangre, sino en cómo sería tenerla en

ese momento a su lado, mientras esperaban que saliera la luna.

Necesitaba meterse en su cabeza, conseguir que confiara en él para que le contara qué sentía, cómo pensaba. Si lograba establecer ese vínculo con ella, estaría un paso más cerca de lograrlo con Bianca.

Pero temía haberse involucrado demasiado. Sus propios pensamientos y sentimientos obnubilaban su juicio. Quería ser amante de ella más de lo que jamás había querido nada. Hundirse en ella, ver cómo se le oscurecían los ojos por la pasión hasta que esa expresión triste y herida quedara completamente desterrada. Hacer que se entregara a él como jamás se había entregado a nadie... ni siquiera al hombre con el que se había casado.

Apretó las manos sobre la barandilla y se inclinó hacia la creciente oscuridad. Solo, envuelto bajo el manto de la noche, reconoció que seguía el mismo patrón que su abuelo.

Estaba enamorándose de una Calhoun.

Era tarde cuando entró en la casa. Más tarde aún cuando logró dormir.

Suzanna no había dormido nada. Toda la noche había permanecido despierta tratando de no pensar en las dos maletas pequeñas que había preparado. Cuando al fin consiguió no pensar en eso, lo había hecho en Holt. Los pensamientos sobre él la habían agitado aún más.

Se había levantado al amanecer para añadir unas pocas cosas y cerciorarse de que había incluido algunos de los juguetes favoritos de sus hijos con el fin de que no añoraran demasiado.

Durante el desayuno se había mostrado alegre, y agradecido a la presencia de su familia para darle apoyo y ánimos. Los dos pequeños habían estado enfurruñados y mohínos, pero al mediodía ya había conseguido sacarlos de ese estado de ánimo.

A la una, tenía los nervios a flor de piel y los niños volvían a estar caprichosos. A las dos temió que Bax hubiera olvidado todo, y se vio sumida entre la furia y la esperanza.

A las tres había llegado el coche, un Lincoln negro y brillante. Quince horribles minutos más tarde, sus hijos se habían ido.

No podía quedarse en casa. Coco se había mostrado muy amable y comprensiva y Suzanna había temido que las dos se disolvieran en un charco de lágrimas. Tanto por el bien de su tía como por el suyo propio, decidió ir a trabajar.

Juró que se mantendría ocupada. Tanto que cuando los niños regresaran, apenas habría notado su ausencia.

Pasó por la tienda, pero la simpatía y la curiosidad de Carolanne estuvieron a punto de volverla loca.

—No pretendo incordiarte —se disculpó Carolanne cuando las respuestas de Suzanna fueron secas—. Solo me preocupo por ti.

—Estoy bien —elegía plantas casi con un cuidado obsesivo—. Y lamento estar crispada contigo, pero hoy no es uno de mis mejores días.

—Y yo soy demasiado curiosa —siempre de buen humor, Carolanne se encogió de hombros—. Me gustan las de tono salmón —comentó mientras Suzanna elegía entre un grupo de flores de Nueva Guinea—. Escucha, si quieres desahogarte un poco, llámame. Podemos tener una salida de chicas.

—Te lo agradezco.

—Cuando quieras —insistió Carolanne—. Es un conjunto precioso de plantas —añadió cuando Suzanna se puso a cargar la selección en la camioneta—. ¿Tienes otro trabajo?

—Es para pagar una deuda —se subió al vehículo, saludó con la mano y se fue.

De camino a la casa de Holt, ocupó la mente distribuyendo una y otra vez el cuadro de flores. Ya había elegido el punto, próximo al porche delantero, para que él pudiera disfrutarlo siempre que entrara o saliera de la cabaña. Le gustara o no.

El trabajo le ocuparía el resto del día, luego se relajaría dando un paseo por los riscos. El día siguiente estaría en la tienda, luego dedicaría las últimas horas de la tarde a los jardines de Las Torres.

Uno a uno, los días irían pasando.

Después de aparcar no se molestó en anunciarse, sino que se puso a trabajar de inmediato. El resultado no fue el que había esperado. Mientras cavaba y trabajaba la tierra, no obtuvo ninguna relajación. Su mente no se vació de preocupaciones ni se llenó con el placer de plantar. En su lugar, un dolor de cabeza comenzó a pincharla detrás de los ojos. Lo soslayó, llevó un compuesto de tierra en la carretilla y lo vertió sobre el cuadro de plantas. Mientras lo alisaba con el rastrillo salió Holt.

Llevaba casi diez minutos observándola detrás de la ventana, odiando el hecho de que los hombros fuertes estuvieran encorvados y los ojos apagados por la tristeza.

—Pensé que ibas a tomarte el día libre.

—Cambió de idea —sin levantar la vista, llevó la carretilla de vuelta a la camioneta y la cargó con plantas.

—¿Qué diablos es eso?

—Tu paga. Este es nuestro trato.

Ceñudo, bajó un par de escalones.

—Dije que tal vez podrías plantar un par de arbustos.

—Estoy plantando flores —apisonó la tierra—. Cualquiera con un mínimo de imaginación puede ver que este sitio pide flores a gritos.

« De modo que quiere pelear », notó, apoyándose en los talones. « Bueno, puedo complacerla ».

—Habría sido mejor que me consultaras antes de convertir el patio en una zanja.

—¿Por qué? Habrías puesto una expresión desdenosa y hecho algún comentario machista.

—Es mi jardín, encanto —bajó otro peldaño.

—Y yo estoy plantando flores en él. Encanto —alzó la cabeza.

« Si, está lo bastante furiosa, como para soltar clavos por la boca », pensó Holt. « Y también se siente desdichada ».

—Si no quieres molestarte en regarlas o cuidarlas —continuó Suzanna—, yo lo haré. ¿Por qué no vuelves dentro y dejas que yo me ocupe de todo?

Sin aguardar una respuesta, regresó al trabajo. Holt se sentó mientras ella añadía lavándulas y consuealdas, dalias y violas. Fumó con despreocupación, notando que las manos de ella mostraban la seguridad y gracilidad de siempre.

—Plantar flores no parece ayudarte a mejorar tu estado de ánimo.

—Mi estado de ánimo está bien. De hecho es perfecto —arrancó una rama y maldijo—. ¿Por qué no iba a serlo solo por haber tenido que ver a Jenny subirse a ese maldito coche con lágrimas en los ojos? ¿Solo por haber tenido que apartarme y sonreírle a Alex cuando me miró con boca temblorosa y expresión que me suplicaba que no lo dejara ir? —cuando los ojos se le llenaron de lágrimas, se las apartó—. ¿Y por haber tenido que soportar que Bax me acusara de ser una madre sobreprotectora y castradora que estaba convirtiendo a sus hijos, sus hijos, en seres débiles?

Metió la pala en la tierra.

—No son tímidos ni débiles —continuó con vehemencia—. Solo son niños. ¿Por qué no iban a tener miedo de ir con él, cuando apenas lo conocen? Y con su mujer, que estaba allí con su traje italiano y zapatos de tacón alto con aspecto angustiado y desvalido. No sabrá que hacer si Jenny sufre una pesadilla o a Alex le duele el estómago. Y yo los dejé ir. Me quedé quieta y dejé que se subieran a ese maldito coche con dos desconocidos. Así que me siento bien. Fantásticamente bien.

Se levantó para llevar la carretilla a la camioneta. Cuando regresó para extender la turba, él se había ido. Se obligó a realizar la tarea con cuidado, recordándose que al menos allí tenía el control.

Holt volvió con una manguera conectada al otro lado de la casa y dos cervezas en la mano.

—Yo las regaré. Bebe una cerveza.

Se secó la frente con la mano y frunció el ceño.

—No bebo cerveza.

—Es lo único que tengo —le puso una lata en la mano, luego apretó el gatillo

del rociador—. Creo que ya sé cómo llevar a cabo esta parte —comentó con tono seco—. ¿Por qué no te sientas?

Suzanna fue a los escalones y se sentó. Debido a que estaba sedienta, bebió un trago largo, luego apoyó el mentón en la mano y lo observó. Había aprendido a no ahogar las plantas ni a machacarlas con un chorro fuerte. Suspiró y volvió a beber un trago.

«Ni una palabra de simpatía», pensó. «Ni una palmada de aliento ni la afirmación de comprender cómo me siento». Le había dado exactamente lo que necesitaba, una pared silenciosa, contra la que arrojar su desdicha y furia. «¿Sabrá que me ha ayudado?». No estaba segura, pero sí sabía que había ido a verlo no solo para plantar flores, no solo para escapar de su casa, sino porque lo amaba.

Desde que el sentimiento se había abierto y florecido en su interior, no se había dado tiempo para reflexionar sobre ello. Tampoco se había dado la oportunidad de preguntarse qué significaría para cualquiera de los dos.

No era algo que ella quisiera. Jamás quería volver a amar, no quería arriesgarse a verse sometida al dolor y a la humillación provocados por un hombre. Pero había sucedido.

No lo había buscado. Únicamente había anhelado paz mental, seguridad para sus hijos, una simple satisfacción para sí misma. Sin embargo, lo había encontrado.

No sabía cuál podría ser la reacción de él si se lo decía. «¿Satisfará su ego? ¿Lo sorprenderá, espantará o divertirá?». Mientras pasaba un brazo alrededor del perro que había ido a reunirse con ella, se dijo que no importaba. Por el momento, quizá para siempre, el amor era suyo. Ya no esperaba que las emociones se compartieran.

Holt cortó el agua. El cuadro colorido añadía encanto a la sencilla cabaña de madera. Incluso le agradaba reconocer algunos de los capullos por su nombre. No iba a preguntarle a ella por aquellos que desconocía. Ya los buscaría.

—Se ve muy bien.

—Casi todas son plantas perennes —indicó Suzanna con el mismo tono de voz casual—. Pensé que te gustaría verlas renacer un año tras otro.

Era posible, pero también sabía que recordaría con claridad lo dolida e infeliz que había parecido ella al plantarlas. No quiso detenerse demasiado en lo mucho que lo molestaba imaginar a Alex y a Jenny subiendo con lágrimas en los ojos a un coche que se los llevaba lejos.

—Huelen muy bien.

—Es por las lavándulas —respiró hondo antes de levantarse—. Iré a cerrar el grifo de la manguera —casi había girado por la esquina cuando él pronunció su nombre.

—Suzanna. Estarán bien.

Sin confiar en su voz, ella asintió y continuó. Se hallaba agachada, con la cara del perro cerca, cuando Holt llegó a su lado.

—¿Sabes?, si pusieras algunos lirios y algunas siemprevivas en ese cuadro, solventarías casi todos los problemas de erosión.

Colocó una mano bajo el codo de ella para ayudarla a erguirse.

—¿Trabajar es lo único que aleja tu mente de los problemas?

—Casi siempre.

—Tengo una idea mejor.

—De verdad que no... —el corazón le dio un vuelco.

—Vayamos a dar un paseo.

—¿Un paseo? —parpadeó.

—En el barco. Disponemos de un par de horas antes de que anochezca.

—Un paseo en barco —repitió, ajena a que lo había divertido con su prolongado suspiro de alivio—. Eso me gustaría.

—Bien —la tomó de la mano y la llevó hasta el embarcadero—. Suelta las amarras.

Cuando el perro saltó al lado de él, Suzanna comprendió que se trataba de una vieja costumbre. Para un hombre que quería dar la impresión de no tener sentimientos, resultaba revelador que se llevara a un perro de compañía cuando se adentraba en el mar.

El motor cobró vida. Holt aguardó hasta que Suzanna subió a bordo antes de poner rumbo hacia la bahía.

El viento le abofeteó la cara. Riendo, se sujetó la gorra con una mano para evitar perderla en el aire. Después de encasquetársela, se reunió con él ante el timón.

—Hace meses que no navego —gritó por encima del ruido del motor.

—¿Qué sentido tiene vivir en una isla si no sales nunca al agua?

—Me gusta contemplarla.

Sadie le ladró a las gaviotas y luego se acomodó sobre los cojines del barco con la cabeza en el costado, para que el viento pudiera agitarle las orejas.

—Tienes que llevarla otra vez a casa —comentó ella—. Fred no ha vuelto a ser el mismo desde que la conoció.

—Algunas mujeres le hacen lo mismo a un hombre —la brisa salada le llevaba el olor de Suzanna, envolviéndolo en torno a sus sentidos. La tenía cerca. La expresión de sus ojos seguía siendo distante y atribulada, y supo que no pensaba en él.

Avanzó con destreza entre el tráfico de la bahía. A estribor, el barco de tres mástiles de la isla entraba en el puerto con su multitud de turistas.

La bahía dio paso al mar y el agua se tornó menos serena. Los riscos se alzaban en el aire. Las Torres, arrogantes y desafiantes, se erguían en su loma, mirando hacia el pueblo y el mar. Su sombría piedra gris reflejaba la tonalidad

de las nubes de lluvia que había al oeste. Como un espejismo, el jardín de Suzanna representaba unas vetas de colores.

—A veces cuando iba a capturar langostas con mi padre, alzaba la vista para contemplarlo —« y pensar en ti»—. El castillo Calhoun —murmuró Holt—. Así lo llamaba él.

Suzanna sonrió y se protegió los ojos mientras estudiaba la imponente casa en los riscos.

—Para mí es mi casa. Siempre ha sido eso. Cuando la miro, pienso en la tía Coco preparando alguna receta nueva de cocina y en Lilah durmiendo en el salón. En los niños que juegan en el jardín o corren por las escaleras. En Amanda sentada a su escritorio, mientras se abre paso de manera meticulosa por las montañas de facturas que son necesarias para mantener firme un hogar. En C. C. al sumergirse bajo el capó de una vieja furgoneta para ver si consigue obrar un milagro y sacar un año más de vida al motor. A veces veo a mis padres riendo a la mesa de la cocina, tan jóvenes... tan vivos, llenos de planes —giró para mantener la casa a la vista—. Tantas cosas han cambiado y cambiarán. Pero la casa está ahí. Eso me consuela. Lo tienes que entender, o no habrías elegido vivir en la cabaña de Christian, con todos sus recuerdos.

Él lo entendía muy bien y eso lo incomodaba.

—Quizá solo me gusta tener una casa junto al agua.

Suzanna contempló cómo desaparecía la torre de Bianca antes de volverse para mirarlo.

—Los sentimientos no te debilitan, Holt.

—Jamás pude estar cerca de mi padre —afirmó, mirando ceñudo el agua—. Todo lo encarábamos desde direcciones distintas. A mi abuelo jamás tuve que explicarle o justificarle nada de lo que sentía o quería. Él simplemente lo aceptaba. Imagino que supuse que había un motivo para que me legara la casa cuando murió, aun cuando yo apenas era un niño.

Que compartiera eso con ella la conmovió.

—Así que volviste a vivir en su cabaña. Siempre regresamos a lo que amamos.

Quiso preguntarle más, cómo había sido su vida durante los años de su ausencia, por qué le había dado la espalda al trabajo de policía para dedicarse a reparar motores, si había estado enamorado y si le habían roto el corazón. Pero él le dio más potencia al motor e hizo que la embarcación surcara las aguas.

Holt no había salido al mar para tener pensamientos profundos, para preocuparse o cuestionarse las cosas. Había salido para darle a Suzanna, y a sí mismo, una hora de relajación, un descanso de la realidad. El viento y la velocidad surtían ese milagro especial en él. Cuando la oyó reír, cuando la vio alzar la cara hacia el sol, supo que había elegido bien.

—Ven, toma el timón.

Era un desafío. Pudo oírlo en su voz, en sus ojos cuando le sonrió. Suzanna no vaciló.

Las manos de ella eran firmes y competentes ante el timón. La expresión melancólica de sus ojos quedó reemplazada por un intenso júbilo que le aceleró la sangre. Tenía la cara encendida por la excitación, húmeda por las gotas de oleaje. En ese momento no parecía una princesa, sino una reina que conocía su propio poder y estaba dispuesta a emplearlo.

La dejó correr en la dirección que quiso, sabiendo que terminaría donde Holt la había querido casi toda la vida. No esperaría otro día. Ni siquiera una hora más.

Suzanna jadeaba y reía cuando le devolvió el mando del timón.

—Había olvidado cómo era. Hace cinco años que no llevo una embarcación.

—Lo has hecho muy bien —mantuvo alta la velocidad al virar en un amplio círculo.

—Dios, hace frío —sin dejar de reír, se frotó los brazos.

Él la miró y sintió un golpe en las entrañas. Suzanna resplandecía... sus ojos eran tan azules como el cielo, pero más vitales, los finos pantalones y la blusa de algodón estaban pegados a su cuerpo esbelto, el cabello le caía por debajo de la gorra.

Cuando sintió las palmas de las manos húmedas sobre el volante, apartó la vista y comprendió que se había enamorado.

—Hay una chaqueta en el camarote.

—No, es maravilloso —cerró los ojos y dejó que las sensaciones la sacudieran. El viento salvaje, el rugido del motor y la estela del agua. Podrían haber estado completamente solos, sin nada más que la excitación y la velocidad, libres para avanzar en aquella fabulosa soledad.

No quería regresar. Aspiró profundamente el aire penetrante y pensó en lo liberador que sería correr y correr sin seguir ninguna dirección, yendo hacia donde la llevara la corriente.

Pero el aire ya empezaba a calentarse. Habían dejado de estar solos. Oyó la prolongada bocina de un barco turístico mientras Holt reducía la velocidad y se deslizaba hacia el puerto.

«Es demasiado hermoso», pensó. «Volver a casa. Conocer tu lugar, convencida de la bienvenida». Suspiró por la familiaridad de todo. El agua azul de Frenchman Bay oscureciéndose con el día, los edificios atestados de gente, el sonido de las boyas. Resultaba más tranquilizador después de una carrera hacia ninguna parte.

Navegaron en silencio por la bahía y fueron despacio hasta el malecón de Holt. Pero Suzanna estaba relajada cuando saltó al embarcadero para asegurar los cabos, cuando acarició al perro apoyado contra sus piernas, suplicando atención.

Holt saltó con agilidad y se plantó con las piernas abiertas.

—Se avecina una tormenta.

Suzanna alzó la vista y vio que las nubes se acercaban despacio pero inexorables hacia tierra.

—Es verdad. No nos vendría mal un poco de lluvia —« es una tontería» , pensó, « sentirme incómoda y ponerme a hablar del tiempo» —. Gracias por el paseo. Lo he disfrutado.

—Bien —el embarcadero osciló cuando avanzó.

Suzanna retrocedió dos pasos y se sintió mejor cuando sus pies tocaron tierra firme.

—Si tienes la oportunidad, este fin de semana tal vez puedas llevar a Sadie para que visite a Fred. Se sentirá solo sin los chicos.

—De acuerdo.

Ella había atravesado medio jardín y Holt seguía a medio metro de distancia. De no haberlo considerado algo paranoico, habría dicho que la hostigaba.

—El arbusto va bien —lo tocó con los dedos al pasar a su lado—. Pero es necesario que alimentes este jardín. Podría recomendarte un programa sencillo y barato.

—Hazo —sonrió un poco, aunque sin quitarle los ojos de encima.

—Bueno, y o... se hace tarde. La tía Coco...

—Sabe que ya eres mayorcita —la tomó por el brazo—. Esta noche no irás a ninguna parte, Suzanna.

Quizá si hubiera sido más inteligente o experimentada, habría evaluado su estado de ánimo antes de que la hubiera tocado. Ya no había manera de confundirlo, no cuando los dedos la marcaban con tensa posesión, no cuando las necesidades de Holt, y su intención de satisfacerlas, estaban tan claras en sus profundos ojos grises.

Deseó poder haber estado tan segura de su propio estado de ánimo y de sus necesidades.

—Holt, te dije que necesitaba tiempo.

—El tiempo se ha acabado —repuso con sencillez.

—No pretendo llevarlo como algo casual.

El calor ardió en los ojos de él. Desde kilómetros en la distancia les llegó el violento rugido del trueno.

—No hay nada casual en ello. Los dos lo sabemos.

Ella lo sabía, y ese conocimiento resultaba aterrador.

—Creo...

—Piensas demasiado —él maldijo y la alzó en vilo.

En cuanto pasó la sorpresa, Suzanna se debatió. Por ese entonces, él la había llevado hasta el porche trasero.

—Holt, no quiero verme presionada —la mosquitera se cerró a su espalda.

¿Es que él no sabía que tenía miedo? Temía que la encontrara aburrida y la abandonara, destrozada—. No pienso permitir que se me precipite.

—Si te dejara salirte con la tuya, necesitaríamos quince años más —con el pie empujó la puerta del dormitorio y la soltó sobre la cama. No era lo que había planeado, pero se hallaba demasiado tenso por el miedo y el anhelo como para pensar en palabras suaves.

Al instante ella se incorporó y se plantó junto a la cama, esbelta y recta como un arco. La decreciente luz entraba por la ventana a su espalda.

—Si piensas que puedes traerme aquí como si fuera un fardo para tirarme sobre la cama...

—Es exactamente lo que he hecho —no dejó de mirarla mientras se quitaba la camisa—. Estoy cansado de esperar, Suzanna, y estoy cansado de desear. Vamos a hacerlo a mi manera.

Ella ya sabía lo que era eso. Se le hundió el corazón. Solo que entonces quien le había ordenado que se metiera en la cama había sido Bax, desnudándose antes de ponerse encima de ella para exigir sus derechos maritales, con rapidez, dureza y sin afecto. Y después, lo único que le ofreció fue su desdén y disgusto.

—Tu manera no es nada nueva —soltó con voz tensa—. Y no me interesa. No estoy obligada a irme a la cama contigo, Holt. A dejar que exijas, tomes y me digas que no soy lo bastante buena para satisfacerte. No pienso dejar que nadie más vuelva a utilizarme.

Él la aferró por los brazos antes de que pudiera irse de la habitación, la pegó a él mientras Suzanna se debatía y maldecía y le tapó la boca con sus labios encendidos. La fuerza del beso la mareó. Habría trastabillado si los brazos de él no la hubieran sostenido con fuerza.

Por encima del miedo y de la cólera, surgieron sus necesidades. Quería gritarle por provocárselas, por dejarla descarnada, desnuda e indefensa. Pero únicamente pudo aferrarse a él.

Con respiración ya jadeante y entrecortada, Holt la mantuvo a la distancia de los brazos. Los ojos de ella contenían tantos secretos como la medianoche. Se prometió que los iba a descubrir. Uno a uno los averiguaría todos. Y empezaría esa noche.

—Aquí nadie va a ser utilizado, y únicamente pienso tomar lo que me des —flexionó los dedos tensos sobre los brazos de ella—. Mirame, Suzanna. Mirame y dime que no me deseas, y te dejaré ir.

Ella entreabrió los labios. Lo amaba y ya no era una muchacha que podía guardar ese amor para sí misma. Si no era tan fuerte como creía y capaz de mantener separados el corazón y el cuerpo, entonces no tenía más alternativa que unirlos. Si el corazón se le rompía, sobreviviría.

¿Acaso no les había prometido a ambos que no habría lamentaciones?

Con gentileza alzó una mano hacia la de Holt, aunque no esperaba gentileza a

cambio. Era una elección que asumía con libertad.

—No puedo decirte que no te deseo. No hace falta seguir esperando.

Si sus nervios no hubieran estado enmarañados, si su necesidad no hubiera sido tan aguda, quizá hubiera podido mostrarle ternura. Si la sangre no le hubiera hervido, si el deseo no hubiera sido tan codicioso, habría tratado de ofrecerle romanticismo. Pero estaba seguro de que si no la poseía en ese momento, si no la poseía con rapidez, se fragmentaría en cientos de trozos de desesperación.

De modo que su boca se vio dominada por la fiebre de la impaciencia, las manos mostraron su urgencia. Nada más probar el potente sabor de Suzanna, comprendió que ya era suya. Pero no bastaba. Quizá nunca pudiera ser suficiente.

Ella no tembló ni titubeó. La vulnerabilidad quedó guardada en una generosidad que impulsaba a Holt a saciarse. Mientras ella le acariciaba la espalda, él solo percibió su deseo, nada de sus dudas.

Le quitó la gorra, luego la cinta que le sujetaba el pelo para sostener entre los dedos esos mechones sedosos. Y las manos que lo sujetaban se mostraban inseguras mientras con la boca él la devoraba sin piedad.

Suzanna se abrió a él y soltó un gemido suave y ronco de placer mientras la lengua de Holt penetraba para entablar un duelo con la suya. El vibrante anhelo de él no tardó en excitarla. Se había puesto de puntillas y el cuerpo le temblaba con pasiones largo tiempo contenidas.

Y experimentaba el miedo de no saber qué sería de ella si perdía ese último asidero sobre su control. Debía mostrarle que podía ofrecer placer, hacerlo disfrutar y que siguiera deseándola. Si fallaba en ese momento, si no conseguía demostrar que era una mujer, corría el riesgo de que Holt pensara que no estaba a la altura de su fantasía.

Sin embargo, jamás la habían deseado de ese modo. No con esa violencia de anhelo que vibraba en el aire y hacía que cada respiración fuera una tentación. Se pegó a él, con la esperanza de que lo que tenía que dar bastara mientras se dejaba llevar por la abrumadora marea de sensaciones.

Él le llenó la cara de besos, y luego bajó el cuello y la mordisqueó. Y las manos... Dios, las manos eran veloces y letales.

Suzanna debía mantener la cordura, pero las rodillas le temblaron y la mente le remolineó bajo ese ataque a sus sentidos. Desesperada, clavó las uñas en la espalda de Holt mientras luchaba por regresar del precipicio y trataba de

recordar qué le gustaría a un hombre.

Temblaba como un arco tenso, tan tenso que creyó que iba a quebrarse en las manos de él. Se contenía. Saber que podía hacerlo cuando Holt estaba medio enloquecido provocó una especie de furia virulenta. Él le arrancó la blusa al tirarla a la cama.

—Maldita sea, lo quiero todo —jadeando, le rodeó las muñecas y le subió los brazos por encima de la cabeza—. Lo tendré todo —bajó la boca para capturar la de ella.

El cuerpo de Holt era como un horno, y su piel ardiente y húmeda se fundía con la de Suzanna de una forma que la hacía temblar llena de maravilla. Los dedos férreos la sujetaban mientras la mano libre la recorría en un asalto implacable. Ella podía sentir la furia, probar el deseo frustrado y airado. Desesperada, trató de respirar y suplicarle que esperara, que le diera un momento, pero solo consiguió emitir unos gemidos entrecortados.

Una vez más el trueno retumbó, en esa ocasión más cerca, advirtiéndole de su poder.

Cuando la boca de Holt encontró su pecho, soltó un gruñido de placer. Ella era tan suave como una brisa estival y tan potente como el whisky. Mientras se retorció debajo de él, humedeció y tiró del pezón tenso, perdiéndose en el sabor y la textura mientras en su boca sentía los latidos de Suzanna.

Y ella deseaba tanto como él. Podía sentir cómo la excitación urgente la atravesaba con furia, la oía en su respiración rápida. Las caderas de Suzanna se arquearon y se alzaron contra él hasta que lo dejaron sin sentido. Holt descendió más y con los dientes le mordisqueó el torso mientras la lengua dejaba un rastro húmedo sobre el vientre.

Ella aprovechó las manos libres para sujetarlo por el pelo. No podía respirar. Necesitaba decirselo. Tenía el cuerpo lleno de dolores y calor. Necesitaba...

Necesitaba.

Alguien gritó. Suzanna oyó el sonido veloz y desesperado, sintió que salía desgarrado de su garganta mientras arqueaba el cuerpo. Mundos enteros estallaron dentro de ella con un rugido más grande que el trueno que bramaba sobre sus cabezas. Aturdida, yació temblorosa mientras él levantaba la cabeza para mirarla.

Los ojos de Suzanna estaban oscuros y el rostro acalorado. El cuerpo seguía temblándole mientras sus manos caían flojas otra vez sobre la cama deshecha. No había pensado lo que le haría ver esa clase de placer abotargado en el rostro de ella.

Pero sí sabía que quería más.

Holt volvía a elevarla antes de que pudiera recuperarse. Solo era capaz de abrazarse a la velocidad y al entusiasmo del peligro. Cuando la lluvia comenzó a caer, Suzanna rodó con él, demasiado mareada para asombrarse de su propia

codicia. Sus manos estaban tan predisuestas como las de Holt, su boca era igual de despiadada. Cuando él le quitó los pantalones, el jadeo que emitió fue de triunfo. Con dedos tan impacientes como los de él, lo desvistió para recorrer la piel encendida.

Quería tocarlo con tanta urgencia como necesitaba ser tocada. Poseer al tiempo que era poseída. Anhelaba la locura, la turbulenta ansia que no había creído que podría sentir, y ese deseo tempestuoso que se erguía como un lobo salvaje dispuesto a consumir.

Los dos habían olvidado todo pensamiento de control. Cuando Holt la elevó más y más alto, Suzanna sobrevoló cada cima con el deseo de más. Más era lo que él quería darle y lo que quería tomar. Mientras la sangre surcaba sus venas como ríos de fuego, la penetró, reclamando la posesión en un frenesí de velocidad y calor. Ella no se quedó atrás.

Volvían a estar solos, pero en esa ocasión el mar se agitaba con violencia y el aire ardía. Al fin habían llegado hasta el poder y la libertad. La velocidad era temeraria, el viaje un riesgo glorioso. Lo sintió temblar, enterrar la cara en su pelo al llegar al fin del trayecto. Suzanna, enganchada a él, lo siguió.

Durante quince años se había preguntado cómo sería. Desde adolescente hasta hombre había soñado con ella, la había imaginado y deseado. Ninguna de sus fantasías se había aproximado a la realidad. Ella había sido como un volcán, primero temblorosa y ardiente, para luego estallar en todo su calor. En ese momento yacía floja debajo de él, el cuerpo blando por las pasiones saciadas. El cabello le olía a sol y a mar. Holt pensó que podría quedarse así una eternidad, pegado a ella con la lluvia martilleando sobre el techo y el viento agitando las cortinas.

Pero quería verla.

Al moverse, ella emitió un sonido leve de protesta y alargó la mano. Él no dijo nada, simplemente la besó hasta que volvió a relajarse. Luego encendió la lámpara de la mesita.

Estaba hermosa con el pelo extendido sobre la almohada, la piel brillante, la boca suave y plena. Suzanna se puso tensa, pero él soslayó su incomodidad mientras realizaba un estudio minucioso del resto.

Ella no sabía qué decir ni cómo se suponía que debía actuar. Sabía que Holt la había llevado a un lugar nuevo, un lugar extraordinario, pero no tenía ni idea de si él había experimentado el mismo viaje fantástico. Cuando lo vio fruncir el ceño sintió un nudo en el estómago. Con los ojos entrecerrados, él le pasó un dedo por el cuello, por los montículos de los pechos.

—Tendría que haberme afeitado —indicó él con brusquedad, odiando el hecho de que le había arañado y enrojecido la piel—. Podrías haberme dicho

que te estaba haciendo daño.

—Supongo que no lo noté.

—Lo siento —le besó el cuello con suavidad. La expresión de aturrida sorpresa hizo que se sintiera como un idiota. Cuando se apartó, ella tanteó en busca de su mano.

—No me has hecho daño —musitó Suzanna—. Ha sido maravilloso —aguardó, con la esperanza de que él dijera lo mismo.

—He de dejar entrar a la perra —su voz sonó áspera, pero le apretó los dedos antes de salir de la habitación.

En ese momento oyó los gemidos y las patas contra la mosquitera. Se dijo que no era un rechazo. Solo significaba que él podía pasar de la pasión al pragmatismo con más rapidez que ella. Habían compartido algo vital. Podía aferrarse a eso. Se sentó, más que un poco asombrada al ver el estado de la cama. El edredón se hallaba en el suelo, las sábanas amontonadas al pie, la ropa, o lo que quedaba de ella, diseminada entre la de Holt.

Se puso de pie e, incómodamente desnuda, se enfundó la camisa de él antes de recoger la suya. Quedaba un único botón de cinco que había tenido. Riendo, la pegó a su pecho y se agachó para buscar los botones. Se maravilló de haber sido deseada de esa manera. Nunca lo olvidaría.

—¿Qué haces?

Levantó la vista para verlo de pie en la puerta. Con un sobresalto, pensó que era evidente que ir desnudo no lo molestaba. Parecía enfadado. Suzanna deseó entender qué había o no había hecho para provocarle ese ceño.

—Mi blusa —repuso—. He encontrado los botones —los sostuvo en una mano mientras en la otra sujetaba la prenda de algodón—. ¿Tienes hilo y aguja?

—No —¿es que no sabía lo que le hacía allí de pie sin otra cosa que su camisa, con el pelo revuelto y los parpados pesados? ¿Quería ponerlo de rodillas para que suplicara?

—Oh —tragó saliva y trató de sonreír—. Bueno, los coseré en casa. Si me prestas tu camisa, será mejor que me vaya.

Él cerró la puerta a su espalda.

—No —repetió, y cruzó la habitación para tomarla.

La lluvia cesó al amanecer, dejando el aire limpio. Suzanna despertó con la perezosa música del agua que goteaba desde los canalones. Antes de que su mente se hubiera adaptado a su entorno, su boca fue tomada en un beso hambriento y ardiente. En un salto jadeante su cuerpo se vio catapultado del sueño al deseo.

Había despertado deséandola. Esa necesidad ardiente no quería mitigarse, sin importar lo mucho que tomara, lo dispuesta que ella estaba a dar. No había

palabras, al menos ninguna que él conociera, que pudiera expresar lo que Suzanna había llegado a significar para él. Había pasado de ser la fantasía del joven a la salvación del hombre.

Solo podía demostrárselo.

La cubrió. La llenó. Al observar su cara bajo la acuosa luz de la mañana, supo que jamás quedaría satisfecho hasta que ella estuviera con él.

—Eres mía —soltó las palabras como una maldición mientras el cuerpo de Suzanna temblaba bajo el suyo—. Dilo —enterró la cara en su cuello—. Maldita sea, Suzanna, dilo.

No fue capaz de pronunciar nada salvo el nombre de él mientras la arrastraba hasta el abismo.

Cuando las manos de ella cayeron flojas de su espalda. Holt rodó hasta dejarla encima. Estaba satisfecho con la cabeza de Suzanna apoyada en su corazón. Se dijo que ya la había sacudido bastante. Pero había anhelado oír las palabras.

Ella tenía el cuerpo dolorido y se sentía en la gloria. Sonrió al oír el martilleo del corazón de Holt y la belleza líquida de la canción de un pájaro mañanero.

Abrió los ojos y levantó la cabeza.

—Es la mañana —dijo.

—Es lo que por regla general sucede cuando sale el sol.

—No, yo... debí quedarme dormida.

—Si —le acarició la espalda—. Te quedaste dormida antes de que pudiera interesarte en otro asalto —ella se ruborizó pero cuando intentó incorporarse, la mantuvo firmemente en su sitio—. ¿Vas a alguna parte?

—He de volver a casa. La tía Coco debe estar frenética.

—Sabe dónde estás —como era más fácil mantenerla quieta de la otra manera, invirtió las posiciones y comenzó a mordisquearle el cuello—. Y lo más probable es que tenga una idea bastante certera de lo que has estado haciendo.

—No le dije adónde iba —sin muchas esperanzas de poder moverlo, lo empujó.

—La llamé anoche cuando dejé pasar a Sadie. ¿Quieres rascarme la espalda? Justo en la zona lumbar.

Obedeció de forma automática, aun cuando la cabeza le daba vueltas.

—Tú... tú le contaste a mi tía...

—Le dije que te encontrabas conmigo. Supuse que sabría deducir el resto. Eso está bien. Gracias.

Suzanna suspiró. Sabía muy bien que a la tía Coco no le habría costado sumar dos más dos. Y no había ningún motivo para sentirse incómoda o avergonzada. Pero experimentaba ambas cosas. Y no solo por su tía, sino también por tener el cuerpo desnudo de un hombre sobre el suyo.

Una cosa había sido estar con él por la noche. Pero encararlo a plena luz de la

mañana...

—¿Qué sucede? —él levantó la cabeza para estudiarla.

—Nada —cuando Holt enarcó una ceja, trató de encogerse de hombros—. Es que ya no estoy segura de lo que debo hacer. Nunca antes había pasado por esta situación.

—¿Cómo tuviste dos hijos? —le sonrió.

—No, quería decir que nunca... quiero decir que jamás...

—Bueno, pues ve acostumbrándote —la sonrisa se tornó más amplia—. ¿Quieres que te ponga al día del protocolo que se emplea para la mañana después?

—Quiero que dejes de burlarte de mí.

—Se supone que debes decirme que estuve increíble.

—¿Yo? —frunció el ceño.

—Eso, y otros superlativos que se te puedan ocurrir. Luego se supone que debes prepararme el desayuno, para mostrarme la versatilidad de tu talento.

—No sabes lo agradecida que te estoy por ponerme al corriente del procedimiento adecuado.

—No es nada. Y después de que me prepares el desayuno, deberías seducirme para convencerme de regresar a la cama.

Ella rio y apoyó la mejilla contra la suya en un movimiento que desarmó y encantó a Holt.

—Tendré que practicar, aunque podría arreglarme con unos huevos revueltos.

—Comunicame si encuentras alguno.

—¿Tienes una bata?

—¿Para qué?

—Olvidalo —se puso de pie e instintivamente le dio la espalda mientras tanteaba en el suelo en busca de la camisa de él—. ¿Y qué haces tú mientras yo preparo el desayuno?

—Te miro.

Y disfrutó viendo como se movía por su cocina, con la camisa cubriéndole los muslos al tiempo que el aroma del café impregnaba la atmósfera.

Ocupada en tareas familiares, Suzanna se sentía más relajada. El arbusto que habían plantado era una isla de luz más allá de la ventana y la brisa aún olía a lluvia.

—¿Sabes? —indicó ella mientras añadía queso a los huevos—, no te vendría mal tener algo más que una tostadora, un cazo y una sartén.

—¿Por qué? —se sentó y dio una calada al cigarrillo.

—Bueno, algunas personas utilizan este cuarto para preparar comidas completas.

—Únicamente si desconocen que pueden pedir las por teléfono —vio que el café ya estaba hecho y se levantó para servir dos tazas—. ¿Con qué lo quieres?

—Solo. Necesito la vitalidad que pueda darme.

—Si quieres saberlo, lo que necesitas es dormir más.

—He de estar trabajando dentro de una hora —con el cuenco con huevos en la mano, miró por la ventana.

—No —él reconoció la expresión y le apretó el hombro.

—Lo siento —se volvió para verter los huevos batidos en la sartén—. No puedo evitar preguntarme qué están haciendo, si se lo pasan bien. Nunca antes habían estado lejos de mí.

—¿Su padre no se los ha llevado ningún fin de semana?

—No, solo un par de tardes que no tuvieron demasiado éxito —intentó desterrar ese estado de ánimo mientras movía los huevos—. Bueno, únicamente quedan trece días.

—De esa manera no ayudarás ni a los niños ni a ti —lo dominó la impotencia mientras luchaba por masajear la tensión de los hombros de Suzanna.

—Estoy bien. Estaré bien —corrigió—. Tengo más que suficiente para mantenerme ocupada las siguientes dos semanas. Y con los chicos fuera, podré dedicar más tiempo a encontrar las esmeraldas.

—Eso déjame a mí.

—Es una labor de equipo, Holt —lo miró por encima del hombro—. Siempre lo ha sido.

—Ya me he involucrado y lo llevaré yo.

Sacó los huevos de la sartén con el mismo cuidado con el que eligió las palabras.

—Agradezco la ayuda. Todos la agradecemos. Pero se las conoce como las esmeraldas Calhoun por un motivo. Debido a ellas dos de mis hermanas se han visto amenazadas.

—Exacto. Estáis fuera de vuestra liga con Livingston, Suzanna. Es inteligente y brutal. No os pedirá con amabilidad que os apartéis de su camino.

Ella se dio la vuelta y le entregó un plato.

—Estoy acostumbrada a hombres inteligentes y brutales, y ya he pasado bastante de mi vida teniendo miedo.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Simplemente lo que he dicho —alzó su plato y su taza de café—. No dejaré que un ladrón me intimide o haga que tenga miedo de realizar lo que es mejor para mí o mi familia.

Pero Holt movía la cabeza. Esa no era la propuesta que quería.

—¿Le tienes miedo a Dumont? Me refiero físicamente.

La mirada de ella vaciló, luego adquirió una expresión de firmeza.

—Hablamos de las esmeraldas —intentó pasar por al lado de él, pero Holt le bloqueó el paso.

—¿Te pegó? —preguntó con voz muy suave.

—¿Qué? —inquirió con el rostro pálido.

—Quiero saber si Dumont alguna vez te pegó.

Ella sintió un nudo en la garganta. Sin importar la ecuanimidad en la voz de él, en sus ojos había un terrible brillo de violencia.

—Los huevos se enfrían, Holt, y tengo hambre.

Él contuvo el impulso de tirar el plato contra la pared. Se sentó y esperó que ella ocupara el asiento que tenía enfrente. Suzanna parecía muy frágil y serena bajo el torrente de luz del sol.

—Quiero una respuesta, Suzanna —bebió un sorbo de café mientras ella jugueteaba con la comida. Sabía esperar y cómo presionar.

—No —repuso con voz plana mientras se llevaba un bocado a la boca—. Jamás me pegó.

—¿Solo te sacudió un poco?

—Hay muchas maneras de intimidar y desmoralizar, Holt. Después de eso, la humillación es fácil —tomó una tostada y con cuidado la untó con mantequilla—. Estás a punto de quedarte sin pan.

—¿Qué te hizo?

—Olvidalo.

—¿Qué te hizo? —repitió despacio.

—Hizo que me enfrentara a los hechos.

—¿Cómo cuáles?

—Que era lamentablemente inadecuada como esposa de un abogado corporativo con ambiciones sociales y políticas.

—¿Por qué?

—¿Es así como interrogas a tus sospechosos? —soltó el cuchillo.

«Furia», pensó él. «Eso está mejor».

—Es una simple pregunta.

—¿Y quieres una respuesta simple? Perfecto. Se casó conmigo por mi apellido. Pensó que había mucho más dinero, así como prestigio, unido a él, pero el apellido Calhoun era más que adecuado. Por desgracia, no tardó en darse cuenta de que yo no era la bonanza social que había imaginado. Mi conversación en las fiestas era corriente, en el mejor de los casos. Se me podía vestir para parecer la esposa importante de un abogado políticamente ambicioso, pero jamás llegaba a dar el tipo. Era, como muy a menudo me decía, una enorme decepción que no me entrara en la cabeza lo que se esperaba de mí. Que resultaba aburrida, en el salón, en el comedor y en el dormitorio —se levantó para echar el resto de su comida en el cuenco de Sadie—. ¿Responde eso a tu pregunta?

—No —apartó el plato y sacó un cigarrillo—. Me gustaría saber cómo te convenció de que era culpa tuya.

Ella se irguió dándole la espalda.

—Porque lo amaba. O amaba al hombre con el que creí haberme casado, y quería con todas mis fuerzas ser la mujer de la que estaría orgulloso. Pero cuanto más lo intentaba, más grande era mi fracaso. Luego tuve a Alex y pareció... que había hecho algo increíble. Había traído a ese hermoso bebé al mundo. Y me resultó tan fácil y natural ser madre. Estaba tan feliz, tan centrada en el niño y en la familia que habíamos empezado, que no me di cuenta de que Bax se dedicaba con discreción a encontrar compañía más estimulante. No hasta que me enteré de que iba a tener a Jenny.

—Así que te engañó —comentó con voz engañosamente suave—. ¿Qué hiciste al respecto?

No se volvió, pero abrió el grifo del fregadero para lavar los platos.

—No puedes entender lo que es que te traicionen de esa manera. Llevar en tu interior el bebé de un hombre y averiguar que ya te ha sustituido.

—No, no puedo. Pero me da la impresión de que me molestaría.

—¿Si me enfadé? —casi rio—. Sí, me enfadé, pero también estaba... herida. No quiero recordar lo fácil que le resultó destrozarme. Alex tenía unos pocos meses de vida y Jenny no había sido planeada. Pero me sentía muy feliz de estar embarazada. Él no la quería. Nada de lo que me había hecho antes me había dolido o conmovido tanto como su reacción cuando le comuniqué que volvía a estar embarazada.

Decidió omitir otra risa a medias y meter las manos en el agua jabonosa.

—Ya tenía un hijo —continuó—, de modo que el apellido Dumont continuaría. No era su intención entorpecer su vida con niños, y bajo ningún concepto quería arrastrarme por la rueda social una segunda vez mientras estuviera gorda, cansada y fea. La solución más práctica era terminar el embarazo. Discutimos de forma horrible por eso. Fue la primera vez que tuve el valor de plantarle cara... lo cual lo empeoró. Bax estaba acostumbrado a salirse con la suya. Como no podía obligarme a hacer lo que él quería, me lo devolvió con suma habilidad.

Más calmada ya, puso a secar el plato y comenzó a lavar la sartén.

—Públicamente seguía siendo discreto con sus aventuras, pero se encargó de que me enterara de ellas y de lo mal que yo quedaba al compararme con las mujeres con las que se acostaba. Retiró mi nombre de todas las cuentas bancarias, de modo que tuviera que recurrir a él cada vez que necesitara dinero. Esa fue una de las humillaciones más sutiles. La noche que Jenny nació, estaba con otra mujer. Se cercioró de que yo lo supiera cuando llegó al hospital para que la prensa pudiera sacarle una foto mientras desempeñaba el papel de padre orgulloso.

—¿Por qué te quedaste con él? —Holt no se había movido. No confiaba en sí mismo si lo hacía.

—Al principio, porque no dejaba de esperar que despertaría junto al hombre

del que me había enamorado. Luego, cuando empecé a considerar que mi matrimonio era un fracaso, tenía un bebé y esperaba otro —recogió un trapo y se puso a secar los platos—. Y me quedé porque durante mucho, mucho tiempo estuve convencida de que él no se equivocaba conmigo. Yo no era inteligente ni ingeniosa. No era sexy ni seductora. De manera que lo mínimo que podía ser era leal. Al comprender que ni siquiera podría ser eso, tuve que pensar en el efecto que tendría sobre los niños. No habría podido soportar que la disolución de mi matrimonio con Bax les hiciera daño. Un día, de pronto entendí que todo era por nada, que no solo desperdiciaba mi vida, sino que les hacía más daño a Alex y a Jenny al fingir que existía un matrimonio. Bax apenas le prestaba atención a su hijo y ninguna a su hija. Pasaba mucho más tiempo con su amante que con su familia —suspiró y dejó los platos—. Así que escondí mis diamantes en la bolsa de pañales de Jenny y pedí el divorcio —al volverse, su rostro se veía otra vez cansado—. ¿Responde eso a tu pregunta?

Muy despacio, sin dejar de mirarla, Holt se puso de pie.

—¿Se te ocurrió alguna vez pensar que el inadecuado era él, que el fracasado era él? ¿Que era un canalla malcriado y egoísta?

Suzanna esbozó una leve sonrisa.

—Bueno, eso último sí. También se me ocurre que mi historia es unilateral. Supongo que el punto de vista que tiene Bax de nuestra relación diferirá del mío, y no sin cierta razón.

—Sigue manejándote —soltó con furia apenas contenida—. ¿Así que no eres inteligente? Supongo que cualquiera podría educar a dos niños y llevar un negocio. ¿También aburrida? —avanzó un paso hacia ella—. Sí, no recuerdo haberme aburrido jamás tanto con alguien, aunque claro está que la mayoría de los hombres se aburre con mujeres con cerebro y agallas, en particular cuando tienen un corazón generoso y son tercas. Nada me ayuda a dormirme más deprisa que una mujer que suda todo el día para asegurarse de que sus hijos van a recibir lo que necesitan. Dios sabe que no eres sexy. Anoche no tenía nada mejor que hacer que dedicarla a volverme loco contigo.

La había atrapado contra la encimera con el cuerpo y con una furia tan manifiesta que Suzanna prácticamente podía probarla.

—Preguntaste y yo contesté. No sé que quieres que diga ahora.

—Quiero que me digas que él te importa un bledo —la tomó por los hombros y acercó su cara—. Quiero que me digas lo que te pedí que me dijeras cuando estaba dentro de ti, cuando me hallaba tan lleno de ti que no podía respirar. Eres mía, Suzanna. Nada de lo que sucediera antes cuenta, porque ahora eres mía. Eso es lo que quiero oír.

Le sujetó las muñecas. Incluso en el momento en que ella abría la boca para hablar, Holt vio la rápida mueca de dolor. Maldiciendo, bajó la vista y observó los moratones que ya le había provocado. Retrocedió como si ella lo hubiera

abofeteado.

—Holt...

Alzó una mano para silenciarla y giró hasta que pudo despejar la bruma roja de furia de su mente. Le había causado marcas en la piel. Había sido durante un momento de pasión y sin intención, pero eso no las borraba. Al provocarlas, no era mejor que el hombre que había magullado el alma de Suzanna. Metió las manos en los bolsillos antes de volverse.

—Tengo cosas que hacer.

—Pero...

—Nos hemos desviado, Suzanna. Es por mi culpa. Sé que tienes que volver al trabajo, igual que yo.

« De modo que eso es todo », pensó ella. Le había desnudado el alma y él la dejaba plantada.

—De acuerdo. Te veré el lunes.

Con un gesto de asentimiento, él se dirigió a la puerta de atrás, para detenerse con la mano en la mosquitera y soltar un juramento.

—Lo de anoche significó algo para mí. ¿Lo entiendes?

—No —musitó Suzanna.

—Eres importante para mí. Tenerte aquí, de esta manera, es... Te necesito. ¿Es lo suficientemente claro?

Lo estudió: el puño sobre la puerta, la impaciencia en los ojos, el cuerpo rígido con pasiones que ella aún no conseguía comprender.

Comprendió que sí era suficiente. Por el momento era más que suficiente.

—Sí, creo que está claro.

—No quiero que termine ahí —giró la cabeza y en sus ojos volvía a arder un fuego intenso—. No va a terminar ahí.

—¿Me estás pidiendo que vuelva?

—Sabes muy bien... —calló y cerró los ojos—. Sí, te estoy pidiendo que vuelvas. Y te estoy pidiendo que pienses en pasar tiempo conmigo que no sea en el trabajo o en la cama. Si eso no te lo explica, entonces...

—¿Querías venir a cenar?

—¿Qué? —la miró desconcertado.

—¿Querías venir a cenar esta noche? Quizá luego podamos dar un paseo.

—Sí —se mesó el pelo, sin saber si se sentía aliviado o incómodo porque hubiera sido tan fácil—. Será estupendo.

« Sí, será estupendo », pensó ella y sonrió.

—Entonces te veré a las siete. Si quieres, trae a Sadie.

Suzanna pensó que no había luz de velas ni de luna, pero sí que era un romance. No había creído que pudiera volver a encontrarlo o quererlo. Sonrió mientras regresaba a Las Torres.

Desde luego, una relación con Holt Bradford tenía muchas aristas, aunque también sus momentos más suaves. Había disfrutado descubriéndolos durante los últimos días. Y noches.

Seguía siendo un hombre exigente, a menudo brusco, pero jamás la hacía sentir menos que lo que ella quería ser. Cuando la amaba, lo hacía con una urgencia y ferocidad que no dejaban dudas sobre su deseo.

Al aparcar la camioneta detrás del coche de Holt, se repitió que no había buscado un romance. Pero se sentía terriblemente contenta de haberlo encontrado.

—Te he estado esperando —soltó Lilah en cuanto su hermana abrió la puerta.

—Eso veo —enarcó una ceja. Lilah seguía con su uniforme del parque. Conociendo su horario, estaba segura de que llevaba en casa casi una hora. Debería haberse puesto algo cómodo—. ¿Qué sucede?

—¿Puedes hacer algo con el galán hosco con el que te has enredado?

—Si te refieres a Holt, no mucho —se quitó la gorra para mesarse el pelo—. ¿Por qué?

—Ahora mismo está arriba desmontando mi habitación centímetro a centímetro. Ni siquiera pude cambiarme de ropa —miró en dirección a la escalera—. Le dije que ya habíamos mirado ahí, y que si hubiera estado durmiendo todos estos años en el mismo cuarto que las esmeraldas, lo sabría.

—Y no te hizo caso.

—No solo eso, sino que me echó de mi propia habitación. Y Max —siseó y se sentó en el escalón—. Max sonrió y dijo que era una idea estúpida.

—¿Quieres que nos unamos contra ellos?

En los ojos de Lilah centelleó un brillo perverso.

—Sí —se levantó y pasó un brazo por los hombros de Suzanna mientras subían—. Vas en serio con él, ¿verdad?

—Voy paso a paso.

—A veces, cuando amas a alguien, es mejor avanzar de golpe —bostezó y maldijo—. Me he perdido mi siesta. Me gustaría poder decir que me ha

desagradado su actitud, pero no puedo. Hay algo demasiado sólido y firme bajo sus malos modales.

—Has vuelto a mirar su aura.

Lilah rio y se detuvo en lo alto de la escalera.

—Es un buen tipo, a pesar de las ganas que ahora tengo de azotarlo. Me gusta verte feliz otra vez, Suze.

—No he sido infeliz.

—No, simplemente no has sido feliz. Hay una diferencia.

—Supongo que sí. Hablando de ser feliz, ¿cómo van los planes para la boda?

—Ahora mismo la tía Coco y la pariente venida del infierno están en la cocina discutiendo sobre ello —la miró con ojos risueños—. Pasándose el en grande. La tía abuela Colleen finge que solo quiere cerciorarse de que el acontecimiento estará a la altura de la reputación de los Calhoun, pero la verdad es que le encanta hacer la lista de invitados y cuestionar los menús de la tía Coco.

Suzanna se detuvo ante la puerta de Lilah. Holt se hallaba concentrado en su trabajo. Nunca había sido una habitación muy ordenada, pero daba la impresión de que alguien hubiera soltado todos los muebles al azar. En ese momento, Holt tenía la cabeza metida en la chimenea y Max iba a gatas por el suelo.

—¿Os divertís, chicos? —preguntó Lilah con sorna.

Max levantó la vista y sonrió. Llegó a la conclusión que estaba furiosa. Había aprendido a disfrutar de su temperamento.

—He encontrado la otra sandalia que buscabas. Estaba debajo del cojín de la silla.

—Una buena noticia —enarcó una ceja y notó que Holt estaba sentado en la chimenea, mirando a Suzanna y que esta también lo miraba—. Necesitas un descanso, Max.

—No, estoy bien.

—Es evidente que necesitas un descanso —se acercó para tomarle la mano y ayudarlo a levantarse—. Luego puedes volver a echarle una mano a Holt en la invasión de mi intimidad.

—Te dije que no iba a gustarle —comentó Suzanna cuando Lilah se llevó a Max de la habitación.

—Es una pena.

—¿Has encontrado algo? —con las manos en las caderas, inspeccionó los daños.

—No a menos que cuentes los dos pendientes de parejas distintas y una de esas cosas de encaje que encontramos detrás de la cómoda —ladeó la cabeza—. ¿Tienes tú algo de ropa interior con encaje?

—No —bajó la vista a la sudadera que llevaba—. Hasta hace unos días, no pensé que fuera a necesitarla.

—Llevas muy bien la ropa vaquera, cariño —se puso de pie y como ella no

se movió, se acercó él—. Y... —bajó las manos por la espalda de Suzanna—, ... me vuelve loco quitártela —la besó con ardor, del modo profundo y urgente que ella había empezado a esperar, luego le mordisqueó el labio y sonrió—. Pero cuando quieras pedirle prestado a Lilah una de esas cosas escuetas...

—Puede que te sorprenda —rio y lo abrazó con cariño—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un rato —movió la cabeza y volvió a dedicarse a buscar en la chimenea—. ¿No quieres que te recompense? —inquirió ella.

—Desde luego —Holt perdió interés en buscar si había algún ladrillo flojo.

—Iré a traerte una cerveza.

—Preferiría tener...

—Lo sé —rio al salir—. Pero tendrás que conformarte con una cerveza. Por el momento.

Pensó que era agradable poder bromear de esa manera. Sin sentirse avergonzada o nerviosa. No había necesidad de sentir otra cosa que no fuera satisfacción al saber que él se preocupaba por ella. Con el tiempo, quizá pudieran tener algo más profundo.

Llena de energía y esperanza, bajó el último escalón y entró en el vestíbulo. En el acto reinó el caos. Primero oyó a los perros, Fred y Sadie, ladrar como mil demonios, luego el ruido de pies en el porche y dos gritos.

—¡Mamá! —gritaron Jenny y Alex al irrumpir en la casa.

Sintió una felicidad instantánea al agacharse para alzarlos en brazos. Riendo, los llenó de besos mientras los perros daban vueltas alrededor de ellos.

—Oh, os he echado de menos. Os he echado tanto de menos a los dos. Dejad que os mire —cuando los mantuvo a la distancia de los brazos, a punto estuvo de perder la sonrisa. Ambos se hallaban al borde de las lágrimas—. ¿Pequeña?

—Queríamos volver a casa —la voz de Jenny tembló al enterrar la cara en el hombro de su madre—. Odiamos las vacaciones.

—Sssh —acarició el pelo de su hija mientras Alex se frotaba un puño debajo del ojo.

—Fuimos rebeldes y malos —musitó con voz trémula—. Y tampoco nos importa.

—La actitud que he llegado a esperar —dijo Bax al atravesar la puerta abierta.

Los brazos de Jenny se tensaron alrededor del cuello de Suzanna, pero Alex se volvió y adelantó su mentón Calhoun.

—No nos gustó la estúpida fiesta, y tampoco nos gustas tú.

—¡Alex! —apoyó una mano en su hombro—. Ya es suficiente. Discúlpate.

Le temblaron los labios, pero el brillo obstinado permaneció en los ojos del niño.

—Lamentamos que no nos gustes.

—Llévate a tu hermana arriba —espetó Bax—. Quiero hablar con vuestra madre en privado.

—Ve a la cocina con Jenny —acarició la mejilla de Alex—. Allí está la tía Coco.

Bax lanzó un puntapié indiferente en dirección a Fred.

—Y llévate contigo a estos malditos chuchos.

—¿Chéri? —dijo la esbelta morena que se había detenido en el umbral.

—Yvette —sin quitar los brazos de los hombros de los niños, Suzanna se puso de pie—. Lo siento, no te he visto.

La mujer francesa movió las manos con gesto distraído.

—Te pido disculpas, ya que veo que es muy confuso. Me preguntaba... Bax, ¿las maletas de los niños?

—Dile al conductor que las traiga —soltó—. ¿No ves que estoy ocupado?

Suzanna le ofreció a la mujer agotada una mirada de simpatía.

—Que las deje en el vestíbulo. Si queréis pasar al salón... id a ver a la tía Coco —le dijo a los niños—. Se sentirá muy feliz de teneros de vuelta.

Los pequeños se marcharon tomados de la mano, con los perros pisándoles los talones.

—Si pudieras sacar un momento de tu tiempo —comenzó Bax, mirando de arriba abajo sus ropas de trabajo—, de tu, sin duda, fascinante día.

—En el salón —repitió y se dio la vuelta. Sabía que era esencial mantener la calma. No dudaba de que le soltaría sobre la cabeza lo que fuera que lo hubiera impulsado a cambiar de planes y devolver a sus hijos a casa una semana antes. Eso podía sobrellevarlo. Pero era distinto el hecho de que los niños hubieran estado angustiados—. Yvette... —le indicó un sillón—, ¿puedo ofrecerte algo?

—Un brandy, si eres tan amable.

—Desde luego. ¿Bax?

—Un whisky doble.

Fue al armario de los licores y mientras servía agradeció que sus manos estuvieran firmes. Al entregarle la copa a Yvette, le pareció percibir una expresión de disculpa y bochorno.

—Bueno, Bax, ¿quieres contarme qué sucedió?

—Lo que sucedió comenzó hace años cuando tuviste la equivocada idea de que podías ser madre.

—Bax —empezó Yvette.

—Sal a la terraza. Prefiero hablar esto en privado.

«De modo que eso no ha cambiado», pensó Suzanna. Juntó las manos mientras Yvette cruzaba la estancia y atravesaba las puertas de cristal.

—Al menos este pequeño experimento habrá hecho que se olvide de la idea de tener un hijo.

—¿Experimento? —repitió ella—. ¿La visita de los niños fue un experimento?

Bebió un sorbo de whisky y la observó. Seguía siendo un hombre arrebatador con un rostro juvenil encantador y pelo rubio. Pero su carácter estropeaba su atractivo físico.

—Los motivos que me movieron a llevarme a los chicos son asunto mío. Su imperdonable comportamiento es tuyo. Carecen de idea de cómo conducirse en público y en privado. Poseen los modales, la disposición y el ínfimo control de unos paganos. Has hecho un pobre trabajo, Suzanna, a menos que tuvieras la intención de criar a dos mocosos inaguantables.

—No creas que puedes quedarte ahí y hablar de ellos de esa manera en mi casa —con los ojos brillantes, se acercó a él—. Me importa un bledo si encajan o no en tus patrones. Quiero saber por qué los has traído de vuelta de esta forma.

—Entonces escucha —sugirió y la empujó a un sillón—. Tus preciosos niños no tienen ni idea de lo que se espera de un Dumont. En los restaurantes se mostraron estentóreos y rebeldes, quejumbrosos y quisquillosos en el coche. Cuando se los corregía, se ponían desafiantes u hoscos. En el hotel, entre varios de mis conocidos, su conducta fue una fuente de vergüenza.

Demasiado encendida para sentir miedo, Suzanna se levantó.

—En otras palabras, fueron niños. Lamento que tus planes se estropearan, Baxter, pero es difícil esperar que unos niños de cinco y seis años se presenten como personas socialmente correctas en todas las ocasiones. Resulta incluso más difícil cuando se ven metidos en una situación que no han provocado ellos. No te conocen.

Él hizo remolinear el whisky y bebió otro trago.

—Son perfectamente conscientes de que soy su padre, pero tú te has encargado de que no muestren respeto por esa relación.

—No, tú lo has hecho.

—¿Crees que no sé qué les cuentas? —con lentitud dejó la copa—. Dulce e inofensiva Suzanna —ella retrocedió de forma automática, complaciéndolo.

—No les cuento nada sobre ti —soltó, furiosa consigo misma por dar marcha atrás.

—¿Oh, no? Entonces, ¿no les mencionaste el hecho de que tienen un hermano bastardo en Oklahoma?

—El hermano de Megan O’Riley se casó con mi hermana. No hubo manera de mantener la situación en secreto, aunque hubiera querido.

—Y no pudiste esperar a incorporar mi nombre —la empujó otra vez y la hizo trastabillar hacia atrás.

—El chico es su hermanastro. Aceptan eso, y son demasiado jóvenes para entender el acto despreciable que cometiste.

—Mis asuntos son míos. No lo olvides —la tomó por los hombros y la empujó contra una pared—. No tengo intención de dejar que te salgas con la tuya en tus lamentables ardides de venganza.

—Quítame las manos de encima —se retorció, pero él no le permitió zafarse.

—Cuando haya terminado. Deja que te lo advierta, Suzanna. No voy a permitir que difundas mis asuntos privados. Como se corra incluso un simple rumor, sabré dónde empezó, y tú sabrás quién pagará por ello.

—Ya no puedes hacerme daño —se mantuvo rígida, con los ojos firmes.

—No estés tan segura. Ocupate de que tus hijos se guarden este asunto de los hermanastros para ellos mismos. Si vuelve a mencionarse... —apretó las manos y la alzó hasta ponerla de puntillas—, una sola vez, lo lamentarás mucho.

—Recoge tus amenazas y vete de mi casa.

—¿Tuya? —cerró una mano en torno a la garganta de ella—. Recuerda que solo es tuya porque a mí no me interesaba este ruinoso anacronismo. Provócame, y te llevaré a los tribunales en un abrir y cerrar de ojos. Y esta vez me quedaré con todo. A esos niños les sentará bien un buen internado suizo, que es exactamente donde terminarán como no cuides por dónde vas.

Vio que los ojos de ella cambiaban, aunque no apareció el miedo que había esperado. Era furia. Suzanna alzó una mano, pero antes de que pudiera golpearlo, Bax fue arrojado al suelo. Vio a Holt levantarlo otra vez por el cuello para lanzarlo contra una mesa Luis XV.

Nunca había visto muerte en los ojos de un hombre, pero lo reconoció en los de Holt cuando empujó el puño en la cara de Baxter.

—Holt, no... —dijo un paso al frente, pero sintió que la contenían por el brazo con sorprendente fuerza.

—Déjalo en paz —dijo Colleen con expresión sombría.

Quería matarlo, y quizá lo hubiera hecho, si el hombre se hubiera defendido. Pero Bax simplemente se quedó flojo bajo sus manos, con la nariz y la boca chorreando sangre.

—Escúchame, canalla —lo plantó contra la pared—. Vuelve a tocarla alguna vez, y eres hombre muerto.

Aturdido y dolorido, Bax buscó un pañuelo.

—Puedo hacer que te arresten por agresión —se llevó el pañuelo a la nariz y miró alrededor para ver a su mujer de pie junto a las puertas de la terraza—. Tengo un testigo. Me has atacado y amenazado mi vida —era su primera humillación y lo detestaba. Desvió la vista hacia Suzanna—. Lamentarás esto.

—No, no lo lamentarás —intervino Colleen antes que Holt pudiera ceder a la satisfacción de aplastar esa boca burlona—. Pero tú sí, cerdo miserable, cobarde y tembloroso —se dirigió hacia él apoyada en el bastón—. Si alguna vez vuelves a tocar a alguien de mi familia, lo lamentarás lo que te quede de inservible vida. Sin importar lo que creas que puedes hacernos, yo te lo puedo devolver con más ferocidad. Si dudas de mí, me llamo Colleen Theresa Calhoun, y puedo comprarte y venderte cuando se me antoje —lo estudió, un hombre patético con un traje arrugado y sangrando sobre un pañuelo de seda—. Me pregunto qué

endrá que decir el gobernador de tu estado, que da la casualidad de que es mi ahijado, si le menciono esta escena —asintió con satisfacción al ver que la entendía—. Y ahora saca tu miserable presencia de mi casa. Joven... —inclinó la cabeza hacia Holt—, ...sé tan amable de enseñarle la salida a nuestro invitado.

—Será un placer —Holt lo arrastró hasta el vestíbulo.

Lo último que vio Suzanna antes de salir corriendo fue las manos gesticulantes de Yvette.

—¿Adónde ha ido? —quiso saber Holt cuando encontró a Colleen a solas en el salón.

—A lamer sus heridas, supongo. Sírvenme un brandy. Maldita sea, sobreviviré un minuto —musitó al verlo titubear. Se sentó en un sillón y esperó hasta que el corazón se le serenó—. Sabía que había tenido un matrimonio difícil, pero desconocía cuánto. Desde que se divorció, hice que investigaran a ese Dumont —aceptó el brandy y dio un buen trago—. Es una lamentable sombra de un hombre. Pero seguía sin ser consciente de que abusaba de ella. Debí imaginarlo la primera vez que vi la expresión en los ojos de Suzanna. Mi madre tenía la misma —cerró los ojos y se recostó—. Bueno, si no quiere ver como se evaporan sus ambiciones políticas, la dejaré en paz —despacio abrió los ojos y observó a Holt con mirada acerada—. Te comportaste bien... admiro a un hombre que usa sus puños. Lo único que lamento es no haber empleado mi bastón sobre él.

—Creo que hizo algo mucho mejor. Yo simplemente le rompí la nariz, usted lo asustó hasta...

—Desde luego que sí —sonrió y bebió otro trago—. Y además me siento bien —notó que Holt miraba en dirección a las puertas abiertas de la terraza, con las manos aún cerradas—. Mi madre solía ir a los riscos —se bebió el resto del brandy—. Es posible que la encuentres allí. Dile que sus hijos están comiendo dulces y estropeando su cena.

Había ido a los riscos. Se prometió que solo necesitaría unos momentos a solas. Se sentó sobre una roca, se tapó la cara con las manos y lloró toda la amargura y vergüenza que la embargaban.

La encontró de esa manera, sola y sollozando, con el sonido de su dolor transportado por el viento mientras el mar rompía abajo. Holt no sabía por dónde empezar. Su madre siempre había sido una mujer fuerte, y las lágrimas que hubiera podido derramar habían sido derramadas en privado.

Peor, todavía podía ver a Suzanna presionada contra la pared, con la mano de Dumont al cuello. Había parecido tan frágil y valiente.

Se acercó y apoyó una mano insegura en su pelo.

—Suzanna.

Ella se levantó como movida por un resorte y se secó las lágrimas.

—He de volver. Los niños...

—Están en la cocina atiborrándose de galletas. Siéntate.

—No, yo...

—Por favor —se sentó—. No he venido aquí en mucho tiempo. Mi abuelo solía traerme. Le gustaba sentarse aquí mismo a contemplar el mar. Una vez me contó una historia sobre una princesa en el castillo que había en lo alto. Debía estar hablando de Bianca, pero más adelante, cuando recordé la historia, siempre pensé en ti.

—Holt, lo siento tanto.

—Si te disculpas, solo vas a conseguir enfurecerme.

Ella se tragó las lágrimas.

—No puedo soportar que lo vieras, que nadie lo viera.

—Lo que vi fue cómo te enfrentabas a un matón —le giró la cara para que lo mirara—. Nunca más volverá a hacerte daño.

—Era su reputación. Los niños debieron hablar de Kevin.

—¿Me lo vas a contar?

Lo hizo con la máxima claridad que pudo.

—Cuando Sloan me lo dijo —concluyó—, supe que era importante que los niños entendieran que tenían un hermano. Lo que Bax no comprende es que nunca pensé en él, nunca me importó. Eran los niños los únicos que importaban, los tres niños. La familia.

—No, él no podría entender eso. Ni a ti —se llevó su mano a los labios para besarla con delicadeza. La expresión asombrada que mostró Suzanna hizo que mirara hacia el mar con el ceño fruncido—. Yo tampoco he sido el rey de la sensibilidad.

—Tú has sido maravilloso.

—En ese caso, no habrías puesto expresión de que te acaba de golpear con una roca cuando te besé la mano.

—Lo que pasa es que no es tu estilo.

—No —se encogió de hombros y sacó un cigarrillo—. Supongo que no —pero cambió de idea y en su lugar le rodeó los hombros con un brazo—. Bonita vista.

—Es maravillosa. Siempre vengo aquí, a este mismo sitio. A veces...

—Continúa.

—Te reirás de mí, pero a veces es como si pudiera ver a Bianca. La siento y sé que está aquí, esperando —apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos—. Igual que ahora. Es tan cálido y real. En la torre, en su torre, es agridulce, más de añoranza. Pero aquí hay expectación. Esperanza. Sé que piensas que estoy loca.

—No —cuando ella fue a moverse, la acercó más—. No podría. No cuando yo también lo siento.

Desde la torre oeste, el hombre que se llamaba a sí mismo Marshall los observó con los prismáticos. No le preocupaba que pudieran molestarlo. La familia ya no subía más allá de la primera planta en el ala oeste, y los obreros se habían ido hacia treinta minutos. Había esperado aprovechar el tiempo que Sloan O'Riley estuviera de luna de miel para moverse con más libertad por la casa. Los Calhoun estaban tan acostumbrados a ver hombres con herramientas que rara vez le prestaban atención.

Además, le interesaba mucho Holt Bradford, lo fascinaba que se viera atraído hacia esa generación de mujeres Calhoun. Lo satisfacía poder continuar su trabajo bajo las propias narices de un ex policía. Esa ironía alimentaba su vanidad.

Lo seguiría vigilando mientras el otro completaba la búsqueda. Y allí estaría él para apoderarse de lo que era suyo en cuanto encontraran el tesoro. Eliminaría a quienquiera que se interpusiera.

Suzanna pasó toda la velada con sus hijos, tranquilizándolos y tratando de convertir una experiencia desdichada en una tonta aventura fallida. Cuando los arropó en la cama, Jenny ya no necesitaba pegarse a ella y Alex estaba feliz.

—Tuvimos que ir en el coche horas y más horas —saltaba en la cama de su hermana mientras Suzanna alisaba las sábanas de Jenny—. Y todo el tiempo tenían música estúpida en la radio.

—Y nosotros teníamos que guardar silencio para escucharla y apreciarla —intervino la pequeña.

Suzanna se contuvo y apretó la nariz de su hija.

—Bueno, pudisteis apreciar que era horrible, ¿no?

Eso provocó una risita en Jenny, que alzó los brazos para recibir otro beso.

—Yvette dijo que podíamos jugar a un juego de palabras, pero él dijo que le daba dolor de cabeza, así que ella se fue a dormir.

—Es lo mismo que deberíais hacer ahora.

—Me gustó el hotel —continuó Alex con la esperanza de postergar lo inevitable—. Cuando nadie miraba, saltábamos en las camas.

—¿Quieres decir como haces en tu habitación? —él sonrió.

—Tenían pastillas pequeñas de jabón en el baño, y por las noches te ponían chocolate en la almohada.

—Ya puedes olvidar esa idea, carita de rana —Suzanna ladeó la cabeza.

Después de que Jenny estuviera arropada, con la luz de la lámpara de noche encendida y el ejército de muñecos de peluche en torno a ella, Suzanna se llevó a Alex a su propia habitación. Ya no dejaba que lo alzara en brazos y lo arropara muy a menudo, pero esa noche parecía necesitarlo tanto como ella misma.

Luchó con él hasta dejarlo sin aliento, luego él salió de un salto de la cama.

—Alex...

—Lo olvidaba.

—Esta noche ya has superado el límite. A la cama o te haré asar a fuego lento.

Sacó algo de los vaqueros que llevaba puestos al llegar a casa.

—Lo guardé para ti.

Suzanna aceptó el chocolate aplastado y envuelto en papel dorado. Estaba más que un poco derretido, era imposible de comer y para ella era más precioso que diamantes.

—Oh, Alex.

—Jenny también tenía uno, pero lo perdió.

—No pasa nada —le dio un abrazo fuerte—. Gracias. Te quiero, gusanito.

—Yo también te quiero —no lo avergonzó decirlo, como le sucedía a veces, y la abrazó más tiempo del habitual. En cuanto su madre lo arropó, no se quejó cuando ella le acarició el pelo—. Buenas noches —se despidió, listo para dormirse.

—Buenas noches —lo dejó solo y lloró sobre el chocolate aplastado. En su habitación, abrió el estuche que en una ocasión había contenido sus diamantes y guardó dentro el regalo de su hijo.

Se desvistió y se puso un camisón blanco. La esperaba papeleo en el escritorio que tenía en un rincón, pero sabía que tanto su mente como sus nervios se encontraban demasiado agitados. Para relajarse, abrió las puertas de la terraza y, con el cepillo en la mano, salió al exterior para sentir la noche.

Un búho ululaba, los grillos cantaban y también se oía el oleaje sereno del mar. Esa noche la luz de la luna era clara como el cristal. Con una sonrisa, alzó la cara y despacio se cepilló el pelo.

Holt jamás había visto nada más hermoso que Suzanna peinándose a la luz de la luna. Sabía que era un Romeo pobre y temía quedar como un tonto tratando de serlo, pero debía ofrecerle algo, mostrarle de algún modo lo que significaba tenerla en su vida.

Salió del jardín y se puso a subir los escalones de piedra. Se movió en silencio, y ella soñaba despierta. No supo que estaba a su lado hasta que pronunció su nombre.

—Suzanna.

Abrió los ojos y lo vio de pie a menos de un metro, con el pelo revuelto por la brisa, los ojos oscuros a la titilante luz.

—Pensaba en ti. ¿Qué haces aquí?

—Fui a casa, pero... Volví —quería que siguiera cepillándose el pelo, pero estaba seguro de que la petición sonaría ridícula—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien, de verdad.

—¿Los chicos?

—También. Duermen. Antes ni siquiera te di las gracias. Puede que sea una mezquindad, pero ahora que me he tranquilizado, puedo reconocer que me gustó ver que a Bax le sangraba la nariz.

—Cuando tú quieras —afirmó Holt.

—No creo que vuelva a ser necesario, pero te lo agradezco —alargó el brazo para tocarle la mano y se pinchó un dedo con una espina—. Ay.

—Vaya comienzo —murmuró, alargando la rosa hacia ella—. Te he traído esto.

—¿Sí? —absurdamente conmovida, acercó los pétalos a la mejilla.

—La robé de tu jardín —metió las manos en los bolsillos y deseó tener un cigarrillo—. Supongo que no cuenta.

—Desde luego que sí —pensó que esa noche ya tenía dos regalos, de los dos hombres a los que amaba—. Gracias.

Él se encogió de hombros y se preguntó qué hacer a continuación.

—Estás guapa.

Suzanna sonrió y bajó la vista al sencillo camión blanco.

—Bueno, no tiene encajes.

—Te vi cepillarte el pelo —por voluntad propia la mano salió del bolsillo para tocarla—. Me quedé ahí de pie, en el borde del jardín, y te observé. Casi no podía respirar. Eres tan hermosa, Suzanna.

Fue el turno de ella de no poder respirar. Jamás la había mirado de esa manera. La voz de Holt nunca había sonado más baja. Había reverencia en ella, igual que en la mano que le acariciaba el pelo.

—No vuelvas a mirarme de ese modo —tensó los dedos en el pelo de Suzanna y tuvo que obligarse a relajarlos—. Sé que he sido duro contigo.

—No, no lo has sido.

—Maldita sea, sí —luchó contra la creciente impaciencia mientras la contemplaba—. Te he zarandeado y roto la blusa.

Ella esbozó una sonrisa.

—Cuando volví a coserle los botones, recordé aquella noche y lo que hacía que sintiera al ser necesitada de esa forma —más que un poco desconcertada, movió la cabeza—. No soy frágil, Holt.

¿Es que no veía lo equivocada que estaba? ¿No sabía qué aspecto tenía en ese momento, con el pelo resplandeciente a la luz de la luna y el fino camión blanco agitado por la brisa?

—Quiero estar contigo esta noche —bajó la mano para tocarle una mejilla—. Deja que te ame esta noche.

No podría haberle negado nada. Cuando la alzó para llevarla dentro, Suzanna pegó los labios sobre el cuello de Holt. Pero él no buscó sus labios. La depositó con cuidado, le quitó el cepillo y fue a dejarlo sobre la cómoda. Luego bajó las

luces.

Cuando al fin sus labios se juntaron, lo hicieron en un beso suave como un susurro. Las manos de él no se precipitaron para excitarla, sino que se movieron con exquisita paciencia para seducirla.

Holt sintió la confusión que la dominaba, la oyó en el inseguro murmullo de su nombre, pero solo le rozó los labios y los siguió con la lengua. Las manos fuertes se movieron con la gracia de las de un artista sobre la tensa pendiente de los hombros de ella.

—Confía en mí —con la boca inició un lento recorrido de su cara—. Déjate ir y confía en mí, Suzanna. Hay más que un camino —le besó la mandíbula, el cuello, regresó a los labios temblorosos y susurró—: Debería habértelo demostrado antes.

—No puedo... —luego su beso la hundió aún más en una espesa bruma aterciopelada. No fue capaz de erguirse. No quiso hacerlo. Sin duda ese túnel interminable lleno de ecos era el paraíso.

La tocó casi sin tocarla y la dejó débil. Lo oyó susurrarle promesas increíbles, palabras suaves y adorables.

La acarició a través del tenue algodón, deleitándose en el movimiento líquido del cuerpo de Suzanna bajo sus manos. Podía observar la cara de ella a la luz de la lámpara y saber que estaba entregada a lo que le ofrecía.

La desnudó despacio, bajando el camisón centímetro a centímetro. Fascinado con cada temblor que le producía, se demoró. Luego la llevó con gentileza más allá de la primera cresta.

Cada movimiento, cada suspiro, eran insoportablemente dulces. Exquisitamente tiernos. Cada contacto, cada murmullo. La había aprisionado en un mundo de seda. Nunca había sido ella más consciente de su cuerpo que en ese momento, bajo la minuciosa y paciente exploración de Holt.

Al final sintió la piel de él contra la suya, el cuerpo cálido y duro que había llegado a anhelar. Abrió los ojos y miró. Alzó unas extremidades pesadas y tocó.

Holt no había imaginado que una necesidad pudiera ser tan poderosa y al mismo tiempo tan serena. Ella lo envolvió. Él se deslizó a su interior. Para ambos fue como llegar al hogar.

No habría podido prever que sería mi último día con ella. En caso contrario, ¿habría observado con más atención, abrazado con más fuerza? El amor no habría podido ser mayor, pero ¿habría podido atesorarlo de forma más completa?

No hay respuesta.

Encontramos el cachorrillo, atemorizado y casi muerto de hambre en las rocas de nuestros riscos. Bianca quedó encantada con él. Supongo que era una tontería, pero creo que ambos consideramos que era algo que podíamos compartir, ya que

lo habíamos hallado juntos.

Lo bautizamos con el nombre de Fred, y he de reconocer que cuando llegó el momento de que ella regresara a Las Torres me entristeció ver que se lo llevaba. Era lógico, ya que con sus hijos el cachorro huérfano tendría una familia. Me fui a casa solo, para pensar en ella, para tratar de trabajar.

Cuando vino a mi lado, me sorprendió que corriera semejante riesgo. Solo una vez con anterioridad había estado en la cabaña, y no habíamos querido arriesgarnos a repetirlo. Estaba nerviosa y tensa.

Bajo la capa llevaba al cachorro. Como se la veía pálida como un fantasma, le pedí que se sentara y le ofrecí un brandy.

Me contó los acontecimientos que habían tenido lugar desde que nos separamos.

Los niños se habían enamorado del perro. Hubo risas y corazones contentos hasta que Fergus regresó. Se negó a tener al animal, un chucho sin raza, en su hogar. Quizá habría podido perdonarlo por eso, y haberlo considerado únicamente un idiota rígido. Bianca me contó que había ordenado que mataran al perro, sin perder un ápice de su firmeza ni siquiera ante las lágrimas y súplicas de sus hijos.

Había mostrado su máxima dureza con la joven Colleen. Temiendo una represalia más dura y quizá física, Bianca había mandado a los niños y al perro arriba junto a la niñera.

La discusión que tuvo lugar a continuación fue amarga. No me contó todo, pero sus temblores y los destellos de miedo en sus ojos fueron elocuentes. Furioso, él la había amenazado. Fue en ese momento cuando a la luz de mi lámpara vi las marcas que habían dejado los dedos de él en su cuello.

En ese instante me habría ido para matarlo. Pero el terror de ella me frenó. Nunca antes ni después he sentido una furia como esa. Amar como amaba, saber que la había lastimado y asustado... Hay ocasiones en que deseo con todas mis fuerzas haber ido, haberlo matado. Quizá así las cosas hubieran sido distintas. Pero jamás lo sabré.

No la dejé, sino que me quedé mientras lloraba y me informaba de que él se había marchado a Boston, y que cuando regresara pensaba contratar a un ama de llaves de su elección. La había acusado de ser una mala madre, y le había dicho que le quitaría el control y el cuidado de los niños.

Si la hubiera amenazado con arrancarle el corazón, no habría podido causarle más daño. Ella no pensaba tolerar que sus hijos fueran criados por una criada pagada, supervisados por un padre frío y ambicioso. Por quién más temía era por su hija, y sabía que si no se hacía algo, algún día Colleen sería entregada en matrimonio... tal como habían hecho con su madre.

Fue ese gran temor lo que forzó su decisión de abandonarlo.

Conocía los riesgos, el escándalo, la posición que dejaría. Nada podría disuadirla. Se llevaría a sus hijos a un sitio donde supiera que estarían a salvo. Su

deseo era que la acompañara, pero no suplicó ni recurrió a mi amor.

No le hizo falta.

Yo realizaría los preparativos para el día siguiente y ella tendría listos a los niños. Luego me pidió que la hiciera mía.

La había deseado tanto tiempo. Sin embargo, me había prometido que no la tomaría. Aquella noche rompí una promesa e hice otra. La amaría eternamente.

Aún recuerdo qué aspecto tenía, con el cabello suelto, los ojos oscuros. Antes de tocarla sabía lo que iba a sentir. Antes de depositarla en mi cama, sabía cómo estaría. Ahora solo es un sueño, el recuerdo más dulce de mi vida. El sonido del agua y de los grillos, el olor de las flores silvestres.

En aquella hora atemporal, tuve todo lo que podría desear un hombre. Ella representaba la belleza, el amor y la promesa. Seductora e inocente, tímida y lujuriosa. Incluso ahora puedo probar su boca, oler su piel. Y anhelarla.

Luego se marchó. Lo que había pensado que era un comienzo fue un final.

Tomé todo el dinero que tenía, vendí pinturas y lienzos y compré cuatro billetes para el tren de la noche. Ella no vino. Se avecinaba una tormenta. Me dije que era el tiempo lo que me había enfriado tanto la sangre. Pero que Dios me ayude, creo que lo sabía. Sentía un dolor agudo y aterrador, un miedo irracional. Me consumía.

Por primera y última vez, fui a Las Torres. La lluvia comenzó a azotarme cuando llamé a la puerta. La mujer que respondió se hallaba histérica. La habría hecho a un lado, habría corrido por la casa llamando a Bianca, pero en ese momento llegó la policía.

Se había tirado desde la torre, se había tirado por la ventana hacia las rocas. Esto no está claro ahora, como no lo estuvo entonces. Recuerdo que corrí, llamándola a gritos por encima del aullido del viento. Las luces de la casa eran cegadoras y hendían la oscuridad. Ya había hombres moviéndose por todas partes con linternas. Me planté en el borde y la observé allá abajo. Mi amor. Me había sido arrebatada. No por su propia mano. Jamás podría aceptar eso. Pero se había ido. Estaba perdida.

Yo mismo me habría tirado por aquel risco. Pero ella me detuvo. Juro que fue su voz la que me detuvo. Me senté en el suelo, empapado por la lluvia que no cesaba.

No podía reunirme con ella entonces. De algún modo iba a tener que vivir mi vida sin ella. Así lo he hecho y quizá ha salido algún bien del tiempo que he pasado aquí. El chico, mi nieto. Cómo lo habría querido Bianca. Hay ocasiones en que me lo llevo a los riscos y estoy seguro que ella nos acompaña.

Todavía hay Calhoun en Las Torres. Bianca habría querido eso. Los hijos de sus hijos, y los hijos de estos. Tal vez algún día otra mujer joven y sola pasará por esos riscos. Espero que su destino sea más amable.

En el fondo de mi corazón sé que todavía no ha finalizado. Ella me espera. Cuando al fin llegue mi hora, volveré a hablar con Bianca. La amaré como una

vez prometí. Eternamente.

Holt esperaba a Trent en el cenador que había en el rompeolas. Encendió un cigarrillo y contempló el jardín de Las Torres. Unos andamios enmarcaban el ala oeste y el chillido de una sierra cortaba el aire. Un camión elevador estaba aparcado bajo la terraza y su mecanismo gemía mientras subía equipo a un trío de hombres con el torso desnudo. Una radio emitía rock duro.

Las ventanas de la habitación donde había pasado casi toda la noche con Suzanna le guiñaron sus ojos. Recordaba cada segundo de esas horas, cada suspiro, cada movimiento. También recordaba haberla dejado confusa. Estaba claro que la ternura no era su estilo, aunque había sido fácil manifestarla con ella.

Suzanna no le había pedido suavidad. No le había pedido nada. ¿Por eso se sentía impulsado a dar? Sin intentarlo, ella había llegado a algo en su interior que Holt no sabía que existía... y con lo que aún se sentía más que un poco incómodo. Descubrirlo y sentirlo lo dejaba tan vulnerable como ella.

Ella merecía la música, las velas, las flores. Merecía las palabras poéticas. Iba a intentar dárselas, sin importar que lo hicieran sentirse como un tonto.

Mientras tanto, tenía un trabajo que cumplir. Iba a encontrar esas malditas esmeraldas para ella. E iba a poner a Livingston entre rejas.

Tiró el cigarrillo al ver a Trent salir de la casa. En el cenador iban a disfrutar de una relativa privacidad. Lo que dijeran allí nadie podría escucharlo. Cualquiera que mirara desde la casa, vería a dos hombres que compartían una cerveza por la tarde, lejos de las mujeres.

Trent subió y le ofreció una botella.

—Gracias —se apoyó con indiferencia en un poste y alzó la cerveza—. ¿Has conseguido la lista?

—Sí —Trent se sentó en uno de los bancos de piedra para poder observar la casa mientras bebía—. Solo hemos contratado a cuatro hombres nuevos en el último mes.

—¿Referencias?

—Desde luego —la leve irritación en su tono de voz fue instintiva—. Sloan y yo somos bien conscientes de la seguridad.

Holt simplemente se encogió de hombros.

—Un hombre como Livingston no tendría ningún problema en conseguir referencias. Le costaría dinero —bebió un buen trago—. Pero las conseguiría.

—Tú sabes más que yo de esas cosas —entrecerró los ojos al ver a dos hombres cambiar unos canalones en el techo del ala oeste—. Pero me cuesta creer que pudiera estar aquí, trabajando ante nuestras propias narices.

—Oh, está aquí —sacó otro cigarrillo, lo encendió y dio una calada pensativo—. Quienquiera que hurgara en mi casa, se enteró de la conexión casi al mismo tiempo que vosotros. Como no vais por ahí hablando de la situación en las fiestas, habrá oído algo aquí, en la casa. No formaba parte de la cuadrilla al empezar las obras, porque se hallaba ocupado en otra parte. Pero las últimas semanas... —calló mientras los niños salían a la carrera en dirección al fuerte seguidos de los perros—. No iba a quedarse sentado a esperar, no mientras existiera la posibilidad de que derribarais una pared y aparecieran las esmeraldas. ¿Y qué mejor sitio para vigilarlo todo que desde dentro?

—Encaja —reconoció Trent—. Pero no me gusta la idea de que mi mujer, o cualquiera de los demás, esté tan cerca —pensó en C. C., en el bebé que esperaba y su semblante se ensombreció—. Si hay una posibilidad de que tengas razón, quiero inspeccionarla.

—Dame la lista y la comprobaré. Todavía tengo algunos contactos —no apartó la mirada de los niños—. No va a lastimar a nadie. Te lo garantizo.

Trent asintió. Era un hombre de negocios y nunca había practicado algo más que un poco de boxeo en la universidad. Pero haría lo que fuera necesario para proteger a su mujer y a su hijo no nacido.

—Se lo he contado a Max, y Sloan y Amanda han decidido interrumpir la luna de miel. Deberían llegar en un par de horas.

«Eso está bien», pensó Holt. Era mejor tener a toda la familia en un solo lugar.

—¿Qué le contó Sloan?

—Que había un problema en el trabajo —más cómodo una vez que los engranajes se habían puesto en marcha, Trent sonrió un poco—. Si Amanda averigua que la está engañando, se lo hará pagar.

—Cuanto menos sepan las mujeres, mejor.

En esa ocasión Trent rio.

—Si alguna te oye decir eso, perderías tres capas de piel. Son duras.

—Crean que lo son —pensó en Suzanna.

—No, lo son. Tardé bastante en aceptarlo. Individualmente son fuertes, de acero recubierto de terciopelo. Por no mencionar tercas, impulsivas y febrilmente leales. Juntas... —sonrió—. Bueno, reconozco que preferiría enfrentarme a un par de luchadores de sumo antes que a las mujeres Calhoun.

—Cuando todo haya acabado, que se enfurezcan todo lo que quieran.

—Mientras estén a salvo —concluyó Trent, notando que Holt observaba a los niños—. Unos chicos estupendos —comentó.

—Sí. Están bien.

—Tienen una madre extraordinaria —bebió un sorbo de cerveza—. Es una pena que no tengan un verdadero padre.

—¿Qué sabes de él? —hasta pensar en Baxter Dumont le hacía hervir la sangre.

—Más de lo que me gusta. Sé que hizo pasar a Suzanna por un infierno. Estuvo a punto de quebrantarla con el juicio por la custodia.

—¿Quiso quedarse con los niños? —lo miró aturdido.

—Fue por ella —corrigió Trent—. ¿Y que mejor manera que esa? Ella no habla del tema. C. C. me contó la historia. Al parecer a él lo molestó que solicitara el divorcio. No era bueno para su imagen, menos cuando tiene la vista puesta en un sillón del senado. La hizo pasar por una larga y fea lucha en los tribunales, tratando de demostrar que era una mujer inestable y no apta para educar a los niños.

—Canalla —ahogó la ira y se volvió para tirar el cigarrillo a las rocas.

—No los quería. La idea que tenía era meterlos en un internado. O esa era la amenaza. Retiró la demanda cuando Suzanna aceptó el acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —aferraba con fuerza la barandilla de piedra.

—Ella cedió prácticamente todo. Él retiró los cargos para que el acuerdo se pudiera llevar en privado. Consiguió la casa y toda la propiedad, junto con un buen pellizco de la herencia de Suzanna. Podría haber luchado, pero los niños y ella ya se encontraban en un caos emocional. No quiso correr ningún riesgo con ellos ni someterlos a más tensión.

—No, no lo haría —bebió en un intento inútil de eliminar la amargura de su garganta—. Él ya no volverá a hacerle daño a ninguno de los tres. Me ocuparé de eso.

—Lo imaginaba —satisfecho, se puso de pie. Sacó una lista del bolsillo y la cambió por la botella vacía de Holt—. Hazme saber qué averiguas.

—Sí.

—La sesión espiritista es esta noche —vio la mueca de Holt y rio—. Puede sorprenderte.

—Lo único que me sorprende es que Coco me convenciera de asistir.

—Si piensas quedarte por aquí, tendrás que acostumbrarte a que te convenzan para todo tipo de cosas.

«Pienso quedarme, sí», convino mentalmente mientras Trent se alejaba. Solo necesitaba encontrar la manera adecuada de contárselo a Suzanna. Después de leer los nombres de la lista, se la guardó. Haría un par de llamadas para ver qué averiguaba.

Mientras atravesaba el jardín, los perros corrieron hacia él, con Fred pegado al costado de Sadie. Cuando dejaron de dar saltos, los acarició.

—¡Recordad el Álamo! —gritó Alex. Se hallaba con las piernas abiertas en el techo de su fuerte, con una espada de plástico en la mano—. Jamás nos tomaréis

con vida.

—¿Ah sí? —incapaz de resistirse, Holt se acercó—. ¿Y qué te hace pensar que os busco, pequeñajo?

—Que nosotros somos los patriotas y vosotros los invasores perversos.

Jenny asomó la cabeza por una abertura que servía como ventana. Antes de que Holt pudiera esquivarlo, recibió en medio del pecho un chorro de agua de su pistola. Alex soltó un grito triunfal mientras Holt observaba ceñudo la camisa mojada.

—Supongo que sabéis que esto significa la guerra —expuso despacio.

Mientras Jenny chillaba, la sacó por la ventana. Para deleite de la pequeña, la mantu boca abajo de modo que las dos coletas rubias rozaron la hierba.

—¡Ha tomado un rehén! —gritó Alex—. Hasta la muerte —entró en el fuerte para luego salir por la puerta blandiendo su espada. Holt apenas dispuso de tiempo de enderezar a Jenny antes de que el pequeño misil lo alcanzara—. Cortadle la cabeza —entonó Alex, seguido de su hermana.

Holt aflojó el cuerpo y se llevó a los dos consigo al suelo.

Hubo gritos y risas mientras luchaba con ellos. No resultó tan fácil como había imaginado. Los dos eran ágiles y escurridizos, y lograron soltarse para atacarlo. Se encontró en desventaja cuando Alex se sentó en su pecho mientras Jenny localizaba un punto para hacerle cosquillas.

—Voy a tener que ponerme duro —les advirtió. Maldijo al recibir un chorro de agua en la cara, provocando que ambos se partieran de risa. Con un movimiento veloz les arrebató la pistola y pasó a empararlos a los dos. Con gritos y risitas, ambos se lanzaron sobre él.

Fue una batalla mojada, y cuando al fin consiguió inmovilizarlos, todos estaban sin aliento.

—Os he aniquilado —logró decir Holt—. Decid tío —Jenny le clavó un dedo en las costillas. Para defenderse, bajó la mejilla al cuello de la pequeña y frotó la barba de un día sobre su piel.

—¡Tío, tío, tío! —gritó ella, desternillándose de risa.

Satisfecho, empleó la misma estratagema con Alex hasta que, victorioso, dio la vuelta y quedó boca abajo sobre la hierba.

—Nos has matado —reconoció Alex, en absoluto enfadado—. Pero estás moralmente herido.

—Sí, pero creo que quieres decir mortalmente.

—¿Vas a echarte una siesta? —Jenny trepó a su espalda para dar saltos—. A veces Lilah duerme en la hierba.

—Lilah duerme en cualquier parte —musitó Holt.

—Si quieres, puedes echarte una siesta en mi cama —invitó ella, luego apoyó un dedo curioso en la cicatriz que veía bajo la camiseta levantada—. Tienes una herida en la espalda.

—Mmm.

—¿Puedo ver? —preguntó Alex, que ya había empezado a trepar.

Holt se puso tenso de forma automática, luego se obligó a relajarse.

—Claro.

Mientras Alex levantaba la camiseta, los ojos de ambos niños se agrandaron mucho. No se parecía a la cicatriz limpia y pequeña que habían admirado en la pierna de él. Esa era larga e irregular, e iba desde la cintura hasta un punto de la espalda que no lograban ver debido a que ya no podían levantarle más la camiseta.

—Cielos —fue lo único que se le ocurrió a Alex. Tragó saliva y luego, con valentía, acercó un dedo a la cicatriz—. ¿Te metiste en una pelea grande?

—No exactamente —recordó el dolor, el increíble resplandor de calor blanco—. Me atacó uno de los malos —respondió, con la esperanza de que eso bastara. Al sentir que la boquita de Jenny se posaba en su espalda, se quedó muy quieto.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó ella.

—Sí —tuvo que suspirar para controlar la voz—. Gracias —se volvió y se sentó para acariciarle el pelo.

Suzanna se hallaba a unos metros y los observaba con el corazón en un puño. Había visto la batalla desde la puerta de la cocina. La había conmovido ver la facilidad con la que Holt se había unido al juego con sus hijos. Sonreía cuando iba a reunirse con ellos... pero se detuvo al ver a Jenny y Alex examinar la herida de la espalda de Holt, y el beso de Jenny para que se sintiera mejor. Había percibido la expresión de emoción descarnada en el rostro de él al volverse para acariciar el pelo de la pequeña.

En ese momento los tres se hallaban en la hierba, con Jenny acurrucada en el regazo de Holt, y el brazo de Alex con gesto afectuoso sobre su hombro. Se tomó un momento para cerciorarse de que tenía los ojos secos antes de seguir avanzando.

—¿Ha terminado la guerra? —preguntó.

—Ganó él —informó Alex.

—No parece haber sido una victoria fácil —tomó a Jenny en brazos cuando la pequeña alzó las manos—. Estáis todos mojados.

—Nos aniquiló... pero yo le di primero.

—Esa es mi chica.

—Y tiene cosquillas —reveló Jenny—. Cosquillas de verdad.

—¿Sí? —le regaló una sonrisa a Holt—. Lo recordaré. Y ahora marchaos. Me he dado cuenta de que nadie guardó el juego con el que os entreteníais.

—Pero, mamá... —Alex tenía lista su excusa, pero frenó ante la expresión de su madre.

—Si no lo recogéis, lo haré yo —indicó ella con suavidad—. Pero entonces me corresponderá vuestra tarta de frambuesa de esta noche.

Alex reflexionó un momento, luego cedió.

—Lo haré y o. Luego me quedaré con la parte de Jenny.

—No —esta corrió hacia la casa perseguida por su hermano.

—Muy hábil, mamá —comentó Holt al incorporarse.

—Conozco sus puntos débiles —lo rodeó con los brazos, sorprendiéndolo. Era raro que ella diera el primer paso—. Tú también estás todo mojado.

—Fuego de francotirador, pero los derribé como a moscas —la acercó y apoyó la mejilla en su pelo—. Son chicos estupendos, Suzanna. Yo, mmm... —no sabía cómo decirle que se había enamorado de ellos, no más que revelarles que también se había enamorado de su madre—. Te estoy mojando —incómodo, se apartó.

—¿Quieres dar un paseo? —con una sonrisa, le acarició la mejilla.

Él pensó en la lista que tenía en el bolsillo. Tomándole la mano, llegó a la conclusión de que podía esperar una hora.

Sabía que ella pondría rumbo a los riscos. Parecía apropiado que caminaran por allí a medida que las sombras se alargaban y el aire refrescaba. Ella habló un poco del trabajo que había terminado ese día y él del casco que había reparado. Pero ninguno de los dos tenía la mente en el trabajo.

—Holt —miró hacia el mar—. ¿Quieres contarme por qué dejaste el cuerpo de policía? —sintió que los dedos de él se ponían rígidos, pero no giró la cara.

—Está hecho —expuso sin rodeos—. No hay nada que contar.

—La cicatriz de tu espalda...

—He dicho que ya está —se soltó y sacó un cigarrillo.

—Comprendo —asimiló el rechazo—. Tu pasado y tus sentimientos personales al respecto no son asunto mío.

—No he dicho eso —dijo una calada impaciente.

—Desde luego que sí. Tú tienes derecho a saber todo lo que hay que saber acerca de mí. Se supone que debo confiar en ti, sin cuestionar nada. Pero no he de interesarme por tus cosas.

—¿Qué es esto, una especie de prueba? —la miró con ojos airados.

—Llámalo lo que quieras —replicó—. Había esperado que ya confiaras en mí, que te importaba para dejarme entrar en tu vida.

—Me importas, maldita sea. ¿No sabes que aún me desgarrar recordarlo? Fueron diez años de mi vida, Suzanna. Diez años —se volvió para arrojar el cigarrillo al abismo.

—Lo siento —instintivamente apoyó las manos en sus hombros para calmarlo—. Si hay alguien que sepa lo doloroso que es sacar viejas heridas, soy yo. ¿Por qué no volvemos? Veré si te puedo encontrar una camisa limpia.

—No —tenía la mandíbula apretada, el cuerpo tenso como un resorte—.Quieres saberlo, tienes derecho. Lo dejé porque no pude sobrellevarlo. Dedicué diez años a decirme que podía marcar una diferencia, que nada de la mierda por

la que tenía que moverme me afectaría. Podía tratar con traficantes, chulos y víctimas todo el día sin perder un minuto de sueño por la noche. Si tenía que matar a alguien, lo hacía en el cumplimiento del deber. No era algo en lo que quisieras reflexionar mucho, sino algo con lo que tenías que vivir. Vi a algunos polis que se quemaron por el camino, pero me dije que eso no iba a sucederme a mí.

Ella guardó silencio y siguió frotándole los músculos tensos de los hombros mientras esperaba que continuara.

—La sección de antivicio te lleva a los abismos, Suzanna. De esa manera terminas por comprender a la gente que tratas de eliminar. Piensas como ellos. Has de hacerlo cuando entras de incógnito, o no vuelves a salir. Hay cosas que jamás pienso contarte, porque me importas. Cosas feas que yo... —cerró los ojos y metió las manos en los bolsillos—. Que no quería volver a ver. Ya había empezado a pensar en regresar aquí —cansado, se frotó los ojos—. Estaba cansado, Suzanna, y quería vivir otra vez como una persona normal, sin tener que ponerme una pistola en la sobaquera todos los días ni hacer tratos con basura en cuartuchos miserables.

» Llevábamos una investigación rutinaria en busca de un traficante pequeño al que creíamos que podríamos sonsacarle información. Recibimos un soplo sobre dónde encontrarlo, y cuando lo arrinconamos en un pequeño antro, resultó que el imbécil llevaba unos veinte mil dólares en coca bajo la ropa y más de un par de rayas en el cerebro. Le entró el pánico. Arrastró a una mujer medio colgada con él y huyó —comenzaban a sudarle las manos, que secó en los vaqueros—. Mi compañero y yo nos separamos para cortarle la salida. Sacó a la mujer al callejón. Con nosotros en cada extremo, no tenía esperanza alguna de escapar. Yo había desenfundado. Estaba oscuro. La basura se había vertido en el suelo.

Aún podía olerla, rancia y fétida, mientras el sudor le bajaba por la espalda.

—Escuchaba a mi compañero avanzar desde el otro extremo y el llanto de la mujer. Le había hecho unos cortes y se hallaba acurrucada en el cemento. No sabía cuán malherida estaba. Recuerdo que pensé que el miserable iba a ser encerrado con cargos superiores a distribución de droga. Entonces saltó sobre mí. Me había clavado el cuchillo antes de que pudiera realizar ningún disparo —todavía sentía cómo el acero le desgarraba el cuerpo, aún olía su propia sangre—. Supe que estaba muerto y no dejé de pensar que no podría ir a casa. Que iba a morir en ese maldito callejón con el hedor de aquella basura. Lo maté mientras caía. Eso es lo que me contaron. No lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es que luego despertaba en el hospital sintiendo como si me hubieran cortado en dos para luego coserme. Me dije que si lo conseguía, iba a regresar aquí. Porque sabía que si tenía que volver a caminar por otro callejón, no volvería a salir de él.

Suzanna lo abrazó con fuerza y apoyó la mejilla en su espalda.

—¿Crees que por haber regresado a casa en vez de entrar en otro callejón has fracasado?

—No lo sé.

—Durante mucho tiempo, eso pensé yo. Nadie me había puesto un cuchillo en la espalda, pero llegué a darme cuenta de que si me quedaba con Bax, si hubiera mantenido aquel voto, una parte de mí habría muerto. Elegí sobrevivir, ¿crees que debería avergonzarme de ello?

—No —se volvió—. No.

Ella alzó las manos para enmarcarle la cara. En sus ojos había comprensión y la simpatía que Holt no habría aceptado ni siquiera una semana antes.

—Yo tampoco lo creo. Odio lo que te pasó, pero me alegro de que te trajera aquí —le dio un beso en los labios para ofrecerle consuelo. Despacio, con una dulzura insoportablemente conmovedora, sintió que él se dejaba ir.

El cuerpo de Holt se relajó al tiempo que la acercaba a él. La boca se le suavizó y encendió. Al fin alcanzaban el siguiente nivel. No solo había pasión y ternura, sino confianza. Mientras el viento susurraba entre la hierba y las brillantes flores silvestres, Suzanna pensó que oía otra cosa, algo tan sereno y hermoso que le provocó lágrimas en los ojos. Cuando vio la cara de él, supo que también Holt lo había oído. Sonrió.

—No estamos solos aquí —murmuró—. Debieron estar en este mismo sitio, abrazándose como lo hacemos nosotros. Deseándose de la misma manera —llena con el momento, se llevó la mano de él a los labios—. ¿Crees que el tiempo y el destino pueden ser circulares?

—Empiezo a creerlo.

—Todavía vienen aquí, a esperar. Me pregunto si alguna vez se encuentran. Pienso que lo harán, si somos capaces de solucionar las cosas —lo besó otra vez y luego le pasó un brazo por la cintura—. Vayamos a casa. Tengo la sensación de que va a ser una noche interesante.

—Suzanna —comenzó mientras emprendían el regreso—, después de la sesión... —calló con expresión incómoda, lo que provocó la risa de ella.

—No te preocupes, en Las Torres solo tenemos fantasmas amigos.

—Sí. Pero no esperes que le dé mucha credibilidad a los cánticos y los trances, aunque de todos modos me preguntaba si después... mira, sé que no te gusta dejar a los niños, pero pensé que podrías ir a mi casa un rato. Hay algunas cosas de las que quiero hablarte.

—¿Qué cosas?

—Simplemente... cosas —repitió con docilidad. Si iba a pedirle que se casara con él, quería hacerlo bien—. Agradecería que pudieras salir una o dos horas.

—De acuerdo, si es importante. ¿Es sobre las esmeraldas?

—No. Es... Preferiría esperar, ¿de acuerdo? Escucha, he de hacer un par de cosas antes de que empecemos a llamar a los espíritus.

—¿No te vas a quedar a cenar?

—No puedo. Volveré —al llegar a la pendiente y pasar ante la pared de piedra, la pegó a él para darle un beso breve e intenso—. Nos vemos luego.

Lo observó partir con el ceño fruncido y quizá lo hubiera seguido, pero la llamaban desde la terraza de la primera planta. Se protegió los ojos y vio a su hermana.

—¡Amanda! —riendo, corrió por el jardín hasta los escalones de piedra—. ¿Qué haces de vuelta? —abrazó con fuerza a la recién casada—. Se te ve maravillosa, aunque se suponía que no volvíais hasta dentro de una semana. ¿Sucede algo?

—No, nada —besó las dos mejillas de Suzanna—. Vamos, te pondré al día.

—¿Adónde vamos?

—A la torre de Bianca. Reunión familiar.

Subieron y luego ascendieron por la estrecha escalera circular que conducía a la torre.

—¿Y la tía Coco? —preguntó Suzanna.

—Le comunicaremos lo que acordemos —repuso Amanda—. Pero parecería demasiado sospechoso si ahora la trajéramos aquí.

—¿Solo reunión de mujeres? —Suzanna asintió y se sentó en el suelo a los pies de Lilah.

—Es lo que se merecen —dijo C. C., cruzando los brazos—. Llevan días escapándose para sus reuniones de club de chicos. Es hora de encarrilar las cosas.

—Max se trae algo entre manos, eso seguro —intervino Lilah—. Actúa con demasiada inocencia. Y los últimos días se ha mantenido cerca de los obreros.

—Supongo que no querrá aprender a poner un tejado —murmuró Suzanna.

—Si fuera así, ya habría comprado veinte libros sobre el tema —Lilah se recostó—. Y esta tarde cuando llegué a casa del trabajo, vi a Trent y a Holt charlando en el cenador. Alguien que no los conociera habría podido pensar que solo tomaban una cerveza, pero planeaban algo.

—De modo que conocen algo que no nos están diciendo —pensativa, Suzanna martilleó los dedos sobre las rodillas. Había tenido la sensación de que pasaba algo, pero Holt la había distraído tan bien, que no actuó según su instinto.

—Hace dos días Sloan mantuvo una larga y sigilosa conversación con Trent por teléfono. La justificó diciendo que había unos problemas con los materiales que debía supervisar en persona —Amanda agitó el pelo con una mueca en la cara—. Y pensó que era lo bastante estúpida como para creérmelo. Quería volver de luna de miel porque traman algo... y pretenden mantener a las mujercitas fuera del camino.

—Que ni lo sueñen —musitó C. C.—. Yo voto para que bajemos ahora mismo y les exijamos que nos cuenten lo que saben. Si Trent cree que me voy a quedar

sentada sin hacer nada mientras él lleva un asunto de las Calhoun, ya verá lo equivocado que está.

—Tortura con agujas de bambú —musitó Lilah, no muy incómoda con la imagen—. Eso potenciará su terquedad. Están en juego los egos masculinos, señoras. Hay que ponerse los cascos y los chalecos antibalas.

Suzanna rio y le palmeó la pierna.

—Repasemos lo que sabemos. Llamen de vuelta a Sloan, de modo que deben creer que están cerca. No me parece que se mostraran tan sigilosos si pensaran que habían dado con las esmeraldas.

—Yo tampoco —como reflexionaba mejor de pie, Amanda se puso a caminar—. ¿Recordáis lo obstinados que fueron cuando decidimos buscar el barco desde el que había saltado Max? Sloan amenazó con... ¿cómo era? Atarme a una estaca boca arriba como tratara de encontrar a Livingston —repuso con vehemencia.

—Trent ni siquiera trata el tema de Livingston conmigo —añadió C. C., luego frunció la nariz—. Dice que no es bueno que esté inquieta en mi condición delicada.

—Me gustaría que un hombre pasara por un parto y tuviera las agallas de llamar delicada a una mujer —comentó Lilah desde el asiento del mirador.

—Holt dice que Livingston está fuera de nuestra liga. De la nuestra —explicó Suzanna, haciendo un movimiento circular con el dedo—. No de la suya.

—Idiota —C. C. se dejó caer en el asiento al lado de Lilah—. ¿Estamos de acuerdo? Tienen una pista sobre Livingston y se la están reservando.

El voto fue unánime.

—Y ahora necesitamos averiguar qué es lo que saben —Amanda dejó de caminar para mover el pie arriba y abajo—. ¿Alguna sugerencia?

—Bueno... —Suzanna contempló sus uñas y sonrió—. Yo estoy a favor de dividir y conquistar. Las cuatro deberíamos ser capaces de obtener información de ellos... cada una a su propia manera. Y mañana a la misma hora nos reuniremos aquí para armar el rompecabezas.

—Me gusta —Lilah se levantó para apoyar una mano en el hombro de Suzanna—. Los pobres no tienen ni una sola posibilidad.

Suzanna alzó la mano para apoyarla sobre la de Lilah; Amanda y C. C., añadieron las suyas.

—Y cuando todo haya terminado —dijo—, quizá se den cuenta de que las mujeres Calhoun saben cuidar de sus asuntos.

II

Holt nunca se había sentido más ridículo en la vida. Iba a tomar parte de una sesión espiritista. Y si eso no era bastante malo, antes de que acabara la noche iba a pedirle a la mujer, que en ese momento se reía de él, que fuera su mujer.

—No es un pelotón de fusilamiento —riendo, Suzanna le palmeó la mejilla—. Relájate.

—Es una absoluta estupidez, eso es lo que es —desde un extremo de la mesa, Colleen observó ceñuda a todos—. La idea de hablar con espíritus... bobadas. Y tú... —apuntó a Coco con un dedo—. No es que alguna vez tuvieras algo de sentido común en esa cabeza de chorlito, pero habría pensado que hasta tú sabrías que no era lógico despertar a las chicas por semejante insensatez.

—No es una insensatez —como siempre, la mirada acerada la hizo temblar, pero se sentía bastante a salvo con la extensión de la mesa separándolas—. Ya lo verás una vez que empecemos.

—Lo que veo es una mesa de chalados —aunque su rostro se mantuvo severo, se le derritió el corazón al levantar la vista hacia el retrato de su madre, que habían colgado sobre la chimenea—. Te ofrezco diez mil por él.

—No está en venta.

—Si crees que vas a engatusarme, joven, te equivocas. Sé reconocer un timo.

Le sonrió. Habría dado hasta el último centavo a favor de que ella misma había organizado más de uno.

—No lo vendo.

—Además, vale mucho más —intervino Lillah, incapaz de seguir en silencio—. ¿No es verdad, profesor?

—Bueno, en realidad, sí —Max se aclaró la garganta—. La primera época de Christian Bradford está subiendo de valor. Hace dos años en Sotheby's, uno de sus paisajes marinos alcanzó los treinta y cinco mil dólares.

—¿Y tú qué eres? —espetó Colleen—. ¿Su agente?

—No, señora —Max contuvo una sonrisa.

—Entonces, cállate. Quince mil, y ni un centavo más.

—No estoy interesado —Holt se pasó la lengua por los dientes.

—Tal vez si nos ocupáramos del asunto que nos ha reunido —Coco contuvo el aliento, a la espera de la cólera de su tía. Cuando Colleen solo farfulló algo apagado y frunció el ceño, se relajó—. Amanda, querida, enciende las velas.

Ahora todos debemos tratar de vaciar nuestras mentes de preocupaciones, de dudas. Concentrémonos en Bianca —cuando las velas ardieron y la luz se apagó, echó un último vistazo alrededor de la mesa—. Juntad las manos.

Holt gruñó en voz baja, pero tomó la mano de Suzanna en la derecha y la de Lilah en la izquierda.

—Concentraos en el cuadro —susurró Coco, cerrando los ojos para llevarlo a su mente, y a que lo tenía en la pared a su espalda—. Está cerca de nosotros, muy cerca. Quiere ayudar.

Holt dejó que su mente vagara porque eso lo ayudaba a olvidar lo que hacía. Trató de imaginar cómo sería cuando Suzanna y él se hallaran a solas en la cabaña. Había comprado velas con olor a jazmín.

En la nevera se enfriaba champán. Incluso en ese momento el estuche le quemaba un agujero en el bolsillo.

«Esta noche daré el paso», pensó. Las palabras saldrían exactamente como las había planeado. Sonaría música. Ella abriría el estuche, miraría dentro...

Las manos de Suzanna estaban cubiertas de esmeraldas. Frunció el ceño y se sacudió mentalmente. Eso no estaba bien. No le había comprado esmeraldas, pero la imagen era muy nítida... Suzanna de rodillas sosteniendo unas esmeraldas. Tres hileras resplandecientes flanqueadas por unos diamantes helados en cuyo centro refulgía una piedra con forma de lágrima de un verde soñador.

El collar Calhoun. Sintió frío en el cuello y no le prestó atención. Había visto la foto que Max había encontrado en el viejo libro de la biblioteca. Sabía que aspecto tenían las esmeraldas. Era la atmósfera, el silencio vibrante y las velas que titilaban lo que hacía que pensara en ellas. Eso había hecho que las viera.

No creía en visiones. Pero cuando cerró los ojos para despejar su mente, esa visión parecía estar grabada allí. Suzanna de rodillas en el suelo con esmeraldas que colgaban de sus dedos.

Sintió una mano en el hombro y giró la cabeza. No había nadie, solo un juego de sombras y luz provocado por las velas. Pero la sensación persistió, con una urgencia que le erizó el vello de la nuca.

«Es una locura», se dijo. Y ya era hora de poner fin a tanta insensatez.

—Escuchad —comenzó. Y el retrato de Bianca se desplomó al suelo.

Coco soltó un chillido y se levantó de un salto de la silla.

—Santo cielo. Santo cielo —murmuró, dándose palmaditas sobre el acelerado corazón.

Amanda fue la primera en ponerse en movimiento.

—Oh, espero que no se haya dañado.

—No lo creo —Lilah soltó la mano de Holt—. ¿Y tú?

La mirada clara y firme lo puso incómodo. Sin prestarle atención, se volvió hacia Suzanna. Sentía su mano helada.

—¿De qué se trata? ¿Qué ha pasado?

—Nada —pero tuvo un veloz escalofrío—. Creo que será mejor que compruebes el retrato.

Se incorporó para acercarse a los demás que se encontraban en cuclillas. Al agacharse, Suzanna miró en dirección a su tía abuela, en el otro extremo de la mesa. La piel blanca de Colleen había palidecido como el cristal. Tenía los ojos húmedos. Sin decir una palabra, Suzanna se levantó y le sirvió un brandy.

—No pasa nada —susurró, apoyando una mano en el hombro delgado.

—El marco se ha resquebrajado —Sloan pasó un dedo por la grieta antes de ponerse de pie—. Es curioso que cayera de esa manera. Esos clavos son robustos.

Holt iba a descartar el comentario, pero al inclinarse para ver por dónde se había separado el marco de la madera de sujeción, se quedó muy quieto.

—Hay algo entre el lienzo y la parte de atrás —alzó el retrato y lo depositó cara abajo sobre la mesa—. Necesito un cuchillo.

Sloan sacó su navaja de bolsillo y se la ofreció. Holt realizó un corte fino y largo justo debajo de la grieta del marco y extrajo varias hojas de papel.

—¿Qué es? —preguntó Coco con voz amortiguada por las manos que se había llevado a la boca.

—Es la caligrafía de mi abuelo —lo embargó la emoción—. Parece una especie de diario. Es de mil novecientos sesenta y cinco.

—Siéntate, querido —Coco apoyó una mano en su hombro—. Trent, ¿quieres servir el brandy? Yo prepararé té para C. C.

No necesitaba sentarse y esperaba que la copa le diera firmeza. Por el momento, solo podía contemplar fijamente los papeles y ver a su abuelo. Sentado en el porche de atrás de la cabaña con la vista clavada en el agua. De pie en el ático mientras pintaba. Paseando por los riscos, contándole historias a un joven.

Cuando Suzanna regresó para apoyar una mano en la suya, giró la palma y le tomó los dedos.

—Ha estado aquí todo este tiempo y yo no lo supe.

—No tenías que saberlo —musitó ella—. Hasta esta noche —cuando la miró, le apretó la mano—. Algunas cosas hemos de aceptarlas con fe. Algo sucedió esta noche. Algo te inquietó.

—Te lo contaré. Pero todavía no.

Compuesta, Coco llevó el té y luego se sentó.

—Holt, sea lo que fuere lo que escribió tu abuelo, te pertenece a ti. Nadie aquí te pedirá que lo compartas. Si después de leerlo sientes que prefieres guardártelo para ti, lo comprenderemos.

Él volvió a contemplar los papeles, luego alzó la primera hoja.

—Lo leeremos juntos —respiró hondo sin soltar la mano de Suzanna—. « En

cuanto la vi, mi vida cambió» .

Nadie habló mientras Holt leía las memorias de su abuelo. Pero alrededor de la mesa las manos volvieron a unirse. No había más sonido que el de la voz de él y el viento entre los árboles más allá de las ventanas. Cuando terminó, en la habitación imperó el silencio.

Lilah habló primero, con la voz espesa por las lágrimas.

—Nunca dejó de amarla. La amó siempre, a pesar de continuar con su vida.

—Lo que debió sentir al venir aquí aquella noche y descubrir que ya no estaba —Amanda apoyó la cabeza en el hombro de Sloan.

—Pero él tenía razón —Suzanna vio que una de sus lágrimas caía en el dorso de la mano de Holt—. Ella no se suicidó. No pudo haberlo hecho. No solo lo amaba demasiado, sino que habría tolerado cualquier cosa para proteger a sus hijos.

—No, no saltó —susurró Colleen. Alzó la copa con mano temblorosa, y luego volvió a bajarla—. Jamás he hablado de aquella noche... con nadie. Con los años a veces he pensado que lo que vi fue un sueño. Una pesadilla terrible, terrible —decidida, se aclaró la visión borrosa y fortaleció la voz—. Su Christian la entendía. No habría podido escribir sobre ella de esa manera sin conocer su corazón. Era hermosa, pero también era amable y generosa. Jamás me han querido como me quiso mi madre. Y nunca he odiado como odié a mi padre.

Irguió los hombros. La carga ya se había mitigado.

—Yo era demasiado joven para entender su infelicidad o desesperación. En aquellos días un hombre gobernaba en su casa y en su familia según le apetecía. Nadie osaba cuestionar a mi padre. Pero recuerdo el día en que mi madre trajo el cachorro a casa, el pequeño animal que mi padre no aceptó en su hogar. Ella nos dijo que nos fuéramos arriba, pero yo me escondí en lo alto de las escaleras y escuché. Nunca antes la había oído alzarle la voz a él. Fue valiente. Y él cruel. No entendí los nombres con los que la llamó. Entonces.

Hizo una pausa para beber otra vez, ya que tenía la garganta seca y el recuerdo era amargo.

—Me defendió contra él, sabiendo como incluso yo sabía que por ser mujer apenas me toleraba. Cuando se marchó de casa después de la discusión, me alegré. Aquella noche recé para que no volviera nunca. Al día siguiente mi madre me dijo que íbamos a hacer un viaje. Aún no se lo había contado a mis hermanos, pero yo era la mayor. Quería que comprendiera que ella iba a cuidar de nosotros, que nada malo iba a suceder.

» Entonces él volvió. Supe que mi madre estaba inquieta, incluso asustada. Me dijo que me quedara en mi habitación hasta que fuera a buscarme. Pero no apareció. Se hizo tarde, y había una tormenta. Quería a mi madre —juntó los labios—. No estaba en su habitación, así que subí a la torre, donde a menudo pasaba tiempo conmigo. Al subir con sigilo los oí. La puerta estaba abierta. Tenía

lugar una discusión terrible. Él estaba loco de furia. Ella le dijo que ya no pensaba vivir a su lado, que no quería nada de él, salvo a sus hijos y su libertad.

Como Colleen temblaba, Coco se levantó y fue a tomarle la mano.

—La golpeó. Oí la bofetada y corrí a la puerta. Pero tenía miedo, demasiado, para entrar. Ella se había llevado una mano a la mejilla y sus ojos centelleaban. No de miedo, sino de furia. Siempre recordaré que al final no albergó ningún temor. Él la amenazó con el escándalo. Le gritó que si dejaba la casa nunca más volvería a ver a sus hijos. Que jamás iba a dejar que arruinara su reputación. Que nunca representaría un obstáculo en el camino de sus ambiciones.

Aunque le temblaban los labios, alzó el mentón.

—Ella no suplicó. No lloró. Lo golpeó con las palabras —se llevó una mano a la boca para controlar sus lágrimas—. Estuvo magnífica. Nunca le arrebatarían a sus hijos y al cuerno con el escándalo. ¿Es qué creía que le importaba lo que la gente pensara de ella? ¿Es que creía que temía su poder para que la sociedad la aislara? Se llevaría a sus hijos y reharían su vida allí donde pudieran ser queridos. Creo que fue eso lo que lo volvió loco. La idea de que eligiera a otro hombre por encima de él. De él, Fergus Calhoun. Que le tirara a la cara su dinero, posición y poder, en vez de inclinarse ante sus deseos. La agarró y la alzó en el aire, sacudiéndola y gritándole mientras la cara se le ponía morada de furia. Creo que entonces yo grité, y al oírme ella comenzó a luchar. Al golpearlo, él la tiró a un lado. Oí el ruido del cristal. Él corrió hacia ella, gritando, pero mamá ya había caído. No sé cuánto tiempo estuvo allí mientras el viento lo azotaba y la lluvia entraba en la torre. Pasó a mi lado sin verme. Me acerqué a la ventana rota y miré abajo hasta que vino la niñera y me sacó de allí.

Coco besó el cabello blanco, que acarició con suavidad.

—Ven conmigo, querida. Te llevaré arriba. Lilah te traerá una taza de té.

—Sí, en seguida lo preparo —Lilah se secó las mejillas—. ¿Max?

—Te acompañaré —le rodeó la cintura con el brazo mientras Coco conducía a la hija de Bianca fuera de la estancia.

—Pobrecita —murmuró Suzanna y apoyó la cabeza en el hombro de Holt mientras se alejaban de Las Torres—. Haber presenciado algo tan horrible, haber tenido que vivir con ello toda su vida. Pienso en Jenny...

—No lo hagas —apoyó una mano firme sobre la suya—. Tú escapaste. Bianca no —aguardó un momento—. Lo sabías, ¿verdad? Antes de que Colleen contara la historia.

—Sabía que no se había suicidado. No sé explicarte cómo, pero lo supe esta noche. Fue como si la tuviera justo detrás de mí.

Holt pensó en la sensación de tener una mano en el hombro.

—Quizá la tuvieras. Después de una noche como esta, me cuesta

convencerme de que la caída del cuadro fue una coincidencia.

—Fue hermoso lo que tu abuelo escribió sobre ella —Suzanna cerró los ojos—. Si nunca encontramos las esmeraldas, tenemos eso... sabremos que ella tuvo eso. Cuesta creer que amar así sea posible —suspiró—. No quiero pensar en la tragedia o la tristeza, sino en el tiempo que dispusieron juntos. En ellos bailando entre las flores silvestres.

Holt pensó en que nunca había bailado con ella a la luz del sol. En que no le había leído poesía ni le había prometido amor eterno.

Al llegar a la cabaña, Holt se inclinó por delante de ella.

—¿Qué haces? —preguntó Suzanna sorprendida.

—Te abro la puerta —la empujó—. Si hubiera bajado para hacerlo, no habrías esperado.

—Gracias —divertida, bajó.

—De nada —después de introducir la llave en la puerta delantera, la mantuvo abierta para ella.

Con expresión seria, Suzanna inclinó la cabeza al pasar delante.

—Gracias —Holt dejó que la mosquitera se cerrara. Con las cejas enarcadas, ella estudió la habitación—. Has hecho algo diferente.

—La limpié —musitó.

—Oh. Se ve muy bien. ¿Sabes, Holt?, quería preguntarte si crees que Livingston sigue en la isla.

—¿Por qué? ¿Ha sucedido algo?

—No —repuso moviéndose por la habitación ante la respuesta demasiado brusca de él—. Me preguntaba dónde estaría, cual podría ser su siguiente movimiento —pasó un dedo por una de las velas que Holt había comprado—. ¿Tienes alguna idea?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Tú eres el experto en el tema.

—Y te dije que me dejaras a Livingston a mí.

—Y yo que no podía hacerlo. Quizá empiece a hacer indagaciones por mi cuenta.

—Inténtalo, y te esposaré y te encerraré en un armario.

—La contrapartida urbana de atar a una estaca —murmuró—. No tendría que intentarlo si me contaras lo que sabes. O lo que piensas.

—¿Qué es lo que ha sacado este tema?

—Como disponemos de un poco de tiempo —movió un hombro—, pensé que podríamos hablar de ello.

—¿Por qué no te sientas? —sacó el mechero.

—¿Qué haces?

—Encender las velas —sentía que los nervios se le tensaban—. ¿Qué parece que estoy haciendo?

Ella se sentó y juntó las manos.

—Como te veo tan nervioso, he de asumir que sí conoces algo.

—No tienes que asumir nada salvo que me estás irritando —se dirigió al equipo de música.

—¿Estás muy cerca? —preguntó cuando un saxo llenó la atmósfera.

—No estoy en ninguna parte —como era una mentira, decidió atemperarla con parte de la verdad—. Creo que anda por la zona porque hace unas semanas entró aquí a echar un vistazo.

—¿Qué? —se levantó de un salto—. ¿Hace un par de semanas y no me lo has contado?

—¿Qué ibas a hacer al respecto? —replicó—. ¿Sacar una lupa y ponerte un sombrero de caza?

—Tenía derecho a saberlo.

—Ya lo sabes. Siéntate, ¿quieres? Vuelvo en un minuto.

Cuando él salió, se puso a caminar por el salón. Holt sabía más que lo que revelaba, pero al menos le había sonsacado algo. Livingston andaba cerca, lo bastante cerca como para saber que quizá Holt conociera algo de interés. El hecho de que en ese momento Holt estuviera tenso como un muelle le indicaba que le preocupaba algo más.

Con una sonrisa, notó que las velas eran aromáticas. No imaginaba que hubiera comprado velas de jazmín adrede. Pensó que quizá ayudarla con las flores empezaba a ponerlo nervioso.

Cuando él volvió, la sonrisa de Suzanna adquirió una expresión desconcertada.

—¿Eso es champán?

—Sí —estaba profundamente disgustado. Había imaginado que ella se mostraría encantada. Pero no dejaba de cuestionarlo todo—. ¿Quieres un poco o no?

—Claro —la invitación seca era tan típica de él, que no se ofendió. Una vez llenó las copas, la entrechocó con gesto distraído contra la de Holt—. Si estás seguro de que fue Livingston quien entró aquí, creo que...

—Una palabra más —cortó con calma peligrosa—, una palabra más sobre Livingston y te echaré el resto de la botella sobre la cabeza.

Ella bebió convencida de que tendría que ir con cuidado si no quería desperdiciar una botella de champán y terminar con el pelo pegajoso.

—Solo trato de hacerme una idea completa del cuadro.

Él soltó algo próximo a un rugido de frustración y dio la vuelta. El champán se agitó en su copa al ir de un lado a otro.

—Ella quiere una idea completa del cuadro, y es ciega como un murciélago. He sacado dos meses de polvo de esta casa. He comprado velas y flores. He tenido que escuchar a un idiota enseñarme cosas sobre el champán. Ese es el cuadro, maldita sea.

Suzanna había querido sacarle información, no enfurecerlo.

—Holt...

—Siéntate y cállate. Tendría que haber imaginado que esto se estropearía. Dios sabe por qué he tratado de hacerlo de esta forma.

A ella se le encendió una lámpara y sonrió. Había estado demasiado centrada en su propio plan, sin notar que él había preparado el escenario.

—Holt, eres muy dulce por haberte tomado tantas molestias. Lamento haber dado la impresión de no apreciarlo. Si querías que viniera esta noche para que hiciéramos el amor...

—No quiero hacer el amor contigo —maldijo con ferocidad—. Claro que quiero hacer el amor contigo, pero no es eso. ¡Intento pedirte que te cases conmigo, así que siéntate!

Como las piernas de ella se habían derretido, se deslizó a la silla.

—Esto es perfecto —él se bebió el resto del champán y se puso a caminar otra vez—. Simplemente perfecto. Intento decirte que estoy loco por ti, que no creo que pueda vivir sin ti, y lo único que sabes hacer tú es interrogarme sobre mis acciones y un obsesivo ladrón de joyas.

—Lo siento —con cautela, se llevó la copa a los labios.

—Y deberías sentirlo —convino con amargura—. Estaba listo para quedar como un tonto por ti, y ni siquiera me lo permites. He estado enamorado de ti casi la mitad de mi vida. Incluso cuando me marché, no fui capaz de quitarte de mi mente. Has estropeado al resto de las mujeres. Cuando comenzaba a intimar con alguien... aparecías tú y pensaba que no se parecía a ti, y eso que nunca logré pasar más allá de tu puerta de servicio.

Enamorado. Esa palabra daba vueltas en la cabeza de Suzanna. Enamorado.

—Pensé que ni siquiera te caía bien.

—No podía soportarte —se pasó la mano libre por el pelo—. Cada vez que te miraba, te deseaba tanto que no podía respirar. Se me resecaba la boca y sentía un nudo en el estómago, y tú simplemente sonreías y seguías andando. Quería estrangularte. Chocas conmigo, me tiras de la moto y yo estoy en el suelo sangrando y... humillado. Tú estás inclinada sobre mí, hueles al paraíso y me recorres el cuerpo con las manos para ver si tengo algo roto. Un minuto más y te habría tirado sobre el asfalto conmigo —se pasó la mano por la cara—. Dios, solo tenías dieciséis años.

—Y me llenaste de improperios.

La cara de él era un cuadro de ira y disgusto.

—Por supuesto que te llené de improperios. Mejor eso que lo que quería hacerte —empezaba a calmarse, poco a poco—. Me convencí a mí mismo de que únicamente se trataba de una fantasía de adolescente. Hasta que entraste en mi patio. Te miré y volvió a researse la boca y otra vez sentí un nudo en el estómago. Los dos ya habíamos dejado de ser adolescentes —dejó la copa al

tiempo que notaba que ella asía la suya con las dos manos. Sus enormes ojos estaban clavados en él—. Suzanna, esto no se me da bien. Pensé que podría lograrlo. Ya sabes, preparar la atmósfera. Y después de que hubieras bebido suficiente champán, te convencería de que podría hacerte feliz.

—No necesito champán y luz de velas, Holt —quiso relajar las manos pero no pudo.

—Cariño, has nacido para eso —sonrió un poco—. Podría mentirte y decirte que recordaré dártelos todas las noches. Pero no es así.

Suzanna bajó la vista a la copa y se preguntó si estaba preparada para correr otra vez ese tipo de riesgo. Una cosa era amarlo, y que él la amara resultaba increíble. Pero el matrimonio...

—¿Por qué no me cuentas la verdad, entonces?

Se acercó para sentarse en el reposabrazos del sofá y mirarla.

—Te amo. Por nadie he sentido jamás lo que siento por ti. Pase lo que pase, nunca volveré a sentir esto por nadie. No hay forma de eliminar lo que nos ha pasado a ambos en los últimos años, pero quizá podamos mejorar las cosas para nosotros. Para los niños.

—Puede que nunca sea fácil. Bax siempre será su padre legal.

—Pero no será él quien los quiera —cuando los ojos de Suzanna se humedecieron, Holt movió la cabeza—. No los voy a usar para llegar hasta ti. Sé que podría, pero primero ha de ser entre tú y yo. Puede que me haya encariñado con ellos y que quiera... pienso que se me podría dar muy bien ser su padre, pero no deseo que te cases conmigo por ellos.

—Nunca quise volver a amar —suspiró—. Y bajo ningún concepto quería volver a casarme. Hasta que apareciste tú —dejó la copa a un lado y le tomó la mano—. No puedo afirmar haberte amado tanto tiempo, pero tú no podrías amarme como yo te amo a ti.

Él no se conformó con su mano y la abrazó. Cuando al fin logró separar la boca de sus labios, enterró la cara en su cabello.

—No me digas que necesitas pensártelo, Suzanna.

—No necesito pensarlo —no recordaba la última vez que su corazón y su mente hubieran estado tan serenos—. Me casaré contigo —antes de que las palabras hubieran terminado de salir de su boca, caía con Holt en el sofá. Reía mientras se quitaban la ropa, y seguía riendo cuando los movimientos febriles los hicieron caer al suelo—. Lo sabía —le mordisqueó el hombro—. Me has traído para hacer el amor.

—¿Es mi culpa si eres incapaz de mantener tus manos lejos de mí? —le besó el cuello.

Ella sonrió y ladeó la cabeza para darle fácil acceso.

—Holt, ¿de verdad pensaste en tirarme al suelo cuando te caíste de la moto?

—Cuando me atropellaste —corrigió—. Sí. Deja que te muestre lo que tenía

en mente.

Más tarde se hallaban en el suelo como muñecos de trapo, una maraña de extremidades. Cuando pudo, Suzanna levantó la cabeza del pecho de Holt.

—Ha sido mucho mejor que no lo intentáramos hace doce años.

Con pereza, él abrió los ojos. Ella le sonreía y la luz de las velas brillaba en sus ojos.

—Mucho mejor. La espalda se me habría despellejado.

—Siempre me asustaste un poco —se movió para trazar la forma de la cara de Holt—. Parecías tan sombrío y peligroso. Desde luego, las chicas solían hablar de ti.

—¿Sí? ¿Qué decían?

—Te lo diré cuando tengas sesenta años —la pellizcó, pero ella solo rio y apoyó la mejilla en la suya—. Cuando tengas sesenta años, seremos un matrimonio viejo con nietos.

—Y seguirás sin poder tener las manos lejos de mí.

—Y te recordaré la noche en que me pediste que me casara contigo, cuando me regalaste flores y luz de velas, para luego enfurecerte y gritarme, consiguiendo que te amara aún más.

—Si solo hace falta eso, delirarás cuando tenga sesenta años.

—Ya me pasa ahora —bajó la cara para besarlo.

—Suzanna —la acercó más, comenzó a situarla debajo y entonces soltó un juramento—. Es por tu culpa —dijo al apartarla.

—¿Qué?

—Se suponía que ibas a estar sentada, aturdida por mi destreza romántica —luchó por desenmarañar los vaqueros y sacar el estuche del bolsillo—. Luego me iba a poner de rodillas.

Con los ojos muy abiertos, contempló el estuche y luego a él.

—No.

—Sí. Iba a sentirme como un idiota, pero iba a hacerlo. Solo tú eres la culpable de que estemos tumbados en el suelo, desnudos.

—Me has traído un anillo —susurró.

Impaciente con ella, Holt levantó la tapa.

—No quería regalarte diamantes —se encogió de hombros al recibir silencio. Suzanna seguía con la vista clavada en el estuche—. Supuse que ya los tenías. Pensé en esmeraldas, pero las tendrás. Y esto se parece más a tus ojos.

Con visión borrosa vio que había diamantes, diminutos y preciosos en forma de corazón alrededor de un zafiro profundo y brillante. No eran fríos como los diamantes que había vendido, sino que daban calor al intenso fuego azul que circundaban.

Holt observó caer la primera lágrima con bastante incomodidad.

—Si no te gusta, podemos cambiarlo. Puedes elegir lo que te apetezca.

—Es hermoso —apartó una lágrima con el dorso de la mano—. Lo siento. Odio llorar. Lo que pasa es que es tan hermoso y me lo regalas porque me amas. Y cuando me lo ponga... —lo miró con ojos anegados—, seré tuya.

Juntó la frente con la de Suzanna. Esas eran las palabras que había querido oír. Las que necesitaba. Sacó el anillo del estuche y se lo puso.

—Eres mía —le besó los dedos, luego los labios—. Soy tuyo —volvió a acercarla y recordó las palabras de su abuelo—. Eternamente.

Por la mañana Suzanna se llevó a los niños a la tienda. No podía contarle la noticia al resto de la familia antes de haber comprobado los sentimientos de Alex y Jenny. Era un día brillante y caluroso. Al llegar, se dirigió al invernadero para comprobar unas plantas.

Los dejó discutir un rato sobre qué plantas serían las más grandes o las mejores.

—¿Os cae bien Holt? —preguntó de forma casual, con los nervios tensos.

—Es guay —Alex se sintió tentado a desviar el pulverizador sobre su hermana, pero la última vez que lo hizo se había metido en problemas.

—A veces juega con nosotros —intervino Jenny, que esperaba impaciente su turno—. Me gusta cuando me tira al aire.

—A mí también me gusta —Suzanna se relajó un poco.

—¿Te tira al aire? —quiso saber Jenny.

—No —rio y le revolvió el pelo.

—Podría. Tiene músculos grandes —de mala gana, le entregó el pulverizador a su hermana—. Me dejó tocárselos —hizo una mueca y tensó los suyos.

Para complacerlo, Suzanna tocó los diminutos bíceps.

—Vaya. Están duros.

—Es lo que dijo él.

—Me preguntaba... —se secó unas manos nerviosas sobre los vaqueros—. ¿Cómo os sentaría si viviera con nosotros, todo el tiempo?

—Sería estupendo —decidió Jenny—. Juega con nosotros incluso cuando no se lo pedimos.

—¿Alex? —se dirigió a su hijo.

—¿Vas a casarte, como C. C. y Amanda? —con el ceño fruncido, el pequeño movió los pies.

«Diablillo listo», pensó ella al agacharse.

—Pensaba en ello. ¿Qué te parece?

—¿Tendré que volver a ponerme ese horrible esmoquin?

—Probablemente —sonrió y le acarició la mejilla.

—¿Va a ser nuestro tío, como Trent, Sloan y Max? —preguntó Jenny.

Suzanna se incorporó para apagar el pulverizador antes de contestar a su hija.

—No. Sería vuestro padrastro.

Los hermanos intercambiaron una mirada.

—¿Y le seguiremos cayendo bien?

—Claro que sí, Jenny.

—¿Tendremos que ir a vivir a otra parte?

—No —suspiró y pasó los dedos por el pelo de Alex—. Él se vendría a vivir con nosotros en Las Torres, o quizá nosotros nos iríamos a vivir a su cabaña. Seríamos una familia.

Alex lo meditó.

—¿También sería padrastro de Kevin?

—No —tuvo que besarlo—. La madre de Kevin es Megan, y quizá algún día ella se enamora y se case. Entonces Kevin tendrá un padre.

—¿Te has enamorado de Holt? —inquirió Jenny.

—Sí —sintió que Alex se movía incómodo y sonrió—. Me gustaría casarme con él para que todos pudiéramos vivir juntos. Pero tanto Holt como yo queríamos saber qué pensabais vosotros.

—A mí me gusta —anunció Jenny—. Me deja montar sobre sus hombros.

Alex se encogió de hombros, un poco más cauto.

—Quizá esté bien.

Preocupada, Suzanna se levantó.

—Podemos hablar de ello un poco más. Vayamos a preparar la tienda.

Salieron del invernadero justo cuando Holt se metía en el aparcamiento de grava. Sabía que le había dicho a Suzanna que esperaría hasta el mediodía, pero no había sido capaz. Despertó sintiendo que preferiría entrar en otro callejón antes que enfrentarse a esos dos niños que con tanta facilidad podían rechazarlo. Metió las manos en los bolsillos y trató de aparentar indiferencia.

—Hola.

—Hola —Suzanna quiso abrazarlo, pero sus hijos retenían sus manos.

—Pensé en darme una vuelta por aquí y... ¿cómo va todo?

Jenny le ofreció una sonrisa tímida y se pegó más a su madre.

—Mamá dice que os vais a casar, que serás nuestro padrastro y vivirás con nosotros.

Holt tuvo que contener las ganas de mover los pies.

—Ese es el plan.

Alex apretó los dedos de Suzanna mientras miraba a Holt.

—¿Nos vas a gritar?

Después de mirar un instante a Suzanna, Holt se agachó hasta quedar a la altura del pequeño.

—Tal vez. Si lo necesitáis.

Alex confió en la veracidad de la respuesta más de lo que habría hecho una negativa rotunda.

—¿Pegas? —recordó los cachetes que había recibido durante las vacaciones.

Lo habían insultado más que dolido, pero aún le molestaban.

Holt puso la mano bajo la barbilla del pequeño y la mantuvo con firmeza.

—No —respondió, y la expresión de los ojos hizo que Alex lo creyera—. Pero es posible que os cuelgue de los dedos pulgares o que os meta en aceite hirviendo. Si me enfurezco de verdad, os pondré sobre un hormiguero.

Alex tuvo ganas de sonreír, pero todavía no había terminado con el interrogatorio.

—¿Vas a hacer llorar a mamá como él?

—Alex —comenzó Suzanna, pero Holt la interrumpió.

—Quizá alguna vez, si soy estúpido. Pero no a propósito. La amo mucho, así que quiero hacerla feliz. A veces tal vez lo estropee.

Alex frunció el ceño y lo meditó.

—¿Vas a besarla y todo eso? Desde que Trent, Sloan y Max llegaron, siempre se ven besos.

—Sí —Holt se relajó y sonrió—. Voy a besarla y todo eso.

—Pero no te gustará —aventuró Alex con esperanza—. Lo harás solo porque a mamá le gusta.

—Lo siento, pero a mí también me gusta.

—Cielos —musitó el pequeño, derrotado.

—Hazlo ahora —Jenny bailó y rio entre dientes—. Hazlo ahora para que pueda verlo.

Deseoso de complacerla, se irguió y aproximó a Suzanna. Cuando separó los labios de los de ella, Alex estaba sonrojado y Jenny aplaudía.

—Odio decírtelo —le comentó Holt en serio—, pero un día también a ti te va a gustar.

—Mmm. Antes prefiero comer tierra.

Riendo, Holt lo levantó en brazos y se sintió aliviado y encantado cuando Alex le pasó un brazo alrededor del cuello.

—Dímelo en diez años.

—A mí me gusta —insistió Jenny, tirando de su pantalón—. A mí me gusta ahora. Bésame —él la alzó con su otro brazo y besó sus labios diminutos y a la espera. Ella sonrió con expresión jubilosa en sus enormes ojos azules—. A mamá la besaste de manera diferente.

—Eso se debe a que ella es la mamá y tú la pequeña.

A Jenny le gustaba como olía, cómo la sostenía su brazo. Cuando le acarició la mejilla, se sintió un poco decepcionada de que ese día la tuviera suave.

—¿Puedo llamarte papi? —preguntó, haciendo que Holt le diera un vuelco el corazón.

—Yo... eh... claro. Si tú quieres.

—Papi es para bebés —comentó Alex disgustado—. Pero puedes ser papá.

—De acuerdo —miró a Suzanna—. De acuerdo.

Holt deseó haber podido pasar el día con ellos, pero había cosas que hacer. En ese momento tenía una familia, algo que aún lo asombraba, y pretendía protegerla. Ya había llamado a sus contactos de Portland y aguardaba el chequeo de los cuatro nombres de la lista de Trent. Mientras esperaba, llamó al Departamento de Tráfico, a la oficina de crédito y Hacienda, haciendo un poco de trampa al dar su antiguo número de placa y rango.

Entre información e instinto, redujo a dos los cuatro nombres. Mientras esperaba que le devolvieran una llamada, leyó otra vez el diario de su abuelo.

Entendía los sentimientos que había bajo las palabras, la añoranza, la devoción. Entendía la ira que había sentido su abuelo al enterarse de que la mujer a la que amaba había sufrido abuso a manos del hombre con el que se había casado. Se preguntó si era coincidencia o destino que su relación con Suzanna tuviera tantas similitudes con la de sus antepasados. Al menos en esa ocasión la historia tendría un final feliz.

« Los diamantes de Suzanna », pensó, martilleando los dedos sobre las hojas. « Las esmeraldas de Bianca ». Suzanna había escondido sus joyas, el único objeto material que creía que le correspondía por el matrimonio, como seguridad para sus hijos. Tenía que creer que Bianca había hecho lo mismo.

« Entonces, ¿dónde está el equivalente del paquete de pañales de Jenny? », se preguntó.

Cuando sonó el teléfono, contestó a la primera. Antes de colgar, ya no albergó dudas de que había descubierto a su hombre. Entró en el dormitorio y comprobó su arma. Se la ajustó a la pantorrilla.

Quince minutos más tarde, caminaba por entre el caos del ala oeste. Encontró a Sloan en lo que era una suite de dos niveles casi acabada. Con un cinturón para herramientas y vaqueros, supervisaba la construcción de una nueva escalera.

—No sabía que los arquitectos blandieran martillos —comentó Holt.

—Tengo un interés personal —Sloan sonrió.

—¿Quién es Marshall? —preguntó, mirando al grupo de obreros.

Alertado, Sloan se desabrochó el cinturón.

—Está en el siguiente nivel.

—Me gustaría mantener una charla con él.

—Te acompañaré —esperó hasta que quedaron fuera del alcance auditivo de los hombres—. ¿Crees que es él?

—Robert Marshall no solicitó un carnet de conducir de Maine hasta seis meses atrás. Jamás ha pagado impuestos con el nombre y el número de la seguridad social que está usando. No se suele comprobar con Tráfico o Hacienda cuando se contrata a alguien.

Sloan maldijo y flexionó los dedos. Aún podía ver a Amanda correr por la terraza perseguida por un hombre armado.

—Seré el primero en darle.

—Comprendo el sentimiento, pero tendrás que contenerlo.

Sloan le hizo una señal al capataz.

—¿Marshall? —preguntó con brevedad.

—¿Bob? —el capataz sacó un pañuelo para secarse el cuello—. Acaba de irse. Le dije que llevara a Rick a Urgencias. Se hizo un corte en el pulgar y necesitaba puntos.

—¿Hace cuánto que se fue?

—Unos veinte minutos, supongo. Les dije que se tomaran el resto del día libre, ya que pararemos a las cuatro —volvió a guardarse el pañuelo—. ¿Algún problema?

—No —Sloan contuvo su malhumor—. Hazme saber cómo se encuentra Rick

—Claro —le gritó a uno de los carpinteros y se marchó.

—Necesito una dirección —dijo Holt.

—Trent se encarga de los papeles —se marcharon de allí—. ¿Vas a entregárselo al teniente Koogar?

—No —repuso simplemente.

—Bien.

Dieron con Trent en la oficina que había montado en la planta baja, tenía unas carpetas cerca y hablaba por teléfono. Los observó a los dos.

—Te volveré a llamar —dijo al teléfono antes de colgar—. ¿Quién es?

—Usa el nombre de Robert Marshall —Holt sacó un cigarrillo—. El capataz lo dejó irse temprano. Quiero una dirección.

Sin decir nada, Trent se dirigió a un archivador para sacar una carpeta.

—Max está arriba. Él también participa en esto.

—Entonces ve a buscarlo —Holt repasó la carpeta de Marshall—. Lo haremos juntos.

El apartamento que Marshall había apuntado se hallaba a las afueras del pueblo. Una mujer encorvada abrió la puerta al tercer golpe atronador de Holt.

—¿Qué? ¿Qué? —demandó—. No quiero ninguna enciclopedia ni aspiradora.

—Buscamos a Robert Marshall —explicó Holt.

—¿Quién? ¿Quién? —lo escudriñó a través de los cristales gruesos de sus gafas.

—Robert Marshall —repetió.

—No conozco a ningún Marshall —gruñó—. Hay un McNeilly en la puerta de al lado y un Mitchell abajo, pero ningún Marshall. Tampoco me interesa comprar ningún seguro.

—No vendemos nada —indicó Trent con su voz más paciente—. Buscamos a

un hombre llamado Robert Marshall que vive en esta dirección.

—Les he dicho que no hay ningún Marshall. Yo vivo aquí desde hace quince años, desde que ese vago inútil con el que me casé falleció y me dejó solo con deudas. A usted lo conozco —dijo de pronto, señalando a Sloan con un dedo nudoso—. Vi su foto en el periódico —desvió la mano a una mesa que había junto a la puerta y asió un sujetalibros de hierro—. Robó un banco.

—No, señora. Me casé con Amanda Calhoun.

La mujer sostuvo el sujetalibros mientras reflexionaba.

—Una de las chicas Calhoun. Es cierto. La más joven... no, esa no, la siguiente —satisfecha, dejó el sujetalibros en la mesa—. Bueno, ¿qué quieren?

—A Robert Marshall —repitió Holt—. Dio este edificio y este apartamento como su dirección.

—Entonces es un mentiroso o un tonto, porque vivo aquí desde que el inútil de mi marido pilló neumonía y murió. Hoy aquí, y mañana no —chasqueó los dedos—. Poco he perdido.

Pensando que era un callejón sin salida, Holt miró a Sloan.

—Dale una descripción.

—Tiene unos treinta años, un metro ochenta de altura, delgado, pelo negro hasta los hombros, bigote tupido.

—No lo conozco.

—Déjame a mí —intervino Max y describió al hombre al que había conocido como Ellis Caufield.

—Parece mi sobrino. Vive en Rochester con su segunda mujer. Vende coches usados.

—Gracias —a Holt no le sorprendió que el ladrón hubiera dado una dirección falsa, pero estaba irritado. Al salir del edificio, sacó una moneda de un cuarto de dólar.

—Supongo que nos toca esperar hasta mañana —decía Max—. No sabe que lo buscamos, así que aparecerá por el trabajo.

—Ya estoy harto de esperar —se dirigió a una cabina telefónica. Después de meter la moneda, marcó un número—. Soy el detective Bradford, del departamento de policía de Portland, placa número 7375. Necesito una comprobación —dio el teléfono que aparecía en la carpeta de Marshall. Luego esperó con la paciencia de un policía mientras la operadora ponía en marcha su ordenador—. Gracias —colgó y se volvió hacia los tres hombres—. Bar Island —informó—. Iremos en mi barco.

Mientras sus hombres se preparaban para cruzar la bahía, las mujeres Calhoun se reunían en la torre de Bianca.

—Y bien —comenzó Amanda, con bloc de notas y lápiz—. ¿Qué es lo que

sabemos?

—Trent ha estado comprobando las carpetas personales —aportó C. C.—. Afirmó que había algún problema con la retención de impuestos, pero es mentira.

—Interesante —murmuró Lilah—. Esta mañana Max me impidió ir al ala oeste. Mi intención era ver cómo marchaban las cosas, y me puso todo tipo de excusas blandas de por qué no debería distraer a los hombres mientras trabajaban.

—Y Sloan guardó un par de carpetas en un cajón, que cerró nada más entrar y anoche en la habitación —Amanda martilleó el bloc con el lápiz—. Si de verdad están comprobando a los obreros, ¿qué es lo que querrían que no supiéramos?

—Creo que tengo una idea —comentó Suzanna. Llevaba dándole vueltas todo el día—. Anoche me enteré de que habían entrado en la cabaña de Holt para espiar —las tres la ametrallaron a preguntas—. Esperad —alzó una mano—, Holt estaba irritado conmigo, razón por la que salió el tema. Lo cual lo irritó aún más. Pero me contó, porque quería asustarme para que me retirara, que había sido Livingston.

—Lo que significa —concluyó Amanda—, que nuestro viejo amigo sabe que Holt está relacionado con el asunto. ¿Quién más lo sabe aparte de nosotros? —a su manera organizada, comenzó a apuntar nombres.

—Oh, olvida eso —indicó Lilah con un movimiento displicente de la mano—. Nadie lo sabe salvo la familia. Ninguno de nosotros lo ha mencionado fuera.

—Quizá lo averiguó de la misma manera que lo hizo Max —sugirió C. C.—. Por la biblioteca.

—Es posible —Amanda lo apuntó—. Pero tiene los papeles desde hace semanas. ¿Cuándo entró en la cabaña de Holt?

—Hace un par de semanas, pero no creo que haya realizado la conexión de esa manera. Creo que la obtuvo de nosotros.

Se produjo una discusión instantánea. Suzanna se puso de pie y alzó ambas manos para cortarla.

—Escuchad, ya hemos acordado que nadie ha hablado de ello fuera de la casa. Y hemos convenido que los hombres intentan evitar que nos enteremos de que están investigando a los obreros. Lo que significa...

—Lo que significa —interrumpió Amanda y cerró los ojos—, que el canalla trabaja para nosotros. Es como una mosca en la pared, que puede recabar pequeñas piezas de información, echar un vistazo por la casa. Estamos tan acostumbrados a ver obreros, que no le echaríamos un segundo vistazo.

—Creo que Holt ya ha llegado a esa conclusión —Suzanna volvió a levantar las manos—. La cuestión es, ¿qué hacemos al respecto?

—Mañana le alegraremos el día a los obreros y visitamos la obra —Lilah se

irguí en el mirador—, no sé qué aspecto habrá adoptado esta vez, pero lo conoceré si me acerco lo suficiente —zanjado ese tema, volvió a recostarse—. Y ahora, Suzanna, ¿por qué no nos cuentas cuándo te pidió el chico malo de Bradford que te cases con él?

—¿Cómo lo sabías?—Suzanna sonrió.

—Para ser un ex poli, tiene buen gusto en las joyas —tomó la mano de su hermana para exhibirla ante las otras mujeres.

—Anoche —respondió mientras la abrazaban y besaban—. Esta mañana se lo dijimos a los chicos.

—La tía Coco se va a subir por las paredes —C. C. apretó el hombro de Suzanna—. Las cuatro casadas en cuestión de meses. Estará en el cielo de las celestinas.

—Lo único que necesitamos ahora es meter a ese enfermo detrás de unos barrotos y encontrar las esmeraldas —Amanda se secó una lágrima—. ¡Oh, no! ¿Os dais cuenta de lo que significa esto?

—Que tendrás que organizar otra boda —respondió Suzanna.

—No solo eso. Significa que vamos a tener que quedarnos con la tía Colleen hasta que se haya tirado el arroz.

Holt regresó a Las Torres de malhumor. Habían dado con la casa. Vacía. No tuvieron dudas de que Livingston vivía allí. Había entrado con sigilo para inspeccionar el lugar con meticulosidad. Habían encontrado los papeles Calhoun robados, las listas que había hecho el ladrón y una copia de los planos originales de Las Torres.

También habían localizado una copia mecanografiada de la agenda semanal de cada una de las mujeres, junto con comentarios manuscritos que no dejaban dudas sobre el hecho de que Livingston había seguido y observado a cada una de ellas. Había un inventario de las habitaciones que había inspeccionado y de los artículos que consideraba lo bastante valiosos como para robar.

Habían esperado una hora su regreso, luego, incómodos por haber dejado solas a las mujeres, le transmitieron la información a Koogar. Mientras la policía sometía a vigilancia la casa alquilada de Bar Island, Holt y sus compañeros regresaron a Las Torres.

Ya solo era cuestión de esperar. Era algo que había aprendido a hacer bien durante sus años en el departamento de policía. Pero en ese momento no se trataba de un trabajo, y cada momento lo crispaba más.

—Oh, mi querido muchacho —Coco voló hacia él nada más entrar en la casa.

La tomó por las robustas caderas mientras ella lo llenaba de besos.

—Eh —fue lo único que pudo decir mientras la mujer lloraba sobre su

hombro. Notó que su pelo ya no era negro, sino de un rojo fuego—. ¿Qué le ha hecho al pelo?

—Oh, era hora de cambiar —se echó para atrás con el fin de limpiarse la nariz con el pañuelo que llevaba en la muñeca, para luego volver a caer en sus brazos.

Impotente, Holt le palmeó la espalda y miró a los hombres sonrientes que lo rodeaban en busca de ayuda.

—Le sienta bien —aseguró, preguntándose si lloraba por eso—. De verdad.

—¿Te gusta? —volvió a apartarse y se lo ahucó—. Pensé que necesitaba un toque divertido, y el rojo es tan hermoso —enterró la cara en el pañuelo empapado—. Soy tan feliz —sollozó—. Tan feliz. Verás, lo había esperado. Y las hojas de té indicaban que funcionaría, aunque no pude evitar preocuparme. Ella lo ha pasado tan mal, y también sus dulces y pequeños hijos. Ahora todo va a salir bien. Pensé que podría ser Trent, pero C. C. y él formaban una pareja tan perfecta. Luego Sloan y Amanda. Después, casi antes de que pudiera parpadear, nuestros queridos Max y Lilah. ¿Es extraño que me sienta abrumada?

—Supongo que no.

—Y pensar que hace tantos años tú traías langostas a la entrada de servicio. Y aquella ocasión en que cambiaste para mí una rueda de mi coche y fuiste demasiado orgulloso para dejar que te diera las gracias. Y ahora, ahora, vas a casarte con mi pequeña.

—Felicidades —Trent sonrió y palmeó la espalda de Holt mientras Max sacaba un pañuelo seco para Coco.

—Bienvenido a la familia —Sloan le ofreció una mano—. Imagino que sabes en qué te estás metiendo.

—Empiezo a comprenderlo —repuso Holt mientras estudiaba a la llorosa Coco.

—Dejad de dar tantos maullidos —Colleen bajó por la escalera—. Podía oír vuestros gimoteos hasta en mi habitación. Por el amor del cielo, llevaos esa mata de pelo rojo a la cocina —indicó con el bastón—. Dadle té hasta que recupere la cordura. Fuera, todos vosotros —añadió—. Quiero hablar con este muchacho.

«Son como ratas abandonando un barco que se hunde», pensó Holt mientras lo dejaban solo. Colleen le indicó que lo siguiera y se dirigió hacia el salón.

—Así que piensas que te vas a casar con mi sobrina nieta.

—No. Voy a casarme con ella.

—Te diré una cosa, como no te comportes mejor que esa basura con la que se casó la primera vez, responderás ante mí —se sentó, complacida con el joven—. ¿Cuáles son tus planes?

—¿Mis qué?

—Planes —repitió con impaciencia—. Ni sueñes con que te vas a pegar a mi dinero cuando te pegues a ella.

Él entrecerró los ojos, lo que satisfizo aún más a Colleen.

—Puede tomar su dinero y...

—Muy bien —asintió con aprobación—. ¿Cómo piensas mantenerla?

—No necesita que la mantengan. Y no necesita que usted ni nadie más se meta en sus cosas. Lo ha hecho muy bien por su cuenta, mejor que bien. Salió del infierno y logró recomponer su vida, cuidar de sus hijos e iniciar un negocio. Lo único que va a cambiar es que va a dejar de matarse a trabajar, y los chicos tendrán a alguien que quiere ser su padre. Puede que yo no sea capaz de darle diamantes ni llevarla a fiestas sofisticadas, pero la haré feliz.

Colleen martilleó los dedos sobre la empuñadura del bastón.

—Lo harás. Si tu abuelo se pareció en algo a ti, no me extraña que mi madre lo amara. Entonces... —fue a levantarse, pero en ese momento vio el retrato sobre la repisa. Donde había estado la cara severa de su padre se veía la hermosa de su madre—. ¿Qué hace eso ahí?

Holt metió las manos en los bolsillos.

—Me pareció que ese era su sitio natural. Ahí es donde mi abuelo habría querido que estuviera.

—Gracias —se dejó caer otra vez en el sillón. Tenía la voz ahogada, pero su mirada permanecía intensa—. Y ahora vete. Quiero estar sola.

La dejó, sorprendido de ver que empezaba a encariñarse con ella. Aunque no deseaba participar en otra escena, fue a la cocina a preguntarle a Coco dónde podía encontrar a Suzanna.

Pero él mismo la encontró siguiendo la música que llegaba hasta el recibidor. Estaba sentada al piano y tocaba una melodía cautivadora que Holt no reconoció. Aunque la música era triste, Suzanna sonreía. Cuando ella alzó la vista, sus dedos se quedaron quietos, pero no perdió la sonrisa.

—No sabía que tocaras el piano.

—Todas recibimos clases. Yo fui la única que continuó estudiándolo —tomó la mano de Holt—. Esperaba que tuviéramos un momento a solas, para que pudiera decirte lo maravilloso que habías estado esta mañana con los niños.

Sin soltarle los dedos, estudió el anillo que le había regalado.

—Estaba nervioso —rió un poco—. No sabía cómo se lo iban a tomar. Cuando Jenny me preguntó si podía llamarme papi... es gracioso con qué rapidez te puedes enamorar. Creo que ahora comprendo lo que sentiría un padre y lo que haría para garantizar que sus hijos estuvieran a salvo. Me gustaría tener más. Sé que necesitarás meditarlo, y no quiero que pienses que Jenny y Alex van a importarme menos.

—No tengo que meditarlo —le besó la mejilla—. Siempre he querido tener una familia grande.

La abrazó y Suzanna apoyó la cabeza en su hombro.

—Suzanna, ¿sabes dónde estaba el cuarto de los niños cuando Bianca vivía

aquí?

—En la segunda planta del ala este. Desde que tengo uso de memoria se utiliza como almacén —se irguió—. ¿Crees que escondió allí el collar?

—Creo que lo escondió en algún lugar donde Fergus no miraría. Y no lo imagino pasando mucho tiempo en el cuarto de los niños.

—No, pero lo lógico es que alguien lo hubiera encontrado ya. No sé por qué digo eso —corrigió—. La habitación está llena de cajas y muebles viejos.

—Muéstramela.

Era peor de lo que él había imaginado. Era un desastre, incluso pasando por alto las telarañas y el polvo. Cajas, alfombras enrolladas, mesas rotas, lámparas sin pantallas, eso y más cubría cada centímetro de espacio. Mudo, se volvió hacia Suzanna, quien le sonrió con timidez.

—Se acumulan muchas cosas en ochenta y tantos años —lo informó—. Casi todo lo valioso ya se ha sacado, y mucho se vendió cuando estábamos... bueno, cuando las cosas eran difíciles. Esta planta ha permanecido cerrada mucho tiempo, ya que no podíamos permitirnos el lujo de tener calefacción aquí.

—Será mejor que empecemos.

Trabajaron durante dos fatigosas y polvorientas horas. Encontraron un parasol roto, una asombrosa colección de objetos eróticos del siglo diecinueve, un baúl lleno de ropa mohosa de los años veinte y una caja llena de juguetes, una locomotora en miniatura y una muñeca de trapo triste y descolorida. Entre esas cosas había unos bonitos cuentos de hadas que Suzanna apartó.

—No creo que Fergus llevara una casa muy ordenada tras la muerte de Bianca. Si alguna de estas cosas pertenecieron a sus hijos, apuesto que la niñera las habría guardado. A él le habría importado poco.

—Sí —le quitó una telaraña del pelo—. ¿Por qué no te tomas un descanso?

—Estoy bien.

Era inútil recordarle que llevaba trabajando todo el día, de modo que empleó otra táctica.

—Me gustaría beber algo. ¿Crees que Coco tendrá algo frío en la nevera... y quizá un sándwich para acompañarlo?

—Claro. Iré a ver.

Sabía que su tía insistiría en preparar el refrigerio, por lo que Suzanna dispondría de ese rato para sentarse y no hacer nada.

—Que sean dos —añadió, dándole un beso.

—Bien —se levantó y se estiró—. Es triste pensar en esos tres niños, acostados aquí sabiendo que su madre nunca más volvería a arroparlos. Hablando de lo cual, será mejor que vaya a arropar a los míos antes de volver aquí.

—Tómate tu tiempo —ya había empezado a abrir otra caja.

Salió sintiéndose melancólica por los hijos de Bianca. El pequeño Sean, que

apenas gatearía entonces; Ethan, que crecería para ser padre de su padre, y Colleen, que en ese momento se hallaba abajo sin duda cuestionando algo que había hecho Coco. No sabía como alguna vez había sido una pequeña dulce...

«Una pequeña», pensó, deteniéndose en el rellano de la primera planta. La hija mayor habría tenido cinco o seis años al morir su madre. Cambió de rumbo y llamó a la puerta de su tía abuela.

—Pasa, maldición. No pienso levantarme.

—Tía Colleen —entró, divertida al ver que la anciana se hallaba enfrascada leyendo una novela romántica—. Lamento molestarte.

—¿Por qué? Nadie más lo lamenta.

Suzanna se mordió la lengua.

—Quería saber si el verano... aquel último verano, ¿seguías en la habitación de los niños con tus hermanos?

—No era un bebé; podía tener mi habitación propia.

—¿Estaba cerca de la habitación de tus hermanos? —instó, tratando de contener el entusiasmo.

—En el otro extremo del ala este. Estaba la habitación de los niños, la de la niñera, el cuarto de baño de los niños, y los tres dormitorios que se reservaban para hijos de invitados. Yo tenía la habitación del rincón en lo alto de las escaleras —observó el libro ceñuda—. El verano siguiente me trasladé a uno de los cuartos de invitados. No quería dormir en la habitación que mi madre había decorado para mí, sabiendo que jamás volvería a entrar para verme.

—Lo siento. Cuando Bianca te contó que os ibais a ir, ¿lo hizo en tu habitación?

—Sí. Dejó que eligiera alguno de mis vestidos favoritos, luego fue ella quien los guardó en la maleta.

—Supongo que después... volveríais a sacarlos.

—Nunca más me puse esos vestidos. No quise hacerlo. Metí el baúl bajo mi cama.

—Comprendo —había esperanza—. Gracias.

—Estarán devorados por las polillas —gruñó Colleen cuando Suzanna se marchaba. Pensó en su vestido favorito de muselina blanca con faja de satén azul y con un suspiro salió a caminar por la terraza.

Suzanna subió las escaleras a la carrera. Los sándwiches tendrían que esperar. Empujó la puerta del viejo dormitorio de Colleen. También se había dedicado para almacenar cosas, pero al ser más pequeño que el cuarto general de los niños, se hallaba menos atestado.

No se molestó con las cajas. Buscaba un baúl de viaje, adecuado para una niña pequeña. «¿Qué mejor lugar que ese?», pensó mientras apartaba una caja con la etiqueta de «Cortinas de Invierno». A Fergus no le había importado su hija. Ni se habría molestado en hurgar en un baúl con vestidos, en particular cuando dicho baúl había sido guardado por una niña traumatizada.

Sabía que podía estar en cualquier parte. Pero el mejor sitio para empezar a buscarlo era su fuente original.

El corazón le palpitó con fuerza cuando dio con un baúl viejo con correas de cuero. Lo abrió y encontró rollos de tela envueltos en papel fino. Pero ningún vestido de niña. Ni esmeraldas.

Como la luz iba menguando, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Antes de continuar llamaría a Holt y buscaría una linterna. En la penumbra, se dio un golpe intenso en la espinilla. Maldiciendo, bajó la vista y vio el baúl.

En el pasado había sido de un blanco resplandeciente, pero en ese instante se veía apagado por el polvo y el paso del tiempo. Unas cajas apiladas encima casi lo ocultaban. Se arrodilló a la luz tenue y lo limpió. Dobló los dedos temblorosos y lo abrió.

La invadió el aroma a lavanda, sellada en el interior quizá décadas. Alzó el primer vestido, una prenda de muselina blanca con volantes, con una descolorida faja azul a la cintura. Lo depositó con cuidado a un lado y sacó otro. Había leotardos y cintas, lazos bonitos y un camisón con encajes. Y allí en el fondo, junto a un osito de peluche, un estuche y una caja.

Se llevó una mano trémula a los labios y despacio la bajó para levantar el libro.

«Su diario», pensó mientras las lágrimas le nublaban los ojos. El diario de Bianca. Casi sin respirar, pasó la primera página.

Bar Harbor, Maine.

12 de junio de 1912.

Lo vi sobre los riscos que daban a Frenchman Bay.

Soltó el aire y apoyó el libro en el regazo. No era algo que debiera leer sola. Esperaría hasta que toda la familia estuviera reunida. Con el corazón martilleándole en el pecho, introdujo la mano para alzar el estuche. Con ojos húmedos lo abrió y descubrió las esmeraldas de Bianca.

Palpitaban como soles verdes, llenas de pasión y vida. Levantó el collar, sus tres hileras gloriosas y sintió el calor en las manos. Oculto durante ochenta años, con esperanza y desesperación, en ese momento era libre. La penumbra de la habitación no era rival para sus piedras.

Al arrodillarse con el collar colgando sobre los dedos, metió la mano en el estuche y sacó los pendientes a juego. Prácticamente los había olvidado. Eran hermosos, exquisitos, pero el collar dominaba.

Aturdida, contempló el poder que había en sus manos. Comprendió que no eran solo joyas. Distaban mucho de ser únicamente piedras hermosas. Representaban la pasión, la esperanza y los sueños de Bianca. Desde el momento en que guardó el estuche hasta ese instante, cuando las había encontrado una de

sus descendientes, habían aguardado hasta volver a ver la luz.

—Oh, Bianca.

—Qué visión maravillosa.

Alzó la cabeza con brusquedad al oír la voz. Se hallaba en el umbral, poco más que una sombra. Cuando entró en la habitación, vio el destello de la pistola que sostenía en la mano.

—La paciencia da sus frutos —dijo Livingston—. Os vi a ti y al poli entrar en la habitación del otro lado del pasillo. He perdido bastantes horas de sueño para investigar estos cuartos por la noche.

Lo miró fijamente mientras se acercaba. No se parecía al hombre que Suzanna recordaba. El color de pelo no era el adecuado, tampoco la forma de la cara. Se levantó muy despacio, sujetando el diario y los pendientes en una mano y el collar en la otra.

—No me reconoces. Pero yo te conozco. Os conozco a todos. Eres Suzanna, una de las mujeres Calhoun que tanto me deben.

—No sé de qué está hablando.

—Tres meses de mi tiempo, y unos cuantos problemas. Luego está la pérdida de Hawkins, desde luego. No era un gran socio, pero era mío. Igual que esas son mías —bajó la vista a las esmeraldas y se le hizo agua la boca. Lo deslumbraron. Eran más que lo que había soñado e imaginado. Eran todo lo que quería. Los dedos que empuñaban el arma le temblaron un poco al alargar la mano. Suzanna se apartó. El hombre enarcó una ceja—. ¿De verdad crees que me las vas a poder negar? Su destino es ser mías. Y cuando así sea, todo lo que son y representan será mío —se acercó más y, mientras ella buscaba la mejor vía de escape, la tomó por el pelo—. Algunas piedras tienen poder —le explicó con suavidad—. La tragedia entra en ellas y las fortalece. La muerte y el dolor las aviva. Hawkins no comprendió eso, pero se trataba de un hombre simple.

—El collar pertenece a los Calhoun —afirmó ella, dándose cuenta de que se enfrentaba a un loco—. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Él la sacudió con fuerza. Suzanna habría gritado, pero en ese instante el otro le clavó el cañón del arma en el cuello.

—Me pertenecen a mí. Porque he sido lo bastante inteligente y paciente como para aguardar que cayera en mis manos. En cuanto leí sobre el collar lo supe. Y esta noche al fin es mío.

Suzanna no sabía qué habría hecho, si entregárselo o tratar de razonar. Pero en ese momento su pequeña apareció en la puerta.

—Mami —la voz le temblaba mientras se frotaba los ojos—. Hay truenos y llueve. Se supone que cuando hay truenos tienes que venir a mi lado.

Sucedió deprisa. Él se volvió con el arma. Con todas sus fuerzas, Suzanna lo empujó para bloquearle la mira.

—¡Corre! —le gritó a Jenny—. Ve a buscar a Holt —lo empujó y corrió

detrás de su hija. Tuvo que tomar una decisión nada más llegar a la puerta. En cuanto vio que Jenny giraba a la derecha y, eso esperaba, a la seguridad, ella se lanzó en la dirección opuesta.

Se dijo que el otro la seguiría a ella, no a su hija. Porque aún tenía el collar. La siguiente decisión tuvo que tomarla al llegar a la escalera. Bajar para ir con su familia y someterla al mismo riesgo en que se encontraba ella o subir, y estar sola.

Se hallaba a mitad de camino de la subida cuando lo oyó perseguirla. Se sobresaltó cuando una bala impactó en la escayola a unos centímetros de su hombro.

Sin aire, continuó subiendo, y en ese instante oyó los truenos que habían asustado a Jenny. Su único pensamiento era poner tanta distancia como fuera posible entre ese loco y su hija. Sus pisadas resonaron en los escalones metálicos de la escalera que conducía a la torre de Bianca.

Al sentir los dedos de él en el tobillo, soltó un grito de terror y furia y dio una patada para liberarse, luego concluyó la ascensión para encontrar que la puerta estaba cerrada. Estuvo a punto de llorar al lanzar el peso de su cuerpo contra la gruesa madera. Cedió con dolorosa lentitud, luego le permitió caer en su interior. Pero antes de poder cerrarla, él hacía acto de presencia.

Suzanna se preparó para lo peor, convencida de que en segundos sentiría la bala. El otro jadeaba, sudaba y tenía los ojos vidriosos. Un tic le movía la comisura de los labios.

—Dámelos —le temblaba el arma al acercarse. El resplandor de un relámpago hizo que mirara con expresión salvaje en torno a la habitación en penumbra—. Dámelos ahora.

Ella comprendió que el ladrón tenía miedo. De ese cuarto.

—Ha estado antes aquí.

Así era, y había huido despavorido. Había algo en esa habitación, algo que lo odiaba. Reptaba como hielo por su piel.

—Dame el collar y los pendientes o te mataré y me apoderaré de ellos.

—Esta era su habitación —murmuró Suzanna, sin quitarle los ojos de encima—. La habitación de Bianca. Murió cuando su marido la tiró por esa ventana —incapaz de resistirlo, él miró hacia el cristal, luego apartó la vista—. Sigue viniendo aquí, para esperar y contemplar los riscos —oyó, tal como había sabido que pasaría, los pasos de Holt subiendo a toda carrera—. Ahora mismo está aquí. Tómelas —extendió las esmeraldas—. Pero no va a dejar que se marche con ellas.

El rostro del ladrón estaba blanco como los huesos y lo bañaba una capa de sudor cuando alargó la mano hacia las joyas. Tomó el collar, pero en vez del calor que había sentido Suzanna, solo experimentó frío. Y terror.

—Ahora son mías —tembló y trastabilló.

—Suzanna —musitó Holt desde la puerta—. Aléjate de él —sostenía su arma con ambas manos—. Aléjate —repetió—. Despacio.

Ella retrocedió un paso, luego dos, pero Livingston no le prestó atención. Se pasaba la mano que empuñaba el arma por los labios resecos.

—Se ha acabado —le dijo Holt—. Suelta el arma y aléjala de ti con el pie —pero Livingston seguía contemplando el collar con respiración entrecortada—. Suéltalo —Holt se acercó—. Sal de aquí, Suzanna.

—No, no pienso dejarte.

No tenía tiempo para maldecir. Aunque estaba preparado para matar, vio que al hombre no le preocupaba el arma que lo apuntaba ni la idea de huir. Solo observaba las esmeraldas y temblaba.

Holt alargó la mano para asir la muñeca del otro que sostenía el arma.

—Se ha acabado —repetió.

—Son más —salvaje por la ira y el miedo, Livingston dio un salto.

Disparó una vez al techo antes de que Holt lo desarmara. Incluso entonces se debatió, pero la lucha fue breve. Al sonar el siguiente trueno, emitió un aullido en el momento en que los demás entraban en la habitación. Desorientado o aterrado, aturdido por el puñetazo que le había propinado Holt en el mentón o perdida y a la cordura, giró en redondo.

Se oyó el estrépito del cristal al romperse. Luego un sonido que Suzanna jamás olvidaría. El grito de un hombre asustado. Cuando Holt saltó tras él con la intención de salvarlo, Livingston atravesó la ventana rota y cayó sobre las rocas bañadas por la lluvia.

—Dios mío —Suzanna pegó la espalda a la pared, con las manos sobre la boca para evitar sus propios gritos. Había brazos a su alrededor y voces entremezcladas. Su familia entró en la habitación de la torre. Se agachó junto a sus hijos y les llenó la cara de besos—. No pasa nada —los tranquilizó—. Ya ha terminado todo. No hay nada que temer —alzó los ojos hacia Holt. La miraba con el espacio negro a su espalda, el resplandor de las esmeraldas a sus pies—. Todo está bien. Os llevaré abajo.

—Los llevaremos abajo —Holt enfundó la pistola.

Una hora más tarde, cuando los niños dormían otra vez tranquilos, la tomó del brazo y la sacó a la terraza. Todo el miedo y la furia que había sentido desde que Jenny había aparecido corriendo y gritando por el pasillo se manifestaron en ese momento.

—¿Qué diablos creías que hacías?

—Tenía que mantenerlo lejos de Jenny —pensó que estaba calmada, pero las manos empezaron a temblarle—. De pronto tuve una idea sobre las esmeraldas. Fue muy sencilla. Y las encontré. Y entonces apareció él... y Jenny. Tenía un

arma y, Dios, Dios, pensé que iba a matar a mi pequeña.

—De acuerdo, de acuerdo —musitó Holt. Ella se aferró a él con la cara empañada por las lágrimas que no quiso contener—. Los niños están bien, Suzanna. Nadie va a hacerles daño. Ni a ti.

—No sabía qué otra cosa hacer. No intentaba ser valiente o estúpida.

—Fuiste ambas cosas. Te amo —le enmarcó la cara entre las manos y la besó—. ¿Te ha hecho daño?

—No —se secó los ojos—. Me persiguió hasta la torre y entonces... se quebró. Ya viste cómo se encontraba cuando entraste.

—Sí —a medio metro de ella, con una pistola en la mano. Holt cerró los dedos sobre los hombros de Suzanna—. No vuelvas a asustarme de esta manera.

—Trato hecho —frotó la mejilla de él contra la suya—. Se ha terminado, ¿verdad?

Le dio un beso en la coronilla.

—No ha hecho más que empezar.

Epílogo

Era tarde cuando la familia se reunió en el salón. La policía al fin había concluido y los había dejado tranquilos. Formaban un frente sólido y unido bajo el retrato de Bianca.

Colleen estaba sentada, con un perro a los pies y las esmeraldas en el regazo. No había derramado ninguna lágrima cuando Suzanna le había explicado cómo y dónde las habían encontrado, pero la consolaba disponer de ese pequeño y preciado recuerdo de su madre.

No se habló de muerte.

Holt mantuvo a Suzanna cerca. La tormenta había pasado y había salido la luna. El salón estaba bañado de luz. El único sonido era la voz baja y clara de Suzanna mientras leía el diario de Bianca.

Pasó la última página y pronunció los pensamientos de Bianca mientras se preparaba para ocultar las esmeraldas.

«Al sacarlas y sostenerlas en las manos para observar su brillo a la luz de la lámpara, no pensé en su valor monetario. Serían un legado para mis hijos, y para sus hijos, un símbolo de libertad y de esperanza. Y con Christian de amor. Al amanecer, decidí guardarlas, junto con este diario, en un lugar seguro hasta que vuelva a encontrarme con Christian».

Despacio, Suzanna cerró el diario.

—Creo que ahora se ha reunido con él. Creo que ya están juntos.

Sonrió cuando Holt le tomó la mano. Miró alrededor de la estancia, vio a sus hermanas, a los hombres que estas amaban, a su tía sonreír a través de las lágrimas, y a la hija de Bianca, contemplando el retrato que había sido pintado con un amor irreductible.

—Más que las esmeraldas, fue Bianca quien nos reunió. Me gustaría pensar que al encontrarlas, al sacarlas a la luz, hemos ayudado a que ellos se vuelvan a encontrar.

Fuera de la casa, la luna brillaba sobre los riscos, muy por encima de donde el

mar libraba su constante batalla con las rocas. El viento susurraba entre las flores silvestres y daba calor a los amantes que allí paseaban.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mystery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, « la novela romántica con Suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo» . Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.